

los grandes
enigmas del
III^{er} Reich



**LOS GRANDES
ENIGMAS
DEL III REICH**

Edición reservada a
LOS AMIGOS DE LA HISTORIA
Conrado del Campo, 9-11. Madrid, 27

© Editions Ferni. Genève 1976

PHILIPPE AZIZ

**EL SAQUEO
DE
EUROPA**

BAJO LA DIRECCION DE JEAN DUMONT

CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA

UNA "GRAN IDEA": EL FÜHREMUSEUM

«¡Qué sinrazón! ¡Qué ironía!... Tantos esfuerzos, robos, gastos; tantas familias expoliadas y deportadas, tantas lágrimas y desgracias para un museo que... ni siquiera existe.»

Thomas Mann.
(Llamada a los alemanes.)

El 11 de marzo de 1938 el crepúsculo cae sobre Linz, pequeña ciudad de provincias del noroeste de Austria, a unos cincuenta kilómetros de la frontera checoslovaca.

Ese día las calles estrechas ven pasar la oleada de una población entusiasta que se dirige hacia la plaza central. Al resplandor de las antorchas, más de cien mil personas esperan, agitando banderas rojas y blancas selladas por la cruz gamada. Las mujeres tienden con los brazos a sus hijos para saludar a un hombre de pie en un «Mercedes» negro. Una formidable ovación saluda el retorno del hijo del país: Adolfo Hitler.

La emoción llega al límite. El *Führer*, desde el balcón del ayuntamiento, declara:

—Cuando hace muchos años dejé esta ciudad, llevé conmigo las convicciones que hoy llenan mi

corazón. Calculad la profundidad de mi emoción cuando, después de tantos años, he podido hacer de estas convicciones una realidad. Si la Providencia ha querido un día que abandonara esta ciudad para hacerme el jefe del Reich, es que me ha encargado de una misión, y esta misión no era otra sino llevar a mi querido país natal al seno del Reich alemán. He creído en esta misión; ¡he luchado por ella, he vencido y creo haberla realizado!

Terminado su discurso, Hitler deja precipitadamente a los oficiales que se agolpan a su alrededor.

—Diga al director del museo que deseo hablarle
—exclama dirigiéndose al alcalde de la ciudad.

El Führer y el conservador del museo

El profesor Kershner cuida desde hace años los destinos del modesto museo de Linz. Su escaso presupuesto no le permite adquirir para su «querido museo», como él lo llama, más que piezas poco costosas y secundarias.

¿Por qué el hombre que ya hace temblar a Europa quiere entrevistarse en particular con Kershner?

La voz de Hitler es brusca, imperativa. El viejo conservador escucha con atención sostenida las indicaciones del jefe del Estado.

—Quiero que Linz sea la primera ciudad cultural del Reich, el centro mundial de la ideología nacional-socialista. Arrancaremos a Europa sus obras más importantes para reunir las aquí. Desplegaremos todos los esfuerzos para lograr esta empresa, a mi parecer muy importante.

Y, durante más de una hora, Hitler construye, delante del conservador estupefacto, los planes que van a hacer de Linz la capital artística del Gran Reich.

Linz, «nueva Meca artística de Europa»

El profesor Kershner reúne a sus colaboradores y les comunica los fabulosos proyectos del *Führer*.

—Imaginen que Linz será reconstruida según el rango digno de su futura misión. Será llamada en el futuro «la nueva Meca artística de Europa». Tendrá un arquitecto a la medida de su ambición. Este arquitecto será el *Führer* en persona. Su programa es el siguiente: Un conjunto de edificios de gran aparato será construido en las orillas del Danubio; el partido nacionalsocialista tendrá su sede en un inmenso edificio que poseerá una gigantesca sala de reuniones. Además, nuestra ciudad se verá dotada de un nuevo ayuntamiento, de un gran hotel de lujo, de un estadio y de dos monumentos: uno para celebrar nuestra liberación de 1938, el otro en honor de Anton Bruckner, nuestro compositor. Pero, y es con este fin que les he reunido, los esfuerzos del *Führer* se dirigen especialmente al desarrollo artístico y cultural de la ciudad. Prevé a este efecto, en el mismo corazón de Linz, una biblioteca que contendrá millones de volúmenes, con museo de armas, un gigantesco teatro y una galería de cuadros destinada a reunir la colección más grande del mundo.

Distintas exclamaciones puntúan los diferentes momentos del discurso del profesor.

—¡Pero la ciudad es demasiado pequeña! —se comenta.

—¡El *Führer* ya lo ha pensado! —responsable Kershner—. También yo se lo he señalado. El me ha insistido en que nada puede resistirse a su voluntad. Si es preciso, se desplazará la estación de ferrocarril cuatro kilómetros hacia el sur, se ensanchará el puente del Danubio.

Hitler, artista ignorado en 1912

Otto Berger, archivero del museo, interviene. Conoce al *Führer* desde hace mucho tiempo.

—El proyecto me entusiasma —dice—. El *Führer* tiene razón: es la revancha de Linz sobre Viena. ¡Cuando pienso en mi último encuentro con Hitler en Viena! Era en 1912. Yo había ido a esa ciudad para comprar libros raros. Hacía mucho calor, y yo me encontraba en un café cerca de la catedral de San Esteban. Vi venir hacia mí a un hombre. Tenía los cabellos castaños, el rostro demacrado, las ropas llevadas con negligencia, con unos cartones para dibujar en el brazo. Iba de mesa en mesa intentando vender sus bosquejos. Llegado delante de mí, le reconocí: era Adolf Hitler. Muy contento de verme se sentó en mi mesa y le pedí una jarra de cerveza.

»Algo sorprendido por su aspecto, le pregunté cómo le iba. «Usted sabe que he venido a Viena con el fin de superar el examen de entrada en la Academia de Bellas Artes. Convencido de mi éxito, había traído gran cantidad de dibujos. Esperaba con gran esperanza el resultado de la prueba. Estaba tan seguro de mi éxito que este fracaso me ha caído como un rayo. Así termina mi sueño de ser algún día un artista. Como hay que vivir, dibujo ahora carteles publicitarios para la marca "Teddy", unos polvos contra la transpiración... ¿Ve usted la flecha de la catedral de San Esteban? Pues yo la he grabado sobre los jabones. Y, como puede comprobar, me he convertido en un acuarelista independiente. Entre nosotros, quiero dejar esta ciudad corrompida, decadente y llena de judíos. Pienso regresar a Munich.» Permanecimos una hora charlando juntos. Hitler tomó varias cervezas, después se marchó. Cuando le

recuerdo en aquel café lleno de humo, no puedo por menos de admirarme de la irresistible ascensión del joven pintor, convertido en el jefe del más poderoso Estado de Europa.»

Otto Berger evoca otros recuerdos, otros encuentros con Hitler. Pero el profesor Kerschner les interrumpe con brutalidad.

—Herr Berger, todos sabemos lo que le ha sucedido con nuestro *Führer*. Pero todo queda lejos, es el pasado. Ocupémonos, si lo tiene a bien, del presente. Y pongámonos a trabajar. La tarea que nos espera es inmensa.

El Führermuseum

De vuelta a Berlín, Hitler empieza a dar cuerpo a su proyecto. Reúne a un equipo de arquitectos y les anuncia que ya ha trazado los planes del futuro museo de Linz. Este edificio, bautizado como el *Führermuseum* y construido para recoger la mayor colección del mundo, tendrá una columnata de ciento cincuenta metros de larga.

Hitler justifica el gigantismo de su obra arquitectónica:

—Es preciso dar a cada alemán —dice— la confianza en sí. Sólo los grandes monumentos recuerdan las grandes épocas de la Historia. Sólo ellos permitirán a Alemania tener una conciencia.

La pasión de Hitler por la arquitectura se desprende de cada frase y de cada gesto. Se aproxima a una mesa y extiende el plano que él mismo ha trazado del futuro *Führermuseum*.

Los expertos comprenden que es inútil oponer la más mínima crítica a las visiones del *Führer*.

A lo largo del verano de 1938, Hitler marcha en

visita oficial a Italia. La tensión política es grande. Europa vive con el temor de un golpe de fuerza alemán en Checoslovaquia.

Mussolini y Hitler hablan largamente sobre los problemas del momento.

Con todo, el *Führer* consigue encontrar tiempo para visitar las más célebres galerías de arte de Roma, la villa Borghese, la villa Médicis y otros muchos lugares importantes del arte italiano. A lo largo de estas visitas se informa sobre los problemas específicos de las grandes colecciones: cómo montar una galería, cómo exponer obras de arte, cómo conservarlas.

Un marchante de cuadros desinteresado

Hitler vuelve deslumbrado por los esplendores de las galerías italianas. Desde su llegada convoca al más célebre marchante de cuadros alemán, Karl Haberstock.

Los dos hombres comparten la misma pasión por la escuela romántica alemana del siglo XIX, la de Spitzweg y Trübner.

Nacido en 1878, Haberstock se ha unido a las filas del partido nacionalsocialista en 1933. Su galería, Kurfürstenstrasse 59, en Berlín, es célebre en toda Alemania. Posee igualmente una galería en Londres. Sin ser un nazi fanático, Haberstock mantiene lazos amistosos con Hitler y varios dirigentes del régimen. El jefe del Estado le propone tomar la dirección del futuro museo Linz. Pero Haberstock, después de unos instantes de reflexión, responde:

—Conozco personalmente al director del museo de arte de Dresde, el doctor Hans Posse. Mis transacciones me han llevado a apreciar sus cualidades de

organización. Sé que ha adquirido una reputación segura por sus trabajos sobre los primitivos italianos y holandeses. Es un hombre íntegro y un trabajador infatigable. Estoy seguro de que es más indicado que yo para este puesto. Dirige esta galería desde hace veinticinco años con una competencia notable, y ha hecho de ella uno de los más prestigiosos museos de nuestro país.

Cuando se conoce al personaje de Haberstock, viejo zorro de las salas de venta, no se puede por menos de admirar lo desinteresado de su proposición. Pero él no se olvida de sí mismo. Si alaba con tanto celo las cualidades del director del museo de Dresde, es porque situando a un amigo a la cabeza de la galería de Linz cuenta también con ser, y sin tener responsabilidades, el proveedor oficial de Posse... y del *Führer*.

El doctor Hans Posse, confidente del Führer

Al final del otoño de 1938, el director del museo de arte de Dresde, Hans Posse, tiene la inmensa sorpresa de recibir la visita del jefe del Estado.

Hitler no le desvela ninguno de sus proyectos concernientes a Linz. Intrigado, Posse escucha cómo expone sus preocupaciones «comerciales». Ante las dificultades que ha encontrado en la adquisición de nuevas telas, el *Führer* se declara decidido a reorganizar su sistema de compra.

—Tiene usted completa razón —responde Posse—. He sido testigo de una escena reveladora en la sala de ventas Lange de Berlín. Dos telas de Jan Steen habían salido a subasta. Los precios subieron rápidamente, incluso demasiado para telas al fin y al cabo bastante secundarias. Los aficionados al arte

presentes habían abandonado la puja. Solamente dos hombres se empeñaban en hacer subir los precios, encareciéndolos uno sobre otro. Sabía que estos dos hombres compraban para usted. ¡Pero ellos, aparentemente, no lo sabían!

Posse cuenta entonces al Jefe del Estado otras anécdotas reveladoras del desorden que reina en el sistema de compras oficiales. Y Hitler abandona Dresde prometiendo poner orden en este fraude.

Durante los primeros meses del año 1939 Hitler hace varios viajes a Dresde, a veces de incógnito. El historiador de arte Posse se convierte en uno de los confidentes favoritos de Hitler. Este último habla de Posse con entusiasmo en su medio; especialmente a Haberstock, que le ha recomendado.

Decisión pública de Hitler

En junio de 1939, desde su chalet del Obersalzberg, Hitler anuncia públicamente su deseo de hacer de Linz una nueva capital artística. Añade:

—Encargo al doctor Hans Posse, conservador del museo de Dresde, para construir el nuevo museo de Linz. Todos los miembros del partido y todos los funcionarios del Estado le prestarán ayuda y asistencia en la realización de esta tarea.

El mismo día Martin Bormann, secretario personal del *Führer*, escribe al doctor Lammers, jefe de la Cancillería de Berlín:

«El *Führer* me ruega que os informe que ha pedido al doctor Hans Posse, conservador del museo de Dresde, construir el nuevo museo de Linz. El *Führer* desea que, por el momento, el doctor Posse reciba 10.000 marcos para sus gastos de viaje y varios. A título de sus nuevas funciones relativas al museo de

Linz, recibirá mensualmente 1.000 marcos a partir del 1 julio de 1939.»

Copias de esta carta son enviadas a los *Gauleiter* Bürckel en Viena y Eigruber en el Alto Danubio.

Porque Austria, primer país «liberado» por los nazis, va a ser el primer campo de investigación del doctor Hans Posse.

Posse, crítico escrupuloso

Poco después de la nominación de Posse, Hitler le presenta sus adquisiciones personales. Esta anécdota nos es transmitida por un testigo privilegiado, el arquitecto Albert Speer.

«La escena tiene lugar en un refugio antiáereo —escribe—. Asisten a ella Hitler, Posse y yo mismo. Los S.S. de servicio llevan los cuadros uno después de otro. Hitler canta las alabanzas de sus obras favoritas. Pero Posse no se deja impresionar ni por el rango del *Führer*, ni por su encantadora amabilidad. Rechaza tranquilamente sus onerosas adquisiciones con algunas palabras: "Apenas aceptable" o "No corresponde al nivel que quiero darle a la galería." Hitler acepta este juicio sin objeciones y Posse rechaza la mayoría de los cuadros presentados.»

Se puede uno preguntar cómo un especialista tan escrupuloso como Posse va a poder trabajar en el seno del III Reich. Alfred Faust, antiguo diputado del Reichstag, cuenta cómo Posse cumplía su tarea:

«Me encontré con Posse en el momento en que iba a tomar un tren para los Países Bajos. Debía adquirir dos Franz Hals para Hitler. Me enseñó las fotos de esas telas. Cuando le pregunté con curiosidad si Franz Hals, Rembrandt, Rubens, Van Dyck y Ruysdael se encontraban sin dificultad en el mercado, Posse

respondió, después de mirar a su alrededor: "¡Si no se encuentran, Seyss-Inquart los confiscará!".»

La misión especial de Linz

Algunos meses después del decreto del 26 de junio de 1939. Hitler estimó que no se debe retrasar más la organización del museo de Linz.

Llama a Bormann, su secretario privado. Poco conocido en 1939, Martin Bormann es ya uno de los primeros hombres del Estado alemán, uno de los más poderosos del régimen. Una especie de «eminencia gris» a la sombra del *Führer*.

—Deseo —le dice Hitler— que usted constituya un comité encargado de dirigir la realización del museo de Linz. Le he dado el nombre de *Sonderauftrag Linz* (Misión Especial de Linz). Espero ocuparme de ello personalmente. Con este fin, deseo que el cuartel general del comité se haya establecido en Munich. Podré de este modo inspeccionar las nuevas adquisiciones cuando esté en Berchtesgaden. Deseo que se me envíen todos los informes. Este proyecto me concierne a mí exclusivamente. En mi ausencia, el encargado será usted.

La Misión Especial tiene como director al doctor Hans Posse. En principio, él debe ocuparse personalmente de las pinturas, esculturas, armaduras, monedas y tapices. Pero, ante la complejidad de la empresa, es necesaria la ayuda de otros especialistas.

Así, el cargo de bibliotecario en jefe se da al doctor Friedrich Wolffhardt. Miembro activo del partido, Wolffhardt será capitán S.S.

La colección de monedas se confía al doctor Fritz Dworschak, famoso numismático del *Kunsthistori-*

ches Institut (Instituto de Historia del Arte) de Viena.

Se nombran otros especialistas: Hans Reger, archivero, y el doctor Rudolf Oerter, antiguo asistente de Posse en Dresde, que le ayuda en la organización de la colección de pinturas de Linz.

La pesada máquina burocrática está en marcha. Sólo queda alimentarla.

La acometida austríaca

La creación de una nueva metrópoli artística tiene por corolario la compra masiva de cuadros y objetos de arte. Los austríacos, entusiastas, han pedido, con un 99,7 % de votos, su adhesión al Reich alemán. Austria, convertida en *Östmark*, va a ser la primera en ser expoliada de sus obras de arte. Poco después de la entrada de las tropas alemanas en Viena, la Gestapo y la S.S. comienzan a apropiarse de las colecciones judías.

El *Gauleiter* Josef Brückel convoca a un experto del *Kunsthistorisches Institut*, miembro del partido nazi, Hans Brückner.

—¿Cuáles son las más bellas colecciones judías de Austria? —le pregunta.

Sin dudar, Brückner responde:

—¡Las de la familia Rothschild! La rama austríaca de la familia está dirigida por el barón Louis de Rothschild. Es el mayor terrateniente de Europa Central. Habita un palacio suntuoso: el *Theresianum*, verdadero museo que encierra una gran colección de obras de arte de las épocas de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. La familia comprende igualmente al barón Alphonse y al barón Ferdinand.

Tres días después, la Gestapo detiene a los barones Louis y Ferdinand de Rothschild.

El barón Ferdinand permanece arrestado en su hotel particular, situado en Auf der Wiesen. Este hotel se convierte en la sede del S.D. (Servicio de Seguridad) dirigido por Heydrich, que obtiene del barón el abandono de todos sus bienes en Austria a cambio de su libertad.

El barón Louis recibe un año más tarde la autorización de abandonar Austria al precio de un rescate colosal que le hace perder prácticamente todo lo que poseía en el país.

El valor de las obras robadas a los Rothschild es inestimable. En la propiedad de Alphonse de Rothschild los nazis se apoderaron de 113 telas de los más célebres pintores, de 129 muebles suntuosos, de unas 204 magníficas estampas, de 21 tapicerías de gobelinos, de 78 estatuas muy valiosas y de 153 objetos diversos. En cuanto a Louis de Rothschild, pierde 172 grabados y 97 cuadros, así como un gran número de muebles, estatuas y tapices.

El robo de las obras judías en Viena y en toda Austria ha sido asegurado por la Gestapo y la S.S. La Misión Especial de Linz no está aún preparada para las operaciones. Pero, ante la amplitud del botín, la Gestapo espera impaciente las órdenes precisas: los oficiales y los funcionarios robarían tales riquezas.

El primer informe del doctor Posse

Al final de la primavera de 1939 el *Gauleiter* Bruckel escribe a Bormann para preguntar si se tomará pronto una decisión sobre el botín que él retiene. El 24 de julio Bormann responde:

«El *Führer* ha pedido al doctor Posse que inspeccione las obras de arte bajo custodia y que le haga un informe acompañado de fotografías.»

Posse va a Viena por primera vez en septiembre. Encuentra allí un amontonamiento de objetos de todas clases. Durante varias semanas pasa días enteros escogiendo, catalogando, haciendo inventario. Finalmente está en condiciones de hacer su elección para Linz.

El 20 de octubre Posse envía su primer informe a Bormann:

«Mi querido *Reichsleiter*,

»De acuerdo con las instrucciones del *Führer*, me he informado sobre los museos del *Östmark* y me permito enviarle adjuntos:

»1. Sugerencias para la reparación de los cuadros de propiedad judía confiscados en Viena.

»2. Breves informes sobre los museos del *Östmark*.

»He dado instrucciones en Viena para que continúe la inspección del resto de los bienes confiscados (esculturas, artes gráficas y aplicadas, armaduras, gobelinos) y de los que están simplemente bajo custodia, para que pueda ser establecido un plan de reparto y someterlo a la decisión del *Führer*.»

Posse adjunta una lista de 269 cuadros, los mejores de las colecciones judías confiscadas. Sugiere que esas colecciones no sean demasiado dispersas.

«Pido —continúa— que se limite el reparto a los museos más importantes de Austria, siendo la prioridad, bien entendido, para el de Linz. Pienso que los cuadros más representativos serán enviados a Linz. A este efecto he seleccionado:

- un Holbein y un Lucas Granach;
- dos Tintoretos y dos Guardi;
- dos Fragonard, dos Boucher, un Nattier y un Largillière.

»(Conozco el gusto del *Führer* por la escuela francesa del siglo XVIII.) Me interesa particularmente el

retrato de Anthonis Coopal, pintado en 1635 por Rembrandt.

»He retenido igualmente veintidós telas de la escuela romántica alemana que comprende los pintores preferidos del *Führer*: Trübner, Spitzweg, etc. He retenido, pues, para Linz, ciento veintidós de los doscientos sesenta y nueve cuadros confiscados.

»He pensado igualmente que sería bueno atribuir:

— 44 telas al *Kunsthistorisches Institut* de Viena, entre los cuales está el retrato de Madame de Pompadour, por Boucher;

— 13 a la *Österrcichische Galerie* de Viena (debo precisar que esta galería los reclama);

— 25 al *Ferdinandeum*, el museo principal de Innsbruck;

— 5 al de Graz (la segunda ciudad del país).

»Quedan sesenta telas que someto al juicio del *Führer*.»

El primer informe de Posse es estudiado con gran cuidado por Hitler.

—Acabo de examinar el reparto de obras de arte propuesto por el doctor Posse —declara el *Führer* a Bormann—. No me gusta nada. ¡Encuentro escandaloso dejar a Viena cincuenta y siete de doscientos sesenta y nueve grandes cuadros! No he nombrado a Posse para que satisfaga el apetito insaciable de los vieneses. Que no pierda de vista que todas las más bellas obras deben ir a Linz, ¡y a ningún sitio más!

El antiguo rencor que alimenta el canciller del Reich contra Viena va a privar a la capital austriaca de numerosos cuadros. La gloria de Linz debe eclipsar, cueste lo que cueste, a la de Viena, ¡la «ciudad culpable»!

El 4 de noviembre de 1939 Bormann escribe a Posse:

«Le pido que modifique el plan de reparto, conforme a la decisión del *Führer*.»

En diciembre de 1939 Posse hace un segundo viaje a Viena. Revisa por supuesto la lista de las atribuciones. ¡Viena no conservará más que una tela de Boucher!

Entretanto, los depósitos de la Gestapo se han enriquecido con otras colecciones no judías: la de Bondy y la del conde Lanckoronski...

Una operación fructuosa

El 14 de diciembre Posse envía esta carta entusiasta a Bormann:

«He ido a Viena y he continuado, en tanto que era posible, el examen interrumpido por la guerra de las obras de arte confiscadas y puestas a seguro... Estas obras están actualmente inventariadas y colocadas por la oficina de monumentos, al mismo tiempo que la parte importante de los valores artísticos de propiedad judía que estaban simplemente guardadas. El ordenamiento debería terminarse en las próximas semanas, de modo que yo podría igualmente ver esos objetos a lo largo del mes de enero y hacer proposiciones con vistas a un reparto y, eventualmente, a la adquisición de las piezas más importantes para Linz. El resultado es extremadamente fructuoso y será especialmente de una gran importancia para el museo de arte de Linz.»

Y es que se trata ahora para el doctor Posse de reconquistar el favor del *Führer*. Posse va a desarrollar también esfuerzos sobrehumanos para conseguir la más bella obra de arte que todavía esconde Austria. Ciertamente, los objetos y cuadros preciosos de los magnates judíos están ya «bajo control», pero

hay en sus palacios puertas, ventanas, tapicerías, chimeneas que es preciso confiscar igualmente. El doctor Posse escribe a Bormann en la misma carta:

«Os pido que encarguéis al servicio de seguridad de Viena para desmontar las dos piezas que hay que recuperar todavía en el palacio Rothschild de la *Theresianumgasse*; estas dos habitaciones contienen tapices de gran valor; sus muros están recubiertos de cuero labrado; hay también una chimenea gótica, una chimenea y un dintel Renacimiento y puertas de las que hay que apropiarse...»

Una semana más tarde, la Gestapo de Viena aplica al pie de la letra las recomendaciones del director del museo, que no deja de «felicitar a los responsables del servicio de seguridad de Viena por su competencia». Después hace llevar los adornos recuperados al convento austríaco de Kremsmünster.

Las armas de los Rothschild

Las colecciones de los Rothschild no se limitan a telas de maestros y a piezas de decoración. Comprenden también el más rico conjunto de armas y armaduras de Europa.

Cuando estas armas y armaduras son confiscadas, el ministro del Reich en Austria, Seyss-Inquart, convoca a un especialista en armaduras, el doctor Leopold Ruprecht.

Ruprecht examina las colecciones Rothschild y las deposita en la Post Sparkasse y en Neue Berg. Excitada su afición, compra para Linz armas propuestas en las subastas, pero de una manera totalmente curiosa.

Cuando un experto de la sala de ventas vienesa, el *Dorotheum*, viene a pedirle que pague dos notas de

ciento veinticuatro mil y de cincuenta y tres mil setecientos marcos, Ruprecht le contesta:

—¡Está por debajo de mi dignidad examinar tal proposición! La sala de ventas debería estar orgullosa de colaborar en la organización de la más bella colección del mundo.

Gracias a los métodos expeditivos empleados por el doctor Ruprecht, la «colección Rothschild» se enriquece aún notablemente y Posse puede escribir a Bormann, el 28 de febrero de 1941:

«Le propongo conservar las ciento noventa piezas de armaduras de la colección Rothschild para la sala de armaduras que el *Führer* tiene intención de construir en Linz. Doce solamente me parecen menores.»

Las monedas de los monasterios antiguos

En el mismo informe, Posse habla a Bormann de las recientes adquisiciones del numismático Fritz Dworschak.

«¡Las colecciones de Leo Furst y del barón Louis de Rothschild se revelan poseedoras de un valor inestimable! Comprenden importantes series de monedas antiguas (especialmente piezas raras del siglo IV a. de J. C.) y monedas medievales.

»Le informo también de mi intención de adquirir treinta y nueve piezas de oro que pertenecen a Alejandro Hauser. Han sido confiscadas porque su propietario ha abandonado el país.»

Posse y sus agentes no se contentan ya con el pillaje de las colecciones judías. También se apoderan de ricas colecciones de monedas de trece antiguos monasterios austriacos. ¡El botín es tan considerable que Hitler decide abrir un gabinete de medallas en el *Führermuseum* de Linz!

La Gestapo al servicio de Linz

Mejor que nadie, Posse conoce la admiración de Hitler por los pintores flamencos, sobre todo por Vermeer de Delft. Este pintor holandés del siglo XVII, cuyas telas se vendían en la época por dos florines (el precio de un pescado), es considerado hoy como uno de los más grandes pintores de Occidente. Hitler ordena a Posse apropiarse cueste lo que cueste de una de sus más célebres telas: *El pintor en su taller*. Esta tela pertenece a la familia Czernin, una familia alemana de Viena que la posee desde hace muchas generaciones y que se ha negado siempre a separarse de ella. Se cuenta que el millonario americano Mellon les había propuesto seis millones de dólares por ella, pero los Czernin había rechazado esta oferta. Pero he aquí que la familia Czernin no es judía ni enemiga del Estado. Posse no dispone de ningún medio «legal» para apropiarse de esta obra. Entonces transmite este asunto al *Reichsleiter* Bormann. La eminencia gris del *Führer* encontrará la solución. Bormann alerta a Beyer, alto funcionario del ministerio de Finanzas: los Czernin, ¿no se han retrasado con los impuestos? Lástima, los Czernin son buenos ciudadanos que no deben nada al Estado.

Después de minuciosas verificaciones, Beyer escribe a Bormann:

«El *Oberfinanzpräsidium* de Viena me hace saber que los hermanos Czernin no tienen deudas con el Tesoro... En ausencia de toda deuda fiscal, el cuadro de Vermeer no puede ser vendido en subasta.»

Hitler, impaciente por estas gestiones infructuosas, incita a Bormann para que emplee los grandes medios para convencer a esta familia tan poco preocupada por complacer a su *Führer*.

El 3 de septiembre de 1940 algunos agentes de la Gestapo se presentan en la casa de los Czernin y, a fuerza de alusiones inquietantes y de amenazas, subrayan especialmente el interés que tiene el jefe del Estado por la obra de Vermeer. ¿No es más apropiado su lugar en el *Führermuseum* de Linz que en su casa? Personas razonables deberían comprenderlo. La intervención de la Gestapo produce naturalmente sus frutos. Los Czernin se dan cuenta de que no tienen opción. Aceptan vender la tela de Vermeer, y a un precio increíblemente bajo.

El 26 de septiembre, Bormann escribe a Posse:

«El *Führer* le ruega que venga inmediatamente a Viena para concluir el contrato. Tome contacto inmediatamente con el *Reichleiter* von Schirach, en Viena, que ya está avisado. El designará a uno de los funcionarios para acompañarle en su visita a los Czernin, a fin de que el asunto sea rápidamente resuelto.»

Posse sale inmediatamente para Viena y realiza su gestión en el más breve plazo. Se paga el cuadro con los derechos de autor percibidos por Hitler por la venta de su libro *Mein Kampf*.

El Vermeer se convierte en el artículo 1.096 en el catálogo de Linz, con la indicación: «Proporcionado por el doctor Hans Posse en Viena el 12 de octubre de 1940.» Es depositado en los refugios antiaéreos del *Führerbau* en Munich, convertido desde hace poco en el principal depósito para las obras destinadas a Linz.

El trueque de Ganimedes

Al final de enero de 1941, Posse descubre que los talleres de reparación de la *Österreichische Galerie*

albergan la célebre obra maestra de Rubens: *El secuestro de Ganimedes*, que pertenece a la ciudad de Viena. Posse comparte con el *Führer* la pasión por el gran pintor flamenco del siglo XVII. Inmediatamente piensa que la galería de Linz estaría incompleta sin esta tela. Escribe a Bormann: El Rubens debe ser obtenido para Linz, ¡no importa el medio!

«Pienso —le dice— que un simple decreto de confiscación será suficiente.»

Bormann acude a ver al *Führer*:

—La adquisición no es tan simple como parece. Austria no es un país ocupado, ¡sino un país enemigo! No se puede confiscar pura y simplemente el cuadro. Estoy seguro de que la ciudad de Viena se honraría mucho en hacernos un regalo por nuestro aniversario. ¡Sugíérales que le regalen el *Ganimedes*! En compensación, usted podría devolverles la colección de porcelana Bloch-Bauer, ¡con la que no sabe qué hacer!

Hitler recibe, en efecto, el Rubens, que se convierte en el artículo 1.887: «Regalo de la ciudad de Viena», precisa la ficha..

La «donación para la economía alemana»

El museo de Linz se constituye gracias a las obras confiscadas y a las compradas por los nazis. Estas últimas tienen el fin de aparentar un aire de legalidad en los países «amigos». La mayor parte de las veces se adquieren estas obras en salas de arte o en casas particulares. Pero, exceptuando el caso de Wermeer, pagado personalmente por Hitler con derechos de autor, la compra de las obras de arte no le es agradable: Hitler ha imaginado un impuesto especial llamado «Donación a la economía alemana».

El diputado Alfred Faust, en una entrevista concedida a la revista *Geist und Tat*, en septiembre de 1958, ha revelado el particular carácter de este impuesto.

Este no era, en el fondo, más que un impuesto especial sobre los bienes y las rentas de las empresas alemanas; desde los Krupp a la más pequeña empresa artesanal, estaban encargados de proporcionar trescientos millones de marcos anualmente al *Führer* para su uso personal. La partida más grande de esta suma se destinaba a la «Misión Especial de Linz».

«¡Borraré a Checoslovaquia del mapa!»

El 30 de septiembre de 1938, Daladier, presidente del Consejo francés, y Neville Chamberlain, primer ministro inglés, han firmado con Hitler los acuerdos de Munich. Este acuerdo marcaba, parece ser, el principio de una tregua entre las democracias occidentales y el régimen hitleriano.

El general Jodl escribía en su diario:

«¡Se ha firmado el pacto de Munich! Checoslovaquia ya no existe como gran potencia.»

Hitler, sin dejar de repetir que ya no tenía otras reivindicaciones territoriales que hacer en Europa, había iniciado en secreto la invasión de Checoslovaquia.

El 15 de marzo de 1939 el *Führer* hizo su entrada en Praga «liberada». Las autoridades alemanas, en un comunicado a los pueblos del Reich alemán, celebraron la fantástica acogida pretendidamente obtenida por Hitler. Testigos checos se acuerdan todavía del silencio fúnebre que reinaba aquel día en la ciudad: los habitantes de Praga, viendo desfilar a sus «liberadores», no podían contener sus lágrimas.

Hitler, por su parte, rebosaba de alegría: acababa de anular el único Estado democrático que se había mantenido en Europa Central.

Para apaciguar la indignación de la opinión pública en Gran Bretaña y en Francia, Hitler nombró al moderado von Neurath protector del Reich en Bohemia-Moravia. De hecho, los plenos poderes fueron acordados a Karl Frank, que fue nombrado jefe de la policía.

Nazi convencido, Frank sentía un odio violento por los eslavos. Pensaba, con Goebbels, que era preciso «exterminar este minúsculo segmento de Europa que tiene en alerta a la raza humana... Estos miserables pigmeos (los checos) oprimen a un pueblo cultivado; detrás de ellos está Moscú y la máscara eterna del diablo judío».

«El retablo de Hohenfurth»

En abril de 1939 Frank reúne a los principales jefes de la Gestapo:

—Acabo de recibir —les dice— una nota de Bormann en la que me confía el embargo de las obras artísticas checas. Este Estado degenerado no ha podido producir más que objetos de arte sin valor. No os detengáis en consideraciones estéticas y artísticas. ¡Todo lo que es eslavo está falto de interés! Por el contrario, tened cuidado con el patrimonio cultural alemán que podáis encontrar en vuestras indagaciones.

La Universidad, la biblioteca, el Museo de Arte Moderno de Praga son de este modo saqueados. Durante el pillaje de la Galería Nacional de Praga, los alemanes encuentran una obra de origen alemán: *El retablo de Hohenfurth*. Esta obra pertenecía al monas-

terio del mismo nombre y era propiedad desde hacía poco de la Galería Nacional. Esta acababa de inscribirla cuando la *Wehrmacht* llegó. Compuesto de nueve cuadros representando la vida de Cristo, el retablo había sido realizado en el monasterio de Hohenfurth, en 1350, por un artista desconocido. Desde hacía siglos, los checos lo veneraban. Se había convertido en un tesoro nacional.

La Gestapo requisó el retablo con el pretexto de que pertenece a Hohenfurth y lo devuelve al monasterio. Ahora bien, éste pertenece a la región de los Sudetes que, desde 1938, está anexionada al Gau de Haute-Autriche...

Eigruber, el *Gauleiter* de la provincia, piensa que el retablo podría ser un regalo de aniversario para el *Führer*. El 17 de abril de 1941 escribe a Bormann:

«Le ruego, querido *Reichleiter*, que anuncie al *Führer*, el día de su aniversario, que *El retablo de Hohenfurth* ha sido confiscado y es propiedad de Alemania.»

Poco tiempo después, Posse va a Checoslovaquia. Quiere saber sobre el terreno si puede encontrar, en este «Estado degenerado», algunas obras suplementarias para Linz. Es entonces cuando se trata de la colección Lobkowitz.

«Acabo de saber —escribe Posse a Bormann—, por una nota del conservador del *Kaiser Friedrich Museum* de Berlín, que el Reich va a coger la famosa colección Lobkowitz que se encuentra en el castillo de Radnitz, en el Protectorado. Aparte de armaduras y de objetos de arte, contiene valiosas pinturas alemanas, italianas, españolas, francesas y holandesas, entre las que se encuentra *La recolección del heno*, de Pierre Brueghel «el Viejo», para la compra del cual el *Kaiser Friedrich Museum* había iniciado

negociaciones desde hacía un tiempo. Sería bueno sugerir al *Reichsprotector* von Neurath que nos permita inspeccionar los artículos requisados en Radnitz con el fin de escoger en su momento lo que conviniere a los museos alemanes y, sobre todo, al museo de Linz.»

Von Neurath toma en seguida las disposiciones necesarias y Posse se apropia sin dificultad del lienzo de Brueghel. Lo envía a Munich bajo el número 2.124 del catálogo de Linz.

Las armas checas

Si los nazis desprecian las obras de arte eslavas, manifiestan, en cambio, un vivo interés por las armas y las armaduras antiguas existentes en Checoslovaquia. El doctor Ruprecht, el especialista de este dominio para Linz, es enviado al Protectorado y se prepara para saquear sistemáticamente cuatro castillos checos: Radnitz, propiedad del príncipe Lobkowitz; Opzno, castillo del conde Colorado; Koponitz, que pertenece al archiduque François-Ferdinand, y Frauenberg, una de las residencias del príncipe Schwarzenberg.

Este robo se lleva a cabo en gran escala. Ruprecht lo justifica así, en sus cartas a Bormann:

«Estos objetos de arte... han sido cogidos en su totalidad y enviados a Praga con la intención, por un lado, de liberar las localidades en cuestión para hacerlas aptas a otros usos, y para enriquecer las colecciones existentes en Praga, por otro. Es preciso ensanchar la base cultural de trescientos mil alemanes residentes en el Protectorado, al tiempo que se señala y se amplifica el carácter alemán de la vieja Bohemia.»

Desgraciadamente para Ruprecht, hay otros que se interesan también por esas colecciones de armas. Y particularmente los expertos de la *Wehrmacht*, que se propone crear un gran museo del ejército en Praga. ¿Cómo oponerse a los planes de los jefes militares para esas valiosas colecciones? Ruprecht recurre al mismo contacto que Posse: se dirige al *Reichsleiter* Bormann, el único hombre, en el III Reich, capaz de resolver este tipo de dificultades.

«Presumo —escribe Ruprecht a Bormann— que una gran parte de las obras confiscadas tendrá igualmente importancia para la Misión Especial de Linz. Pido, conforme a las instrucciones del *Führer*, recibir una orden autorizándome a recoger un cierto número de objetos para responder a los deseos de éste.»

La colección de armas y armaduras de Linz comprende, desde finales del año 1939, más de 150 grandes piezas provenientes de Viena y de Praga. Como las demás obras destinadas al *Führermuseum*, esta colección es depositada cuidadosamente en las salas del *Führerbau* en Munich.

«Drang Nacht Osten»: El turno de Polonia

La invasión de Checoslovaquia no había suscitado más que protestas verbales por parte de las potencias occidentales. Hitler decide, pues, ir más lejos: en septiembre de 1939 las tropas alemanas invaden Polonia. La *Drang Nacht Osten*, la famosa oleada germánica hacia el Este, inspira este nuevo paso. En adelante, la era de la legalidad está superada. Es el triunfo de la fuerza de las armas.

Los nazis no hacen ninguna distinción entre los bienes de los judíos y los de los otros polacos: ¡todo

debe ser arrebatado! Las primeras instrucciones oficiales dirigidas a la confiscación de los tesoros artísticos de Polonia se dan en octubre de 1939 por el doctor Kajetan Mühlmann, antiguo protegido de Seyss-Inquart en Viena, encargado ahora de organizar el robo del país que recientemente ha sido conquistado.

El coronel S. S. Mühlmann es un hombre enérgico: alto, seco, la cara tallada a cuchillo, la mirada fría, va a entregarse a su tarea con una energía ciega. A despecho de la Convención de La Haya, «convención estúpida inventada de arriba abajo por demócratas decadentes», Mühlmann comienza a apropiarse de los bienes de las municipalidades, del patrimonio nacional y también de casi todos los patrimonios privados.

El *Reichsminister* Hans Frank, gobernador general de lo que queda de Polonia fuera de la parte tomada por la U.R.S.S. de acuerdo con los nazis, confirma este golpe de fuerza. El 15 de noviembre de 1939 publica:

«Todos los bienes muebles e inmuebles del antiguo Estado polaco serán secuestrados.»

Dos semanas más tarde, Mühlmann le hace observar que el territorio polaco es, de hecho, de una gran riqueza artística, y Hans Franck extiende el precedente decreto para las colecciones de arte locales, para las colecciones personales y para las de los establecimientos religiosos.

Ese decreto da al coronel Mühlmann y a las tropas S.S. el derecho a confiscar todas las obras que caen bajo sus manos. Incluso sin examinarlas, las apilan en el Museo Nacional, en el palacio Wilanow, en Varsovia, y en la biblioteca Jaghellon de Cracovia, que les sirven de depósitos.

«Camiones llevan diariamente...»

Desde el 25 de noviembre de 1939 Posse se dirige a estos lugares para inspeccionar los bienes depositados. Ante la enorme cantidad de cajas ya acumuladas en Varsovia y en Cracovia, se da cuenta de que su trabajo no será muy fácil.

El 14 de diciembre escribe al *Reichsleiter* Bormann:

«Actualmente es imposible estimar el valor de los objetos depositados. Camiones llevan diariamente cargamentos de obras de arte provenientes de patrimonios públicos, de instituciones religiosas y de dominios privados. Es sumamente difícil efectuar un inventario de estos objetos. He llegado, a pesar de todo, a obtener fotografías de algunas piezas que me han parecido dignas de interés.»

Dos meses más tarde Posse está en condiciones de seleccionar las obras que podrían añadirse a la colección del *Führermuseum*. Despreciando los objetos decorativos y artesanales, considera que sólo tres cuadros pertenecientes a la colección Czartoryski (un Rafael, un Rembrandt y un Leonardo da Vinci) son dignos de ser expuestos en Linz. El magnífico altar de la iglesia Santa María de Cracovia, el *Veit-Stoss*, realizado en el siglo XV por un escultor de Nuremberg, pieza de arte germánico, suscita igualmente la codicia del doctor Hans Posse. Pero el encargado de la misión del *Führer* no es el único en interesarse por la obra maestra del arte religioso.

«Es una obra de arte única, inestimable e irremplazable —confiesa Kajetan Mühlmann a uno de sus agentes—. No se nos debe escapar, porque es de una importancia extrema para la historia de la civilización.»

El altar de Santa María de Gracovia

Conscientes del valor inestimable de este altar, los conservadores polacos se habían preocupado, desde el principio de la guerra, de ponerlo en seguridad. Con muchas dificultades, lo habían desmontado pieza por pieza y embalado cuidadosamente. A continuación, las cajas habían sido transportadas a los subterráneos de la iglesia de una pequeña ciudad de provincias.

Pero los nazis habían detectado desde hacía tiempo esta obra maestra «puramente germánica». Algunas semanas de intensas búsquedas les permiten encontrar el *Veit-Stoss*. Inmediatamente, el S.S. *Untersturmführer* Paulsen, miembro del equipo de Mühlmann, organiza el transporte de las cajas a Alemania. Deben ser tomadas muchas precauciones para preservar a este tesoro de cualquier deterioro.

«La expedición de los paneles del *Veit-Stoss* es muy difícil —escribe Paulsen a su superior—. En efecto, los movimientos de tropa estorban considerablemente la marcha del convoy. Uno de nuestros coches ha sido inmovilizado hoy más de cinco horas. La dimensión y el peso de las cajas nos han planteado igualmente multitud de problemas. ¡Cuatro de ellas pesan más de 800 kilos! Además, por razones de seguridad, no podemos viajar más que de día. Le informo que el primer cargamento ha llegado a Cracovia hoy mismo. Espero efectuar el segundo transporte mañana. Todo podrá ser dirigido hacia Alemania de aquí a unos días.»

El altar es depositado primero en las bodegas de la *Staatbank*, en Berlín. Los jefes nazis querían exponerlo, pero no llegan a ponerse de acuerdo para la elección del lugar. Para el *Führer*, Linz es, sin duda,

el lugar más idóneo para acoger el tesoro. Pero otros dignatarios piensan que Nuremberg, ciudad natal del artista, sería más indicado.

—Esta obra, apta para exaltar el orgullo germánico, debe ser expuesta en la ciudad de los congresos del partido nacionalsocialista.

El argumento del ministro de Propaganda convence a Hitler. El altar de Santa María de Cracovia es finalmente transportado a la vieja ciudad bávara.

El pillaje sistemático de Polonia continúa todavía durante muchos meses, bajo la dirección de Posse y de las tropas S.S. del coronel Mühlmann y con el apoyo entusiasta del gobernador general Hans Frank. Todas las administraciones militares se esfuerzan por sacar su parte del botín: la *Wehrmacht* y la S.S. se apoderan así de un gran número de obras de arte.

Y el doctor Hans Posse no verá llegar jamás los cuadros que había seleccionado para Linz. Hans Frank se adjudica, en efecto, el Rembrandt, el Rafael y el Leonardo da Vinci, que será descubierto en su villa de Baviera en 1945...

En cuanto a Hitler, recibe de Polonia un regalo excepcional: treinta grabados de Alberto Durero, que conservará celosamente en su cuartel general hasta el final de la guerra.

Los tesoros de Holanda

La conquista de Holanda se hace en cinco días, del 10 al 15 de mayo de 1940. Es último día, Arthur Seyss-Inquart es nombrado alto comisario del territorio ocupado. Su amigo, el eficaz coronel Kajetan Mühlmann, que acaba de pasar sus pruebas en Varsovia, no tarda en reunirse con él. Inmediatamente se dedica a poner «bajo custodia» los bienes

de los judíos. Pero el doctor Hans Posse llega a su vez a Holanda el 22 de junio.

—Holanda es una reserva fabulosa de tesoros artísticos —le ha dicho Hitler con entusiasmo—. En adelante quiero que todos sus esfuerzos se concentren en ella.

Para facilitar la tarea de Posse, el *Führer* le concede este salvoconducto:

«El doctor Posse, conservador del museo de Dresde, con pasaporte núm. VI 871/39, ha sido personalmente encargado por el *Führer* para que viaje a Holanda para comprarle obras de arte.

»Se invita a las autoridades alemanas para que presten toda su asistencia al doctor Posse para permitirle cumplir la misión que le ha confiado el *Führer*.»

Por otro lado se dirige otra circular, por parte de Bormann, a todos los *Gauleiter* para que se pongan a disposición de Posse, si es preciso, camiones, trenes y aviones especiales incluso.

Finalmente, se abre una cuenta especial en La Haya para permitir al enviado de Hitler que tome fácilmente ventaja sobre los aficionados al arte privados.

Gracias a estos medios, Posse puede enviar a Munich, en diciembre de 1940, veintisiete cuadros, entre ellos *El camino de la cruz*, de Pierre Brueghel «el Viejo»; dos retratos de Rubens; una *Vista de San Marcos*, de Canaletto; un autorretrato de Rembrandt; la *Boda campesina*, de Jan Steen, y una *Vista de Haarlem*, de Jacob van Ruysdael.

Posse sabe que una de las pasiones de Hitler es la pintura holandesa de los siglos XVI y XVII. Compra también todo lo que el mercado holandés puede ofrecerle en este dominio. En agosto de 1941 expide

a Munich cincuenta y tres lienzos más: de Gerard Ter Borch, Adriaen Brouwer, Jan Brueghel, Jan Van de Capelle, Jan Steen, Adrián Van de Velde... La mayoría de las adquisiciones se hacen de un modo irregular. Cuando surgen dificultades, Posse no desdeña el apoyo... de la Gestapo. Chantajes, amenazas y confiscaciones son las tres palabras mágicas del sistema de «compra» de los nazis.

La colección Mannheimer

El 4 de febrero de 1941 Bormann envía una carta a Holanda con este encabezamiento: «Muy urgente. Para entregar sin demora al comisario general Schmidt, en La Haya.»

«Tenga la amabilidad de informar al doctor Posse, que se encuentra en Holanda, de que el *Führer* desea la compra inmediata de la colección Mannheimer. Ordena que se consiga sin demora. Ruego al comisario del Reich que prohíba la venta a cualquier otro servicio y haga lo necesario para que sea reservada al doctor Posse.»

¿Cuál es esta colección solicitada por el *Führer*?

Algunos expertos no dudan en considerarla como una de las más prodigiosas colecciones del arte occidental, una de las más ricas en pruebas de primer plano en la historia de la pintura europea. Pero antes, de evocar esta colección y las dificultades que encontró Posse para adquirir una parte, es interesante esbozar un retrato de su propietario.

Un banquero judío contra los nazis

Fritz Mannheimer nació en Stuttgart en 1891, en una familia judía acomodada. Desde su juventud se

apasiona por las cuestiones financieras y económicas y manifiesta en este dominio aptitudes precoces y sorprendentes. Abandona rápidamente su ciudad natal para ir a instalarse en Munich, donde aprende la profesión de banquero.

Es la época en que Alemania atraviesa una crisis económica aguda, agravada por la inflación galopante y por el desorden político. Mannheimer especula con el oro y las materias primas y compra a bajo precio numerosas empresas alemanas al borde de la bancarrota. Su éxito financiero es excepcional en este período de marasmo y de caos. A la edad de treinta años se está volviendo obeso, ¡pesa más de ciento veinte kilos! «Pero detrás de la cara gordiflona —señala un contemporáneo— se esconde un cerebro de una agudeza sorprendente, capaz de tomar decisiones a la velocidad del rayo, un cerebro que lo mide todo con la precisión de una regla de cálculo.»

En 1930 Mannheimer prevé la ascensión de Hitler y adivina rápidamente las consecuencias. Vende todos sus bienes y abandona Alemania, que está a punto de caer en manos de su *Führer*. Ha decidido refugiarse en Amsterdam. Allí, entra en el banco Mendelssohn y Cía., uno de los bancos privados más potentes de Europa. En seguida ocupa una posición preponderante y compromete a su banco para apoyar financieramente a la República de Weimar: Mannheimer, en efecto, profesa un odio ciego a los nazis. Esta acción política subterránea no le impide aumentar su fortuna y elevarla a la cifra enorme de unos veinte millones de libras esterlinas de la época.

En 1935 adquiere una suntuosa mansión en la gran calle aristocrática de Amsterdam, la Hobbenmastraat. Y es a partir de este año cuando Mannheimer va a

rivalizar con los Rothschild de Viena, de Londres o de París, como mecenas y coleccionista. Adquiere, a veces a precios fabulosos, obras de Rembrandt, Vermeer, Fragonard, Watteau, Carlo Crivelli, Canaletto y muchos otros, tapicerías raras (gobelinos), piezas de orfebrería, objetos de arte de todas clases, porcelanas y bronce. Pronto esta acumulación de tesoros le lleva a adquirir el castillo de Montecristo, en Vaucresson, cerca de París, para albergar algunos de ellos.

Casado y muerto en Vaucresson

Pero el gusto excesivo de Mannheimer por las colecciones y las mansiones suntuosas no le hace olvidar el fin fundamental de su vida: la lucha contra los nazis.

En 1938 se agrava la tensión entre Francia y Alemania. Mannheimer piensa que el gobierno francés constituye el último baluarte contra los planes expansionistas nazis. Decide, pues, ayudarla a poner sus asuntos económicos en orden. Forma un sindicato de bancos holandeses y suizos para aceptar un cierto número de préstamos a corto plazo para Francia.

Además, cuando la guerra entre los dos países se hace inminente, Mannheimer retira de su fortuna varios millones de francos de la época para ofrecérselos al programa francés de defensa nacional.

Estas actividades le sitúan en cabeza de la lista de enemigos de los nazis. Los nazis holandeses realizan varios ataques contra el banco Mendelssohn y por la noche dibujan cruces gamadas sobre las paredes de la residencia de Mannheimer en la Hobbenmastraat. Y los establecimientos bancarios de Holanda reciben

cada vez más amenazas incitándoles a rechazar los valores de Mendelssohn.

En 1939, a la edad de cuarenta y ocho años, Mannheimer se casa en secreto con una espléndida joven brasileña, Marie Antoinette Jeanne Reiss. La boda es celebrada fastuosamente en la iglesia católica de Vaucresson. Mannheimer se queda al lado de su esposa el tiempo de una breve luna de miel, después vuelve a Amsterdam. Encuentra su banco al borde de la bancarrota. Las victorias y las conquistas fulgurantes de Alemania intimidan a los banqueros holandeses, que abandonan a Mendelssohn y Cía. a su suerte.

El 9 de agosto de 1939 Mannheimer recibe en su despacho una misteriosa llamada telefónica. Esa misma noche abandona Amsterdam y se reúne con su mujer en Vaucresson. Al día siguiente él muere entre los brazos de su mujer. El servicio fúnebre se celebra en la iglesia católica de Vaucresson, donde se ha casado dos meses antes. No se excluye la hipótesis de un suicidio.

La Gestapo releva al doctor Posse

El combate ininterrumpido llevado a cabo por Mannheimer contra los nazis no hace sino desarrollar en el *Führer* el deseo de apoderarse de la colección del banquero judío. Con esto esperaba alcanzar el doble placer de vengarse de un enemigo y de adquirir un conjunto de obras de arte excepcionales.

Pero la bancarrota del banco Mendelssohn, que sobrevino poco después de la muerte de Mannheimer, hizo caer una gran parte de la colección entre las manos de los acreedores no judíos, muy decididos a negociar con las obras al más alto precio.

Posse, que no dispone más que de un presupuesto bastante modesto, multiplica las gestiones frente a los acreedores, invoca el muy vivo deseo del *Führer* de hacer figurar estas obras en la futura y prestigiosa colección del museo de Linz. Pero los argumentos no afectan a sus interlocutores, que continúan imperturbablemente exigiendo sumas astronómicas.

Entonces Posse confía el asunto a Seyss-Inquart, el comisario del Reich en Holanda. Y este último encarga al coronel Mühlmann que resuelva lo más rápidamente posible el asunto, si es preciso por la fuerza.

Algunos días más tarde, los acreedores reciben la visita de agentes de la Gestapo. Bruscamente sus exigencias desaparecen. Las obras de la colección Mannheimer son vendidas a Posse a bajo precio. Para conmemorar de algún modo su victoria, Mühlmann elabora un suntuoso catálogo en tres volúmenes, impreso en Viena y encuadernado en piel de cerdo, que regala al *Führer*. Pero Hitler no está completamente satisfecho. Las obras encontradas de nuevo en Amsterdam no forman más que una parte de esta colección. El resto no podrá adquirirlo, está en Francia y ha sido confiado a las autoridades de Vichy, hasta tres años más tarde, en abril de 1944.

Goebbels: «La hegemonía artística, también un combate»

«Después del mes de octubre de 1942, el estado de salud del doctor Posse se agrava visiblemente —apunta en su diario uno de sus colaboradores—. Continúa, sin embargo, su tarea afanosamente y sigue recibiendo numerosas visitas.»

La muerte del doctor Posse, dos meses más tarde,

en diciembre de 1942, suscita una gran emoción: a lo largo de las exequias que reúnen a los directores de los grandes museos alemanes y numerosos dignatarios nazis, Goebbels declara:

—Sé que muchos de ustedes sufren por no poder participar en los combates que sostienen en el frente nuestros gloriosos soldados. Pero establecer la hegemonía del III Reich en el dominio artístico es igualmente librar un combate. El doctor Posse lo había comprendido: que su obra sea un ejemplo para nosotros.

El *Führer* busca en vano un sucesor para el hombre que ha creado Linz. Revisa las decenas de informes establecidos por Bormann sobre la actividad de otros directores de museos alemanes. Ninguno tiene la potencia de trabajo, la intuición y los conocimientos artísticos de Hans Posse.

Así es como, el 22 de marzo de 1943, Hitler decide modificar la estructura inicialmente prevista para el museo:

—La Misión Especial de Linz estará dirigida en adelante por un colega —decreta el *Führer*—. Confío el poder ejecutivo a Hermann Voss. El tomará todas las decisiones concernientes al derecho de preferencia de compras en el futuro museo. Todas las autoridades deben, en la medida de sus posibilidades, facilitar esta tarea.

El decreto que otorga pleno poder al doctor Voss, ex director del Museo de Wiesbaden, deja estupefactos a todos los dirigentes nazis: la antipatía de este hombre por el régimen nacionalsocialista es bien conocida en toda Alemania.

—Poco me importan sus convicciones políticas —responde Hitler—. Para Linz me hace falta gente competente y no fanáticos torpes...

La Misión Especial, ¡refugio de antinazis y de judíos!

Hermann Voss, conociendo el respeto que siente el *Führer* por sus conocimientos artísticos, no duda en tomar decisiones audaces. Aleja de Linz a dos consejeros personales de Hitler: el marchante Haberstock y el fotógrafo Hoffmann. El jefe de la Alemania nazi no interviene...

Animado por este éxito, Voss aleja progresivamente de la Misión Especial a todos los agentes pronazis. Los reemplaza por amigos suyos, hostiles al régimen, ¡y a veces judíos! Linz, símbolo de la supremacía germánica, se convierte en 1943 en un refugio para los réprobos, los hombres expuestos a la hostilidad política o racial del Reich germánico.

Así es como Hans-Helmut Klihn, hijo de un abogado proscrito por haberse encargado de la defensa de los judíos, se encuentra, a los veintisiete años, siendo director del castillo de Weesenstein, uno de los principales depósitos de Linz.

Como comprador en París, Voss nombra a Hildebrandt Gurlitt, un judío. Para no acercarse demasiado a las autoridades alemanas de ocupación, Gurlitt trabaja en colaboración con un anticuario holandés: Théo Hermssen. Es Hermssen el que cataloga el mercado artístico parisino y señala al comprador de Voss los asuntos interesantes.

Los archivos encontrados después de la guerra muestran que el sueldo mensual de este comprador, el judío Gurlitt, ha pasado bruscamente de 45.000 a 200.000 marcos. En 1945 se encontrarán en su casa más de 20 cajas de cuadros adquiridos oficialmente para el futuro museo.

Y no es el único caso: a partir de 1943, los

certificados de Linz, que, en principio, deben facilitar la tarea de los compradores del *Führer*, no son facilitados más que a hombres expuestos a las persecuciones del régimen y perseguidos por la Gestapo.

Estos «compradores» no tienen a veces ningún conocimiento artístico. Mientras que Posse seleccionaba con extremo cuidado lo que debía adornar Linz, Voss acoge con indiferencia todas las obras que le envían sus agentes.

Durante el año 1942 Posse no había guardado más que 122 cuadros. Durante los doce primeros meses de su entrada en funciones, Voss acepta... ¡878!

Y el ritmo va a acelerarse aún en los últimos meses de la guerra: ahora llegan a los depósitos de Linz las obras saqueadas por las tropas alemanas a lo largo de su retirada. Los depósitos previstos no son suficientes.

Largos convoyes se dirigen ahora hacia los escondites secretos de los castillos y minas de sal de Baviera: las obras destinadas al museo de Linz van a unirse al resto del botín nazi en la *Alpenfestung*.

El Führermuseum no ha existido jamás

A lo largo de este capítulo no hemos estudiado más que el pillaje artístico centrado sobre la Misión Especial de Linz.

Pero Posse, Voss y sus agentes no son los únicos en saquear las capitales europeas. Otros hombres, otras organizaciones rivalizarán con ardor en esta tarea contraria a todas las reglas del derecho internacional. Los pondremos en escena en el próximo capítulo.

«La obra de Hans Posse habrá sido inútil —señala

Arthur Heaven, uno de los agentes americanos de la Comisión de Recuperación Artística Interaliada—. Posse ha desplegado esfuerzos enormes para un museo que no ha existido jamás. El famoso *Führer-museum* de Linz fue probablemente uno de los proyectos más ambiciosos del canciller del III Reich. Pero la guerra sobrevino demasiado de prisa y el *Führer* fue absorbido. ¡No tuvo la alegría siquiera de proceder a la colocación de la primera piedra!»

EL SAQUEO ARTISTICO DE EUROPA

**«Todo embargo de obras de arte está
prohibido y debe ser perseguido.»**

**Artículo 56 de la Convención de La
Haya
(18 de octubre de 1907).**

**«¿La Convención de La Haya?... Papel
mojado, una cocina sosa aliñada por
demócratas degenerados.»**

Heinrich Himmler (1943).

Berlín, 10 de mayo de 1933. Un gigantesco brasero ilumina la plaza de la Universidad. Una muchedumbre de estudiantes entusiastas se agolpa alrededor del brasero.

Desde una ventana del edificio, una voz exclama:

—Todo libro que suponga una acción subversiva contra nuestro porvenir o atente a las raíces del pensamiento alemán y de las fuerzas motrices de nuestro pueblo debe ser destruido.

Unos veinte mil volúmenes son arrojados a las llamas. Las obras de Thomas y Heinrich Mann, de Erich-María Remarque, de Albert Einstein, de H. G. Wells, de Freud, de Zola, de Gide, de Proust y de cientos de otros escritores son reducidas a cenizas.

El doctor Goebbels, ministro de Propaganda desde marzo de 1933, observa, satisfecho, el éxito de esta manifestación que ha organizado:

«El alma del pueblo alemán puede expresarse de nuevo —declara con fervor—. Estas llamas no iluminan solamente el fin definitivo de una era: iluminan la nueva era.»

El auto de fe del 10 de mayo marca, en efecto, el principio del embargo del régimen nazi sobre el dominio cultural alemán. Josef Goebbels y el teórico de la estética nacionalsocialista, Alfred Rosenberg, que trabajan desde entonces, bajo la dirección del *Führer*, en la preparación de las medidas encaminadas a la reglamentación de conjunto de la cultura.

«El nuevo Estado tiene sus propias leyes —dirá Goebbels—. El artista tiene también el deber de reconocerlas y de considerarlas como el hilo conductor de su actividad creadora...»

La dictadura artística en el III Reich

El 22 de septiembre de 1933 todo está dispuesto para que la administración nazi controle la creación artística. Una ley promulgada por el *Führer* instituye la *Reichskulturkammer* (R.K.K.), la Cámara cultural del Reich. Este organismo depende directamente del Ministerio de Propaganda. Su presidente es Goebbels.

Ante una asamblea de personalidades que, según él, se «han hecho dignas del pueblo y de la cultura», el ministro expone la minuciosa organización de la R.K.K.:

—La *Reichskulturkammer* estará dividida en siete secciones: literatura, prensa, radio, teatro, música, cine y bellas artes. Los presidentes de estas secciones formarán el *Reichskulturrat* (Consejo Cultural del Reich). Después serán organizadas subdivisiones regionales. Así, nuestro partido podrá controlar espiri-

tual y materialmente la actividad cultural de Alemania. Ya no tenemos que tolerar la decadencia de origen semítico que reina actualmente en el mundo de las artes. Nuestra cultura debe estar en adelante al servicio exclusivo de la ideología nacionalsocialista. ¡Un lugar para un arte puramente germánico!»

Algunas semanas más tarde, el 9 de noviembre de 1933, una ley precisa:

«Todo individuo que por la creación, la reproducción, la ejecución de un trabajo intelectual o técnico, la propagación, la conservación o la venta participe en el movimiento cultural alemán, debe ser miembro de la organización cultural nacional.»

La misma ley precisa después:

«La *Reichskulturkammer* debe ser responsable ante el pueblo y el Estado de los progresos de la cultura alemana. Debe igualmente reunir los esfuerzos de los individuos destacados en todas las ramas de su actividad.»

«Toda profesión artística le está prohibida»

Esta Cámara ejerce en realidad una verdadera dictadura:

«He sido encargado por el *Führer* —declara el presidente de la sección de artes plásticas al pintor Karl Rottluf— de desterrar de los museos las obras de arte degeneradas... He tenido que confiscar, pues, 608 de vuestros lienzos.

»Se desprende de las obras recientes que nos ha enviado usted que, todavía hoy, se encuentra alejado del pensamiento nacionalsocialista.

»En consecuencia no puedo considerarle como suficientemente seguro para pertenecer a mi sección... Está usted excluido, pues, y toda profesión

artística le está prohibida, incluso como actividad secundaria.

»La carta de miembro núm. 756 establecida a su favor ya no es válida. Le ruego que me la devuelva, pues, por correo.»

»Firmado: Ziegler.»

Una de las primeras medidas tomadas por esta Cámara es evidentemente la exclusión de artistas no arios. Todos los judíos reciben esta circular:

«Por su calidad de no ario, no está usted en condiciones de sentir y comprender la pureza del arte germánico... Me veo, pues, obligado a retirarle el certificado de calificación y de aptitud, que es la condición de toda candidatura de adhesión a la Cámara...»

Ahora bien, sin este certificado, es imposible para un artista exponer y vender sus obras...

Judíos y contrarios al régimen son así excluidos de la vida cultural alemana.

El arte germánico

Esta burocracia va a constituir un obstáculo para el desarrollo artístico: rechaza las tentativas renovadoras y proscribte todas las grandes corrientes de la pintura del siglo XX. Pintores como Nolde y Kirschner, representantes del expresionismo, y como Paul Klee, uno de los creadores del arte abstracto, son expulsados sin piedad de los museos alemanes. Impresionistas y cubistas franceses conocen la misma suerte.

«No se puede jamás separar el arte del hombre —declara Hitler—. El argumento de que el arte es internacional es un argumento hueco y estúpido.»

La revolución política del III Reich se acompaña así de una revolución artística.

En adelante, el artista tiene una única misión: regenerar al pueblo y prepararlo para el destino excepcional que le espera.

«Todo artista —dirá Goebbels— debe exaltar un romanticismo de acero que ose afrontar los rigores de la Historia y dé el valor de mirar los problemas de frente.»

El arte está, pues, al servicio de la propaganda. No debe reservarse a una élite: para que sea comprendido por el pueblo es preciso que sea realista. Esta concepción «social» del arte será aplicada en el seno de una de las secciones de la Cámara Cultural del Reich, la *Reichskammer der bildenden Künste* (Cámara Nacional de Bellas Artes). La «nueva escuela» reunirá, de hecho, artistas mediocres que se refugiarán en un estilo extremadamente convencional. El principal representante de este academicismo es el pintor Philipp de Laszlo, retratista oficial de Hitler y de todas las cumbres del III Reich. La única excepción será el escultor Arno Breker, formado en París, en quien el gran escultor francés Maillol verá «el Miguel Ángel de Alemania».

El régimen nazi controla en adelante hasta la inspiración artística:

«Los creadores alemanes saludan en su *Führer* al patrón y al protector de su actividad —podrá decir Goebbels—. El tiene vara alta sobre todo lo que se refiere al ejercicio de un arte y de una cultura verdaderamente germánicos. Los artistas alemanes se sienten orgullosos y felices pensando que El nos pertenece, que El es el Espíritu de nuestro espíritu, el Fervor de nuestro fervor, el Alá de nuestra fantasía, la Estrella de nuestra esperanza.»

Una exposición de arte nacionalsocialista

A lo largo del verano de 1937 tiene lugar en Munich la inauguración de la Casa del Arte Alemana (*Haus der deutschen Kunst*). El *Führer* en persona ha participado en la concepción de este edificio que debe albergar la primera gran exposición artística del régimen nazi.

De las 15.000 obras propuestas, el jurado no ha seleccionado más que 900, a las que Hitler pasa revista. De sala en sala su descontento aumenta. Camina con un paso rápido y apenas mira los cuadros.

—No discutiré sobre estas cuestiones —declara al jefe del jurado—, pero tomaré una decisión.

Algunos días más tarde el público muniqués puede «admirar» los lienzos escogidos por el *Führer*, y el jefe del pueblo alemán precisa su pensamiento a lo largo de un discurso pronunciado el 18 de julio de 1937 ante los representantes de la Cámara Nacional de Bellas Artes:

«Obras de arte que no pueden ser comprendidas y que necesitan que se les acompañe de un montón de explicaciones para demostrar su derecho a la existencia y llegar a tocar a neuróticos sensibles a este tipo de estupideces y de insolencia no podrán llegar jamás abiertamente a la nación alemana. ¡Que nadie se haga ilusiones! El nacionalsocialismo se ha propuesto la tarea de desembarazar al Reich y al pueblo alemán de todas estas influencias que amenazan su existencia y su carácter...»

En el mismo momento, en otro barrio de Munich, Goebbels presenta en un museo poco visitado una exposición de arte «degenerado». Ha seleccionado, entre los 6.500 cuadros «decadentes» excluidos

desde 1933 de los museos nacionales, los lienzos más representativos. El ministro está convencido de que provocarán la risa de los visitantes.

Pero la muchedumbre se precipita para admirar las obras violentas de Kokoschka y las caricaturas crueles de Grosz. Se para delante de los pasteles de Renoir, los paisajes exóticos de Gauguin. Se forman grupos delante de las telas cubiertas, todavía poco conocidas, de Braque y de Picasso. El entusiasmo de los visitantes es tal que Goebbels se vería obligado a cerrar la exposición antes de la fecha prevista.

La venta de Lucerna

Pronto se acentúan las medidas represivas contra el arte moderno:

«Berlín, 30 de mayo de 1938.

»El gobierno del Reich promulga la siguiente ley:

»1. Las obras de arte que se encuentran en museos o en colecciones accesibles al público... pueden ser confiscadas en adelante, sin indemnización, en provecho del Reich.

»2. La confiscación es ordenada por el *Führer* y canciller del Reich. El dispone de estos objetos que pasan a ser propiedad del Estado...

»El ministro de Propaganda, Dr. Goebbels.»

Y se ha visto, se verá cómo —aparte de estas recogidas en las colecciones públicas— los nazis se apoderaron de los bienes abandonados por los emigrados, bienes «sin dueño», es decir, bienes de los judíos enviados a los campos de concentración.

El III Reich organiza así una fabulosa pero embarazosa colección de pinturas «degeneradas». Goebbels prevé, incluso, durante un instante, la destrucción de

estas telas. Pero Hermann Goering propone otra solución: puesto que estas obras decadentes son apreciadas en el extranjero, ¡allí podrán ser vendidas o cambiadas!

En noviembre de 1938, aficionados al arte, expertos y curiosos se encuentran en Lucerna para una venta excepcional que provoca sorpresa y escándalo: el III Reich liquida una importante serie de obras de los más importantes pintores modernos. Los expertos adquieren por precios irrisorios telas de Cézanne, de Monet, de Van Gogh...

Este método de venta en masa no es rentable para los nazis. Proyectan entonces cambiar las pinturas de «un expresionismo salvaje» por el patriotismo artístico alemán que se encuentra en el extranjero. Uno de los sueños más antiguos de Hitler es, en efecto, reunir en el territorio del Reich todas las obras de la cultura germánica.

«Porque la aparición del arte no es un asunto estético —afirma Wilhem Rudiger—, sino un asunto biológico.»

Los elementos de este cambio «biológico» serán proporcionados cada vez más a partir de marzo de 1938: con la invasión de Austria, el gran robo de Occidente, ya se ha visto, ha comenzado.

Los S.S. en acción

En el momento del *Anschluss* los nazis no se apoderan solamente de las colecciones de los Rothschild: se lanzan sistemáticamente sobre el fabuloso tesoro artístico de Austria. Pero no existe todavía ninguna organización: la Misión Especial de Linz no surgirá hasta 1939. La recuperación de los objetos de arte, que pertenecen a los judíos o a los antinazis que

han huido del país, se efectúa constantemente en total desorden.

«Las colecciones artísticas que los propietarios habían abandonado —cuenta un historiador de arte testigo de la entrada de los alemanes en Viena— eran simplemente cogidas sin ser conocido su futuro destino.»

Las tropas S.S. reciben la orden de apropiarse de los bienes abandonados:

«Numerosos cuadros y dibujos fueron dañados —continúa este historiador—. En efecto, los soldados S.S. retiraban los cristales que protegían las telas con el fin de transportarlas más fácilmente... ¡En su precipitación, pisotearon incluso un cierto número de cuadros!»

Las obras de arte se acumulan en depósitos de ensueño. Algunas se pierden, otras son sustraídas por emisarios de diferentes personalidades nazis que se aprovechan de la ganga.

El *Führer* no puede tolerar más tiempo esta anarquía.

«He recibido un informe del *Gauleiter* de Viena, Josef Bürckel —escribe a Himmler—. Este informe me señala las condiciones deplorables en las que se efectúa la recogida de las obras de arte. Lo que pasa en Austria no debe repetirse.»

El *Reichsführer* Himmler, comandante en jefe de todas las fuerzas de policía alemanas desde el 17 de junio de 1936, dispone, para aplicar las órdenes de Hitler, de una temida organización: la Gestapo.

Descubrimiento por la Gestapo

Creada en 1933, la Gestapo, policía política del partido nazi, es un servicio impresionante que Himm-

ler no cesa de perfeccionar: más de 32.000 agentes son repartidos en 57 servicios regionales...

Algunos de estos agentes se encuentran ya en los territorios que Hitler se propone invadir. Deben preparar el avance de las tropas alemanas. Himmler les confía en 1939 otra misión: descubrir las colecciones artísticas, anotar los nombres de los propietarios y los pretextos políticos o radicales que permitirán confiscar «legalmente» estos bienes.

«Mucho antes de la invasión de mi país —cuenta así el experto polaco K. Estreicher—, especialistas alemanes mostraban un interés creciente por nuestra cultura y nuestras colecciones artísticas... En realidad se estaban familiarizando con las tareas que les habían impuesto sus jefes nazis... Sus listas, pues, estaban establecidas. A lo largo de la invasión no tuvieron más que exigir la entrega inmediata de los objetos.»

En el alba del 1 de septiembre de 1939, la *Wehrmacht* franquea las fronteras polacas. Comandos especiales de la Gestapo, encargados de la recuperación de las obras de arte, caminan detrás del ejército.

Entonces, metódicamente, se organiza el pillaje. El 1 de diciembre de 1939, una orden de Himmler decreta la retirada sistemática de «todos los objetos de valor, las esculturas, los muebles, los tapices, las cristalerías, los libros.»

«Su misión, señores —explica el *Reichsführer* en una reunión con los jefes de los comandos especiales—, no consiste solamente en reunir todas las obras que pertenecen a nuestro patrimonio. Debemos eliminar también la influencia nefasta de las culturas extranjeras que presenten un peligro para el pueblo alemán.

»Ordeno, pues, que sean igualmente confiscados

los trajes y adornos folklóricos, los instrumentos de música y todo el patrimonio religioso, a excepción de los objetos necesarios para los actos litúrgicos.»

Los comandos aplican con celo estas consignas. Se apoderan hasta de las colecciones de sellos de correos...

El botín es tan enorme que los efectivos de la Gestapo se muestran insuficientes. Es preciso seleccionar los objetos de arte dignos de ser llevados a Alemania, destruir inmediatamente los que puedan tener una influencia perniciosa sobre la moral de la población ocupada, encontrar refugios seguros para las obras provisionalmente intransportables...

Una sola organización puede asumir todas estas tareas. El 15 de diciembre de 1939, Hitler crea la Oficina de Administración del Este (*Generalstreuhandstelle*). Esta oficina depende directamente del *Ahnenerbe* (Instituto de la Herencia de los Antepasados).

Sueldo para el «Ahnenerbe»

El Instituto de la Herencia de los Antepasados, creado en 1939, tiene como fin prevenir, declara Hitler, «el pecado contra la sangre y la raza que es el pecado original de este mundo». El *Ahnenerbe* deberá proteger, precisa, «la cultura y la civilización humanas que están en este continente indisolublemente unidos a la existencia del ario».

Este instituto tiene su sede en Berlín, Pücklerstrasse, núm. 16. Por orden de Himmler son instaladas antenas en varias ciudades de Polonia: en Katowicw, en Dantzig, en Lodz, rebautizada Litzmann por los nazis.

El general S.S. Heinrich Harmjanz, nombrado ad-

ministrador general, dirige estas antenas regionales. Su adjunto, el *Obersturmbannführer* Wolfram Sievers, está más especialmente encargado de la vigilancia de las obras que se dirigen hacia Alemania.

La Oficina de Administración del Este, puesta al servicio del *Ahnenerbe*, es oficialmente presentada como «una administración previsor de los objetos confiscados». De hecho, su poder es inmenso. Este servicio puede «tomar todas las medidas que juzgue necesarias para la seguridad y la confiscación de los bienes».

En adelante el botín es guardado en los centros locales del *Ahnenerbe*. En la sede central de Berlín, expertos, técnicos y sabios establecen las fichas de los objetos confiscados. También definen el valor «ideológico» de las obras.

«Quisiera llamar su atención —escribía Heinrich Himmler en un informe dirigido al *Führer*— sobre la preciosa ayuda que proporciona el *Ahnenerbe*. No solamente ha puesto sus despachos de Berlín a nuestro servicio, sino también, en muchos casos, sus expertos han intervenido directamente. Han impedido con frecuencia que algunos particulares retuvieran obras de gran valor.

»Propongo, pues, que en señal de reconocimiento cedamos a este organismo el 10 % del valor de los bienes recuperados.»

La recogida de objetos de arte en Polonia, organizada metódicamente por Himmler, es, en efecto, un éxito total. Servirá de ejemplo a otras campañas de recuperación que se dirigirán sobre los futuros territorios conquistados por Hitler.

En algunos meses los convoyes especiales escoltados por guardias S.S. y que se dirigen a Linz, Berlín o Munich, atravesarán Europa.

Entrada en escena de la organización Rosenberg

El 14 de junio de 1940 el XVII ejército del general von Kùchler entra victorioso en París.

«¿No es cierto que esta ciudad es muy hermosa? —confía Hitler a su arquitecto Speer con ocasión de un viaje relámpago a Francia—. ¡Pero Berlín debe llegar a ser más hermosa aún!»

Algunos días más tarde, el 30 de junio, las órdenes del *Fùhrer* son transmitidas al comandante de París, el general von Boeckelberg:

«Ordeno que se pongan a salvo, aparte de los obras de arte pertenecientes al Estado francés, los objetos de arte y documentos históricos pertenecientes a particulares, especialmente a los judíos.»

Pero las conquistas alemanas se suceden a un ritmo demasiado rápido: la organización de Himmler no puede «vigilar» en todos los territorios ocupados. Por consiguiente, la Gestapo trabajará en adelante, ordena Keitel, comandante en jefe de la *Wehrmacht*, «con el apoyo de los archiveros del *Reichsleiter* Rosenberg... Esta medida será ejecutada en todas las regiones de los Países Bajos, de Bélgica, de Luxemburgo y de Francia ocupadas por nosotros.»

Alfred Rosenberg, el «filósofo del III Reich»

Nacido el 12 de enero de 1893, en una pequeña ciudad de Estonia, Reval (rebautizada después Tallin), Alfred Rosenberg pasa toda su infancia en Rusia. Obtiene en la ciudad de Moscú su diploma de arquitecto. Pero su origen germano-báltico y su odio a los bolcheviques le empujan, en 1918, a enrolarse en el ejército alemán. Se le rechaza por ser de origen ruso.

Algún tiempo después se instala en Munich. Es allí donde encuentra al futuro jefe de Estado alemán. Un encuentro decisivo: los dos hombres tienen en común la pasión por la arquitectura y experimentan hacia los judíos un mismo odio fanático.

Rosenberg se adhiere al partido nacionalsocialista, el N.S.D.A.P., desde su creación. En 1923 Hitler le nombra redactor jefe del *Völkischer Beobachter* (El Observador Racista), órgano del N.S.D.A.P. Los artículos que redacta aquí le hacen pronto ser conocido como teórico del nazismo. Goebbels le llama con cierta ironía «el filósofo del III Reich».

Hitler decía frecuentemente, cuenta Speer en sus *Memorias*: «El *Völkischer Beobachter* es un periódico tan aburrido como Rosenberg, su redactor.»

El 29 de enero de 1940 el *Führer* confía a Rosenberg la dirección de la *Hole Schule* (Escuela Superior) que acaba de fundar. Le encarga en particular de formar la biblioteca de este organismo que debe convertirse en el «centro de estudio principal de la doctrina nacionalsocialista».

Rosenberg tiene la misión de buscar en los territorios ocupados todos los documentos, libros, archivos que puedan contribuir a fortalecer la ideología del régimen. Realiza su tarea con diligencia: después de la guerra se encontrarán más de 550.000 volúmenes en Francfort, sede de esta biblioteca. También, en julio de 1940, Hitler le nombra responsable del *Ein-satzstab* (Estado Mayor especial). Este organismo depende directamente del *Führer*.

Al cuidado del Estado Mayor especial

En la base de esta organización se encuentran los *Sonderkommandos* que recogen las obras y las co-

lecciones. Trabajan en estrecha colaboración con la Gestapo, los Servicios de Seguridad alemanes y a veces, incluso, con los servicios de policía de los territorios ocupados.

Todas las obras son examinadas en seguida, clasificadas en fichas por expertos:

«Por cada objeto —se lee en un informe de Rosenberg dirigido a Hitler—, levantamos un proceso verbal de recogida... En cada ficha figura un cierto número de rúbricas que proporcionan todas las indicaciones interesantes, como el origen, autor, estilo, peso, etc.

»Para facilitar la documentación sobre cada uno de los objetos —continúa el *Reichsleiter*— se está organizando una fototeca en Berlín y en Neuschwanstein.»

Se está lejos del pillaje anárquico de Viena...

Y Rosenberg no deja de perfeccionar su organización. Abandona el trabajo de recuperación a su adjunto Utikal y se reserva el cuidado de elaborar la política del pillaje. El tratamiento reservado por los nazis a los países del Oeste es, en efecto, muy diferente al impuesto en los países del Este. Del mismo modo que en el Este los nazis pueden sin dificultad «secuestrar los bienes nacionales, utilizarlos, confiscados los bienes de los judíos y los de los francmasones, en el Oeste, por el contrario, Rosenberg debe llevar a cabo la recogida con cautela.

El informe Kümmel

En Berlín, en el mayor secreto, numerosos expertos elaboran el informe Kümmel, llamado así porque está redactado bajo la dirección del doctor Kümmel, responsable de los museos de Berlín. El 18 de

septiembre de 1940 el primer tomo de este largo informe de más de mil páginas está dispuesto. El segundo tomo se terminará el 21 de enero de 1941.

Este documento impresionante no es otra cosa que la lista de todas las obras que deben pasar al Gran Reich. Es decir, primero todas las obras de origen alemán que han sido sacadas del territorio alemán a lo largo de los conflictos precedentes. Los expertos no dudan en remontar hasta el siglo XV...

La restitución de las obras robadas por los franceses durante las campañas napoleónicas es, por ejemplo, una de las reivindicaciones nazis.

Pero las exigencias alemanas van más lejos: toda obra en la que los expertos descubren una chispa de «espíritu germánico» debe ser restituida. Así es como, aparte de la obra del alemán Mathias Grünewald, el *Retablo de Issenheim*, pintado para un convento alsaciano, el *Políptico de Gand*, pintura religiosa flamenca, ¡es considerada como parte del patrimonio artístico alemán!

«Si esas obras inestimables para la cultura germánica no pueden ser encontradas —precisa el informe—, los expertos se reservan el derecho, en calidad de reparación, de escoger otras obras en las colecciones nacionales de los países ocupados.»

La filosofía del «Einsatzstab» Rosenberg

Alfred Rosenberg no olvida que es el «filósofo del III Reich». El 3 de noviembre de 1941 elabora una «exposición de principios» para justificar la acción de su Estado Mayor especial.

«La guerra contra el Gran Reich —declara al principio— ha sido suscitada por la judería y la francmasonería mundial... Son los judíos los que han

arrebatado al pueblo alemán la posibilidad de tomar parte... en los bienes económicos y culturales del universo... La retirada de los bienes culturales judíos —concluye— no constituye más que una medida de represalias relativamente insignificantes.

»No puede tratarse de aplicar la Convención de La Haya —continúa—. Los judíos, con sus bienes, se sitúan fuera de todo derecho.»

Los pueblos así despojados no podrían quejarse:

«Si el Gran Reich no ha cogido en su provecho todos los bienes judíos —insiste el *Reichsleiter* Rosenberg— hay que explicar a los habitantes de los países ocupados que esta es una medida de clemencia extraordinaria.»

En efecto, el *Einsatzstab* es un organismo que roba con precisión. Los *Sonderkommandos* llevan a cabo una minuciosa contabilidad de sus recogidas:

«Provenientes de los territorios ocupados del Oeste, 92 vagones cargados de unas 2.775 cajas han sido enviadas en convoyes hacia Alemania —precisa Rosenberg—. Al margen de estos envíos, 53 obras de arte han sido objeto de entregas especiales al *Führerbau* (Edificio del *Führer*), y otras 594 cajas, conteniendo pinturas, esculturas, muebles, tejidos, han sido remitidas al mariscal del Reich.»

Porque el *Reichsmarschall* Hermann Goering es, de todos los jefes nazis, el que más se ha aprovechado del pillaje artístico de Europa y el que más vigorosamente lo ha animado.

El «Reichsmarschall» Herman Goering

—¡Tengo la intención de robar! —anuncia Goering a todos los ministros del Reich para los territorios ocupados—. Les he reunido con el fin de precisar su

misión. ¡Deben ser como perros de caza con su presa!

Nacido en 1893 en Rosenheim, pequeña ciudad de Baviera, Hermann Goering es también uno de los compañeros más antiguos de Adolf Hitler. Este admira la presencia de este joven burgués que sabe moverse con soltura en la alta sociedad.

Desde su más tierna edad, Goering ha sido educado en el gusto por el lujo y la fortuna. La mayor parte de su infancia se ha desarrollado en el castillo de Veldenstein, cerca de Nuremberg. Su padrino, Hermann von Epenstein, rico soltero, había regalado este castillo a la familia Goering, perteneciente ella también a la gran burguesía: el padre de Goering era el gobernador del Sudoeste africano, entonces alemán. Hasta los diecinueve años el muchacho vive en este marco suntuoso y siente una admiración sin límites por su padrino. Le devora una pasión: quiere parecerse un día a este hombre que representa para él la potencia.

La Primera Guerra Mundial le permite realizar uno de sus sueños. Sus hazañas aéreas hacen de él el primer piloto de caza de Alemania, el sucesor del barón von Richthofen a la cabeza de la escuadra del Mérito, la más alta condecoración alemana.

Profundamente decepcionado por la derrota y por la anarquía que reina bajo la República de Weimar, se adhiere a las filas del Partido nacionalsocialista desde 1922. Después del *putsch* de Munich, en el que participa al lado de Hitler, se ve obligado a exiliarse.

En compañía de su joven mujer Karin, hermana de una condesa sueca, permanece en Italia hasta 1925. La visita de los museos de Siena, Florencia y Roma despierta en él la afición por las bellas artes. Se entrega a la lectura de obras especializadas. *Führerbau*

El 30 de enero de 1933 el nombramiento de Hitler para la Cancillería, para la cual él ha jugado un papel decisivo, gracias a sus relaciones, marca para Hermann Goering el principio de una brillante carrera. A las funciones que asume, de presidente del Reichstag desde 1932, se añaden las de ministro del Interior del gobierno prusiano y comisario del Reich para la aviación. Además, su cargo de ministro sin cartera en el nuevo gabinete.

Hermann Goering se convierte en el segundo personaje del Estado.

Karinhall: el palacio más hermoso de Alemania

Goering se ha fijado en una propiedad situada en el Schorfheide. Este vasto espacio de bosques y de landas salpicadas de lagos se extiende del norte de Berlín a la costa del Báltico. Se hace construir allí una mansión espléndida. La bautiza «Karinhall», en memoria de su mujer fallecida.

«Hermann Goering —apunta su biógrafo oficial Gritzbach— ha concebido personalmente el dibujo y la estructura de esta casa: quería que expresara la fuerza y la tenacidad de su propia personalidad.»

Por su extravagante lujo, el señor del lugar provoca indefectiblemente la sorpresa de los que le ven por primera vez.

«Se cambió al final de la jornada —recuerda el ministro sueco Thomsen— y apareció en la mesa vestido con un kimono azul y calzado con pantuflas forradas de piel... Incluso por la mañana llevaba a un lado una daga de oro.

También cambiaba con frecuencia de piedras preciosas: ¡su gordo cuerpo estaba encerrado en un ancho cinturón en el que había insertas numerosas

gemas! Y no hablo del esplendor de sus múltiples sortijas.»

Goering introduce una provechosa costumbre: si se quiere uno ganar su favor, es preciso que se le ofrezcan suntuosos regalos. Poco a poco las salas de Karinhall se llenan de tesoros.

«En los vestíbulos y en las salas de esta morada —cuenta Speer, el arquitecto del *Führer*—, los cuadros de los maestros estaban colgados en cuatro filas. Cuando ya no hubo más sitio en las paredes, utilizó el techo del gran vestíbulo de entrada para colocar un cierto número de cuadros.»

Goering concibe un proyecto gigantesco.

«Yo poseía ya antes de la guerra —dirá Goering en el tribunal de Nuremberg— un cierto número de telas que había heredado, o que había adquirido... Desde hacía tiempo había decidido... transmitir al pueblo alemán una galería que yo iba a fundar... según criterios completamente diferentes de los de los museos habituales».

El Mecenas del III Reich

Goering dispone de medios considerables para fundar esta galería.

Los sueldos que le aseguran sus numerosas funciones se dividen en tres cuentas, repartidas entre los bancos Thyssen y Deutsch Bank:

- una cuenta privada (remuneraciones diversas);
- una cuenta especial (*Sonderkonto*) alimentada por las donaciones;
- una cuenta que reúne sumas proporcionadas por el Estado.

Además, en 1937, Goering funda el combinado Hermann-Goering-Werke en Salzgitter. Obliga a las

diferentes empresas metalúrgicas del país a adquirir sus acciones. Recibe también, de hombres de negocios de su medio, regalos en dinero.

Por otro lado, Goering, amigo íntimo y primer lugarteniente del *Führer*, dispone de unos poderes enormes que le permiten actuar a su gusto. Así, para reunir esta colección de Karinhall, que él mismo califica como una de «las más bellas de Europa», Goering agrupa bajo las órdenes de su canciller artístico Walter-Andreas Hofer todo un equipo de «ojeadores». Estos «ojeadores» van a barrer las riquezas de los países ocupados y a participar, en gran escala, en el pillaje artístico de Europa.

«Gracias a ellos —confiará a Rosenberg— había descubierto desde hacía mucho escondrijos sumamente bien camuflados. Utilicé para éstos fondos destinados a la corrupción.»

Hitler tolera estas actuaciones. Tolera incluso que su delfín utilice servicios oficiales con fines personales.

«Goering había dado órdenes a la Luftwaffe —testimoniará Kajetan Mühlmann, encargado de la misión en Polonia— para que participara en el transporte de los objetos confiscados. Y puedo afirmar que Goering se aprovechó de esto para guardar ciertas obras que enriquecieron Karinhall.»

Hitler-Goering: rivalidades de coleccionistas

Sin embargo, Goering va demasiado lejos a veces. Intenta apropiarse, como se ha visto, de las obras que Hitler destina a Linz.

—Es usted el rey del mercado negro —le grita un día el *Führer* indignado—. Los expertos de Rosenberg trabajan para el futuro museo de Linz o el

de Munich. ¡No quiero que sus sabuesos estorben su trabajo o intercepten las telas que yo, personalmente, deseo!

En efecto, Hitler acaba de saber que los emisarios del *Reichsmarschall* habían intentado apropiarse en el mercado checoslovaco de un Cranach que él deseaba de un modo especial...

—No me opongo a la construcción de su museo —continúa Hitler—, pero al menos, ¡muéstreme primero las fotos de los objetos que desea adquirir!

«A partir de este momento —confirmará Goering delante del tribunal de Nuremberg— me ocurrió con frecuencia el tener que devolver al *Führer* obras que había adquirido legalmente, porque él las deseaba para el museo de Linz.»

Hitler comienza a temer completamente la avidez de su delfín. Para limitar su empresa en el mercado artístico, el *Führer* hace del *Einsatzstab* un servicio personal:

«El *Reichsleiter* Rosenberg... ha recibido personalmente del *Führer*, precisa una ordenanza de septiembre de 1940, instrucciones detalladas que prevén la confiscación de obras de arte... El *Führer* se reserva el derecho de decidir su futuro destino.»

Ahora bien, dos meses después, una ordenanza del *Reichsmarschall* Hermann Goering replica:

«Ordeno la siguiente repartición para los objetos de arte depositados:

- »1. Los objetos de arte de los que el *Führer* se reserva el derecho de disponer.
 - »2. Los objetos de arte que sirven para completar las colecciones del *Reichsmarschall*.
 - »3. Los objetos de arte destinados a los museos alemanes.
- »Todos estos objetos serán pasados a inventario

por el Estado Mayor Rosenberg. Serán embalados y transportados a Alemania con la ayuda de la Luftwaffe...

»Someteré esta proposición al *Führer*. Esperando esta decisión, este procedimiento estará en vigor.»

En este mes de noviembre de 1940 Hitler está más preocupado por la preparación de la invasión de la Unión Soviética que por el destino de las colecciones artísticas. Ratifica las decisiones del *Reichsmarschall*. El «golpe de fuerza» de Goering ha tenido éxito: Rosenberg continuará siendo el administrador tutelar de la *Einsatzstab*, pero el delfín de Hitler es su auténtico dueño.

Disputas entre los jefes de la «Einsatzstab»

Todos los depósitos del Estado Mayor especial, en Europa del Oeste, son custodiados en adelante por los soldados de la Luftwaffe. A lo largo de una de sus breves visitas a París, en febrero de 1940, el *Reichsmarschall* convoca en el Quai d'Orsay a todos los responsables de la *Einsatzstab* en Occidente:

—Señores —declara—, prometo sostener enérgicamente el trabajo de sus colaboradores. Desde ahora pongo a su servicio todos los medios de transporte y todo el personal de convoyes que puedan necesitar en todos los territorios que ocupamos.

El adjunto de Rosenberg, Utikal, escucha a Goering con una cierta satisfacción; no es fácil transportar, con la necesaria seguridad y la necesaria discreción, obras de gran valor.

—En cambio —añade Goering—, yo supervisaré en adelante la elección de las obras enviadas a Alemania. Es una orden del *Führer*. Además, ciertas piezas que se encuentran en depósitos que he visitado esta

mañana me interesan especialmente. Espero irme con ellas esta tarde.

—¿No teme usted —objeta el doctor Bunjes, uno de los colaboradores de Rosenberg— que se nos acuse una vez más de robar? No olvide que hemos prometido a los gobiernos de los territorios del Oeste que no se tocarán sus colecciones nacionales.

—Querido Bunjes —Interrumpe el *Reichsmarschall*—, esto es asunto mío. ¿Olvida que soy el mejor jurista del Estado? Que estén dispuestas las cajas desde esta tarde. Las destinadas al *Führer* irán marcadas con una H; las mías llevarán la letra G.

Ese día Goering sale con, entre otras, *La Fillete au Boudda*, de Fragonard, y *La infanta Margarita*, de Velázquez. Hitler no ha sido olvidado: recibirá un Vermeer escogido por su fiel delfín.

La situación entre Goering y Rosenberg es a veces tensa. Rosenberg se rebela contra los métodos de pillaje practicados por los agentes del *Reichsmarschall*. Hay una tal confusión entre los intereses privados de este gran personaje y los del Estado, que muy a menudo sus agentes artísticos personales son tomados por los de la *Einsatzstab*. Por esto se hace a menudo responsable a Rosenberg de los excesos de los hombres del *Reichsmarschall*.

Por otro lado, el jefe de la *Einsatzstab* comienza a inquietarse por la amplitud de las retiradas efectuadas por Goering en el tesoro del que desde hace algún tiempo es responsable:

«He pedido a mi adjunto Utikal —declarará Rosenberg en el proceso de Nuremberg— que haga una lista lo más exacta posible de lo que *Reichsmarschall* ha retenido para su colección personal.»

Lista fabulosa: cuadros de un valor inestimable, porcelanas, tapicerías prestigiosas de Gobelins, pie-

dras preciosas, ¡un enorme botín que se cifra en millones de marcos!

«Yo he intentado intervenir —prosigue Rosenberg—. Desde hacía mucho tiempo pensaba que una parte al menos de los bienes confiscados a los judíos debían volver a la caja del partido. ¿No había financiado el N.S.D.A.P. la lucha contra los judíos desde hacía más de veinte años? Comunicué este proyecto a Goering en una carta. La pedí que la sometiera al *Führer*. Jamás he recibido una respuesta.»

Pero Rosenberg puede frenar cada vez menos los avances decididos de los agentes personales del *Reichsmarschall*.

Pillaje en el Este: el turno de Ribbentrop

El 9 de septiembre de 1941 los arrabales de Leningrado caen en manos de los alemanes; el 19 de septiembre Kiev cae en las mismas manos. De las dos grandes capitales de la antigua Rusia, una está directamente amenazada y la otra ocupada. Un mes más tarde, Hitler encarga al jefe de la *Einsatzstab* de supervisar el plan de pillaje de los territorios ocupados en el Este.

Sobre el terreno, la situación es bastante confusa: los emisarios del doctor Posse, en particular el agente von Host, compiten con los «batallones» de Ribbentrop.

En efecto, el ministro de Asuntos Extranjeros, que ha intentado en vano controlar la recuperación artística en Francia, espera conseguirlo en la Unión Soviética. Ribbentrop no dispone más que de tres «batallones».

Los integra en los tres ejércitos principales que invaden Rusia. Después de la toma de cada ciudad,

los hombres de Ribbentrop organizan la recuperación de las obras de arte.

Pero apenas pueden impedir que los soldados se apropien de una parte del botín:

«En Krasnoe-Selo —contará más tarde el *Obers-turmführer* Föster, miembro de la organización Ribbentrop—, la compañía arrasó el mobiliario del palacio de la emperatriz Catalina... Los soldados arrancaron de las paredes las tapicerías de seda chinas, destruyeron los artesonados, desmantelaron hasta los techos.»

La Gestapo, bajo las órdenes de Himmler, participa también en el pillaje frenético de los territorios del Este.

«Por orden del *Reichsführer* Himmler, la mayoría de los cuadros del museo de Minsk... fueron embalados por la S.S. y expedidos hacia el Reich», se lee en un informe del comisario general Wilhem Kübe al *Führer*.

Goering, por su parte, acaba de recibir de Hitler la orden «de tomar todas las medidas necesarias para una utilización máxima de los recursos y de la potencia económica de los países del Este ocupados».

El *Reichsmarschall* se dedica entonces a enviar a Alemania convoyes con alimentos y materias primas. Algunos de estos convoyes, cargados de obras de arte, llegan directamente a Karinhall.

Rosenberg ve claramente el partido que puede sacarle a la anarquía que reina en el Este:

«Puedo dar orden a mi Estado Mayor —escribe a Hitler en octubre de 1941— de efectuar en el Este lo que se ha llevado a cabo en el Oeste, pero en mayor escala... Le puedo garantizar, mi *Führer* que todos los tesoros artísticos que le interesan para sus planes personales le serán reservados con exclusividad.»

Fortalecido por su experiencia en el Oeste, seguro de la disciplina de sus *Sonderkommandos* entrenados militarmente, Rosenberg sabe que puede mantener esta promesa.

Ha instalado ya las bases de su organización en el momento de la «Operación M», operación de transporte a Rusia de todos los muebles requisados en Europa occidental, con el fin de preparar en el Este todos los despachos de la administración civil alemana. Hitler aplaude los resultados obtenidos por la *Einsatzstab* y nombra a Rosenberg, el 1 de marzo de 1942, ministro del Reich para los territorios ocupados del Este.

Represión y masacres serán la obra de la Gestapo y de los temidos *Einsatzgruppen*, que harán millones de víctimas. En cuanto a Rosenberg, él se encarga más especialmente del pillaje artístico de los territorios que le han sido confiados. Pillaje que no conoce ningún freno y que no necesita ningún camuflaje jurídico; en el Este todo está permitido, todo debe ser recuperado.

La actividad de la «Einsatzstab» en el Este

Algunas semanas después de su nombramiento, el 12 de junio de 1942, Rosenberg reúne a todos los comisarios del Reich en el Este.

—Señores —declara—, hasta ahora no podían ejercer ningún control sobre los transportes que salían hacia Alemania; así es como una parte de la colección de Minsk, que nuestro *Führer* destinaba al museo de Linz, se nos ha escapado. Les anuncio la creación de un Servicio central para el censo y salvación de los bienes culturales en los territorios del Este.

Este servicio controlará en adelante todos los objetos de arte que abandonen Rusia.

—¿Cuál será exactamente nuestro papel? —pregunta uno de los comisarios.

—En tanto que representantes de la administración civil —responde el *Reichsleiter*— trataréis de facilitar la tarea de los expertos civiles que dirigen mis comandos. Les señalarán todo lo que pueda tener valor artístico o ideológico. Museos, galerías de cuadros, monumentos históricos, quiero que todo sea minuciosamente censado. Cuento con su cooperación para ayudarme a combatir la anarquía que reina actualmente en el pillaje.

Un testimonio recogido en Nuremberg nos da una idea de los métodos empleados por este servicio de «censo y salvación».

«Antes de la instalación en Smolensk de una sección de este servicio —cuenta este testigo—, nuestra ciudad poseía cuatro museos que contenían colecciones extremadamente preciosas. El museo de arte poseía en particular admirables iconos, porcelanas y objetos artesanales muy raros. Estas colecciones de renombre internacional habían sido expuestas en Francia, antes de la guerra.

»Los comandos de Rosenberg no solamente las han enviado a Alemania, sino que también han destruido estos museos. Han quemado todos los monumentos históricos, todas las bibliotecas; más de 646.000 volúmenes han sido reducidos a cenizas.»

Al crear su Servicio central, Rosenberg se marca, como se ha visto, un fin secundario: hacer fracasar a las otras organizaciones. Lo consigue, pero también se atrae fuertes enemistades. Una vez dueño único del botín, no se duerme en los laureles. El pillaje de las obras de arte se efectúa a una escala gigantesca:

«Le informo, mi *Führer* —anuncia orgulloso en un informe a Hitler—, de que han sido necesarios 1.480.000 vagones para el transporte de los bienes artísticos recogidos por mi organización en los territorios del Este. Por otro lado, 427.000 toneladas de objetos de arte han sido transportadas por vías fluviales.»...

En Rusia, doblemente odiada por los nazis, por ser «esclava y bolchevique», el saqueo se lleva a cabo con ferocidad. Es difícil de cifrar el botín transportado a Alemania y aún más difícil de estimar el valor de todas las obras retiradas o destruidas.

Despojo de Rosenberg y disolución de la «Einsatzstab»

En 1943 el *Reichsleiter* es, desde hace tres años, el encargado del fabuloso tesoro nazi: un puesto que provoca la envidia de numerosas personalidades del régimen. Se le teme también por sus numerosos agentes que se informan de las maniobras, con frecuencia sospechosas, de estas mismas personalidades.

Llegado a la cima de su poder, tiene en jaque a numerosas organizaciones que han intentado competir con la suya. Y, sobre todo, goza de la protección de Goering; a pesar de algunas tirantezas entre los dos hombres, el *Reichsmarschall* aprecia la discreción de Rosenberg sobre sus numerosos secuestros. Discreción que Rosenberg modera, pero no denuncia al *Führer*.

Hacia 1943, Goering comienza a perder la confianza del *Führer*. Los fracasos sufridos por la *Luftwaffe* en Inglaterra, en el Mediterráneo y en Stalingrado, irritan a Hitler. Los enemigos de Rosen-

berg estudian el partido que pueden sacar de esta situación. Bormann, enojado desde hace mucho tiempo por la colisión que se produjo entre el *Reichsleiter* y Goering, consigue del jefe del III Reich la orden de disolución de la *Einsatzstab*.

«El *Führer* desea que los objetos de arte conseguidos por su organización —precisa Bormann en una nota muy lacónica— sean transferidos lo antes posible y confiado a sus expertos, que en adelante se encargarán de ellos».

El hombre que contribuyó a la acumulación de fabulosas riquezas es ahora destituido. Se retira a su casa de Berlín, Margarentstrasse, 17.

Pero la formidable organización que él ha creado es indispensable al régimen: es necesario administrar el tesoro nazi. Y hasta los últimos días de la guerra esta organización cuidará los misteriosos depósitos del III Reich.

El «Kunstschutz»: una organización militar «humanista»

«El régimen hitleriano es el régimen que ha quemado los libros —afirma el escritor Thomas Mann a los americanos—, ¡y seguirá siéndolo!» Algunos alemanes piensan que sería posible servir a su país y obedecer a las órdenes del régimen nazi salvaguardando al mismo tiempo las tradiciones del humanismo.

«No necesito insistir sobre el hecho de que yo consideraba como mi primer deber servir a mi patria —explica el conde F. Wolff von Metternich en un informe escrito después de la guerra—... Podía servirle consagrándome a la tarea de vigilar constantemente para que las disposiciones de la Convención de La Haya... fueran aplicadas.

»El 11 de mayo de 1940 —cuenta von Metternich— fui convocado en el O.K.H. (Estado Mayor del Ejército de Tierra) y nombrado delegado para la protección de las artes. El coronel Wagner, del O.K.H., me definió así mi misión:

»“El servicio cuya dirección le confío debe salvaguardar los dos valores en los territorios en los que efectuemos operaciones militares. Temo personalmente los desórdenes que engendra una guerra; en la medida de lo posible, le encargo de vigilar el patrimonio artístico de los países que vamos a ocupar. Además, he dado órdenes a nuestras tropas de preservar los lugares y monumentos artísticos más célebres.”

»Supongo que el doctor Hiecke, conservador nacional de los monumentos —continúa von Metternich—, me había recomendado para este puesto. En efecto, desde el invierno de 1939, en Berlín, me había informado de su proyecto: crear un servicio que dependería del ejército y no del partido; este servicio trabajaría en el cuidado de las obras de arte, en unión con los organismos oficiales de los territorios ocupados.

»Este proyecto me entusiasmó. Se adaptaba tanto a mi gusto por el arte como a mi conocimiento de los países que debería supervisar.»

El *Kunstschutz* o servicio de protección de las artes no es una institución nueva. A lo largo de la Primera Guerra Mundial ya había funcionado un servicio idéntico bajo la dirección del profesor Clement. Este profesor había reclutado para su servicio una mayoría de «junkers» prusianos muy escrupulosos en la observancia de las leyes y costumbres de la guerra.

El conde von Metternich es digno de esta tradición de honestidad. Escoge, como fundamento jurídico de

su acción, las cláusulas de la Convención de La Haya: en particular, el artículo 28, que «prohíbe entregarse al pillaje de una ciudad o una localidad, incluso tomada al asalto». Intenta hacer observar igualmente otro artículo que ordena proteger de los bombardeos «los edificios consagrados a los cultos, a las artes, a las ciencias y a la beneficencia, así como a los monumentos históricos».

Las órdenes del delegado para la protección de las artes son ejecutadas por los «relatores del servicio artístico» que dependen directamente del O.K.H.; von Matternich no tiene directamente bajo sus órdenes más que al doctor von Tieschowitz.

El *Kunstschutz* abarca todos los países bajo administración militar alemana. Es decir, Francia, Bélgica, Serbia, Grecia y más tarde Italia.

La sede de este servicio se encuentra primero en Bruselas. Metternich instala después sus despachos en París, en el hotel Majestic.

El «Kunstschutz» contra el pillaje

Pero, al tolerar la creación de este servicio, Hitler no le concedía más que un valor de coartada: a los gobiernos que protestasen contra los excesos de los nazis el *Führer* podría oponer la escrupulosa honestidad de este organismo oficial.

El *Kunstschutz* no debía tener, pues, más que una acción simbólica que permitiera demostrar la «buena voluntad» de los alemanes; así, en septiembre de 1940, Hitler autoriza a este servicio para que abra algunas salas del Louvre.

Sin embargo, desde que comprende el papel que se le quiere hacer jugar, von Metternich endurece su postura. Así, cuando se entera de que Rosenberg se

dispone a coger las colecciones nacionales francesas del depósito de Chambord, advierte al director de los museos nacionales franceses y al alto mando alemán. Este interviene inmediatamente y se cuelgan carteles en todos los depósitos franceses, en los que se puede leer:

«Este edificio, comprendidas todas las instalaciones y su mobiliario, es considerado como museo y se encuentra bajo protección militar.

»El jefe de la administración militar.»

Las colecciones nacionales de Europa occidental se encuentran de este modo protegidas, en parte, contra los «apetitos» de Goering, Rosenberg y Ribbentrop.

Pero von Metternich va más lejos: apoyado por los servicios artísticos de los países ocupados, obtiene de Hitler la promesa de que las obras que formen parte de un patrimonio nacional no abandonarán el país antes de la firma del tratado de paz.

El *Kunstschutz* intenta incluso, en la medida de lo posible, sustraer a los «ladrones» algunas colecciones privadas:

«La colección Bestegui fue inmediatamente transportada a un depósito del Estado francés —cuenta von Metternich—. También fue arrancada al embargo del *Einsatzstab* Rosenberg.»

Una personalidad simpática

El conde F. Wolff von Metternich, especialista en arquitectura medieval, es un amante apasionado del arte. Miembro de la nobleza prusiana, militar por vocación y profundamente patriota, observa respecto al partido nacionalsocialista una extremada reser-

va. Igual que numerosos militares, trata de conciliar el deber de la obediencia y el desprecio por las órdenes que recibe.

«No podía imaginar otro servicio mejor que ofrecer a mi patria —explica— que el de consagrarme a la protección de la cultura occidental. Además, desde mi juventud, sentía una predilección por la civilización y el arte franceses. Tenía el mismo interés por Bélgica.»

Semejante actitud es evidentemente poco apreciada por otros servicios «artísticos». Rosenberg la califica de «francófila, incompatible, pues, con los intereses del Reich».

Goering no puede tolerar que un «utopista» contrarie sus proyectos.

En febrero de 1941 el *Reichsmarschall*, de paso por París, convoca al jefe del *Kunstschutz*:

«La entrevista fue violenta —cuenta von Metternich—. Me envió a paseo de manera muy poco delicada y me despidió inmediatamente... A partir de este momento debía esperar mi destitución de un momento a otro.»

Efectivamente, unos meses más tarde, von Metternich recibe un telegrama notificándole su despedida, así como la prohibición de ejercer en adelante toda actividad oficial.

Su sucesor, el doctor Tieschowitz, intentará mantener la integridad del *Kunstschutz*. Pero, poco a poco, su acción será paralizada: apoyos demasiado fuertes protegen a las organizaciones consideradas «rivales».

Sin la acción individual de hombres como von Metternich se habrían vaciado todos los museos de Europa y la cultura europea se habría encontrado en un gran peligro de desaparición.

Polonia, «provincia germánica»

«Estimo —escribe en 1957 el profesor Lorenz, director del museo de Varsovia— que el 40 por ciento del patrimonio cultural de mi país ha sido irremediabilmente destruido por los nazis.»

Además, para tener las manos libres, los alemanes no han dudado en asesinar metódicamente a todos los miembros de la élite política e intelectual de Polonia. ¡Más de 85.000 personas han sido asesinadas en algunos meses! Los soviéticos han hecho lo mismo en su zona de ocupación, como lo recuerdan los osarios de Katyn.

«Polonia es en adelante una provincia germánica —declara orgullosamente Hans Frank, gobernador de este país—. Puede estar orgullosa de formar parte del Gran Reich Alemán.»

Todas las organizaciones nazis de recuperación artística van, pues, a hacer estragos en este país: no se le debe escapar nada a Alemania.

«El encargado de la misión ha podido escoger en seis meses casi todo el patrimonio artístico del país —se lee en un documento nazi conservado en un museo de Cracovia—. El catálogo que hemos establecido aporta claramente la prueba de la penetración cultural en el Este... En efecto, se encuentran obras influidas por el arte germánico... Su espíritu y su carácter no expresan otra cosa que el ser y la fuerza cultural de nuestra nación.»

Esta «parcela de alma germánica» interesa por supuesto a Goering. El 9 de octubre de 1939, es decir, algunas semanas después de la invasión, nombra para un puesto clave a uno de sus hombres de confianza, Kajetan Mühlmann, del que ya hemos hablado.

«Los agentes de Mühlmann —cuenta un testigo— ocupaban toda Polonia. Penetraban en las bibliotecas, en los museos y en las casas particulares... Cargaban con todo: pinturas, esculturas, porcelanas, tejidos.

»A veces, incluso, se introducían de noche en los museos nacionales. Se apoderaban de obras que les interesaban y destruían los catálogos. Así no quedaba ninguna prueba de sus excesos.»

El plan inicial de los nazis era el de reunir todo un botín polaco en el territorio del Reich. Tuvieron que renunciar en seguida. ¡Este botín superaba sus esperanzas!

«El número total de las propiedades visitadas se eleva a 500 —informa uno de los adjuntos de Mühlmann—. Durante los primeros meses de la ocupación, hemos escogido y puesto bajo protección 102 bibliotecas, 15 museos, tres galerías de cuadros, ocho colecciones de armas, 10 colecciones de monedas, una colección de arte egipcio, más de 1.000 cuadros, cientos de grabados, cientos de tapices...»

Los jefes nazis se apropian de las obras de arte de Polonia

«Es imposible —decide el *Führer*— movilizar para el transporte de las obras de arte el material y los hombres que nos son indispensables para otras operaciones.

»En consecuencia, ordeno que no sean transportadas al territorio nazi más que las obras de primera categoría. Las obras consideradas por los expertos de segunda o tercera categoría adornarán en adelante los edificios oficiales alemanes en Polonia y los despachos del gobernador general.»

Numerosos jefes nazis, entre ellos Goering, aprovechan la ocasión que se les ofrece así: hacen clasificar como obras de última categoría cuadros de un valor inestimable y se apropian de ellos.

Así es como, en junio de 1945, un especialista polaco de la historia del arte, Karol Estreicher, encontró en Baviera, en la suntuosa villa del gobernador de Polonia, Hans Frank, un número considerable de cuadros.

«No daba crédito a mis ojos —cuenta este experto—. Tenía delante de mí uno de los más célebres cuadros de Leonardo da Vinci: esta *Dama en el Hermine*, pintado en 1483, ¡y que había admirado tan a menudo en el museo de Cracovia!»

Cuando se le interrogó en Nuremberg sobre la procedencia de este cuadro, Hans Frank comenzó diciendo que se lo había dado el *Führer*...

Después reconoció haberlo robado:

«Me he llevado este cuadro cuando tuve que dejar Breslau —admitió—. Quería salvarlo de la destrucción y ponerlo a salvo con el fin de que Polonia no lo perdiera.» Tal solicitud puede sorprender de parte de quien fue llamado el «carnicero de Varsovia»...

Porque fue él, en particular, el que ordenó la destrucción de todos los monumentos que pudieran exaltar el orgullo de los polacos: las estatuas del poeta Mickiewicz en Cracovia, de María Curie, de Chopin, fueron de este modo desmontadas y después fundidas en las fábricas de armamento alemanas.

Algunas medidas tomadas por Hans Frank rozan incluso el ridículo: hace enviar a Alemania los instrumentos del célebre astrónomo polaco Copérnico, ¡después de haber ordenado a los sabios nazis que demostraran que Copérnico no pertenecía a la miserable raza eslava, sino a la gloriosa raza germánica!

Destrucción odiosa de la cultura polaca

La destrucción sistemática del patrimonio artístico polaco es el fruto de un largo rencor. Una de las primeras medidas tomadas por los alemanes después de su llegada al país es la destrucción de todas las telas que relatan la resistencia de los polacos a los caballeros teutónicos. Los nazis quieren hacer olvidar las victorias logradas, unos siglos antes, por el pueblo polaco sobre sus antepasados...

Se ha encontrado después de la guerra, en los expedientes de Frank, el plan de «la nueva ciudad alemana de Varsovia». Nada debe subsistir de la antigua ciudad más que una parte de los viejos barrios considerados como de «inspiración alemana».

En 1944 los nazis sienten que Polonia se les va a escapar: el pillaje se efectúa en adelante en medio del desorden.

«El 7 de octubre de 1944 —cuenta el profesor Lorenz— vi llegar al museo de Varsovia al *Obersturmführer* S.S. Arnhardt. Le acompañaban diez S.S. Desde el principio me declaró que el estilo o el siglo de las obras que yo descolgaba no le interesaba. “Escogeré según mi gusto”, me dijo. En seguida me di cuenta de que no poseía ni los conocimientos artísticos más elementales.»

Unos de los adjuntos del profesor Lorenz asistía también a la selección de los cuadros por Arnhardt y sus S.S.

«Cogía las cajas en las que habíamos clasificado cuidadosamente las obras y las volcaba —cuenta—. Pisoteaba los cuadros que no le interesaban. Fueron destruidos de este modo un número increíble de acuarelas y pasteles.

»Algunos cuadros se encontraban en los pisos superiores. Cogieron los que les convenían y arrojaron los demás por la ventana. Indignado, intenté oponerme a esto: uno de los S.S. me rechazó brutalmente y me estuvo apuntando durante el tiempo que duró el saqueo.»

Algunos días más tarde el *Obersturmführer* S.S. Arnhardt expide a Alemania 41 cajas que contienen una parte de las colecciones nacionales del museo de Varsovia. Algunos lienzos se salvarán, sin embargo, gracias al coraje de algunos expertos polacos a los que las S.S. habían encargado de embalar las telas.

«Después del paso de los nazis —declara el historiador de arte Jean Cassou—, Polonia era una tierra muerta, completamente vaciada de su pasado cultural. De todos los territorios del Este, este país fue el más saqueado y destrozado.»

Una nueva forma de saqueo: el trueque

Los territorios del Este no son los únicos que sufren el saqueo nazi. En el Oeste, Holanda y Francia soportan a su vez el asalto de todas las organizaciones encargadas de llevar al Gran Reich los tesoros artísticos de Europa.

Estas organizaciones intentan, en la medida de lo posible, dar a su acción un carácter «legal».

El 14 de mayo de 1940, después de una guerra de cinco días, Holanda cae en manos de los alemanes. El pillaje no empieza inmediatamente. Por una parte, los nazis consideran a este país como «germánico». Por otra parte, Hitler está entonces preocupado por la conquista de Bélgica, de Francia e incluso de Inglaterra.

Pero, algunos meses después de la invasión, Posse, rodeado por su equipo de compradores, comienza a buscar por el país. Kajetan Mühlmann y sus agentes llegan poco tiempo después. Rosenberg, por su lado, encarga a uno de sus agentes, Lohse, que descubra las obras interesantes.

«El número de compradores oficiales y oficiosos que se encontraban sobre este pequeño territorio es aberrante —cuenta el director de una galería de Rotterdam—. Me ha ocurrido personalmente ser reclamado con pocas horas de intervalo por agentes de organizaciones diferentes.

»Cuando les decía que el cuadro que les interesaba estaba vendido, me ofrecían inmediatamente un precio superior.»

En efecto, en este país considerado «germánico», los nazis están obligados a adquirir «legalmente» las obras de arte que les interesan. Esta «compra legal» consiste en amenazar con la deportación o con la muerte a los coleccionistas que no quieren abandonar, a precios irrisorios, las telas que poseen. Los dignatarios alemanes tienen también la costumbre de pagar los cuadros con las monedas emitidas por el *Reichskredit Bank*, es decir, con monedas sin valor internacional... Los comerciantes holandeses comprenden rápidamente que no les queda más que una posibilidad: aprovechar al máximo el desacuerdo que existe entre las diferentes organizaciones nazis.

«Los hombres de Goering —escribe a Posse uno de sus agentes— se ocupan también de la colección que le interesa a usted. Hacen muchos esfuerzos para conseguirla y desayunan todas las mañanas con el propietario de la colección, con la esperanza de convencerle.»

Y el *Reichsmarschall* mismo pone a punto otra

forma de tráfico: el trueque. Posee, en efecto, numerosas telas modernas procedentes de las colecciones judías de Alemania o de los territorios del Este.

«Guárdela siempre —le había sugerido Walter-Andreas Hofer, su consejero artístico—. Ya encontraremos el medio de meterlas en los países decadentes que nuestro *Führer* tiene la intención de invadir.»

En febrero de 1941 Goering se propone adquirir una tela de Tiziano, *Retrato de un muchacho*.

«A Goering le gustaba esta obra —cuenta el comerciante de cuadros Rochlitz—, pero encontraba excesivo el precio que se pedía por él.

»Unos días más tarde recibí a uno de sus emisarios, el doctor Lohse, que trabajaba también para Rosenberg. Me informó que al *Reichsmarschall* le interesaba mucho adquirir esta tela. Después me propuso un cambio. Me enseñó entonces once pinturas modernas que me parecieron muy bellas. «Todas estas pinturas por vuestra tela», me dijo. Acepté en el acto.

»Algunos días más tarde, dándole la vuelta a los cuadros, descubrí un sello que indicaba que habían sido confiscadas a los judíos. Protesté a Lohse. Este me respondió: «No puedo hacer nada. Actúo por orden de Goering.»

También Goering está apasionado por Vermeer

El *Reichsmarschall* siente una indudable predilección por los pintores flamencos. Igual que a Hitler, hay un artista que le fascina de un modo especial: el maestro de Delf, Vermeer.

Goering había admirado a menudo las dos telas que poseía el museo de Dresde: *Niña leyendo una carta* y *La alcahueta*. Por otro lado, Goering debía

estar celoso del *Führer*, que había obtenido a tan buen precio, gracias a las presiones de la Gestapo, una de las obras maestras de Vermeer: *El pintor en su taller*. En 1941 el *Reichsmarschall* se entera de que un gran coleccionista de Rotterdam, Van Beunigen, acaba de adquirir una tela de Vermeer.

Inmediatamente pide a Walter-Andreas Hofer si es posible encontrar otras obras de este artista en el mercado holandés.

—Me han dado informes efectivamente de una tela de este pintor. Se trata —explica Hofer— de una escena religiosa de gran dimensión, más o menos de dos metros cincuenta por dos. Pero en realidad no le aconsejo esta compra. Primero, el propietario pide un precio desorbitado; por otra parte, el número de telas de Vermeer que se encuentra actualmente en el mercado holandés me sorprende un poco.

—¿Duda usted de los conocimientos del célebre experto holandés, el doctor Bredius? —le pregunta entonces Goering—. Pues bien, yo sé que antes de la guerra ha dado 375.000 dólares, ¿lo oye?, 375.000 dólares, por otra tela religiosa de Vermeer, *El Cristo de Emaús*. Evidentemente no puedo permitirme semejante gasto, pero le pido que negocie la compra de esta tela.

Walter-Andreas Hofer se pone entonces en contacto con el coleccionista. Este acepta cambiar *La mujer adúltera* por 150 pinturas de la colección Goudstikker, judío holandés, al que el *Reichsmarschall* acaba de desposeer...

Muy orgulloso de su adquisición, Goering instala *La mujer adúltera* en su despacho de Karinhall. Pocos meses antes del fin de la guerra lo hace transportar a uno de los refugios de Berchtesgaden.

En este refugio es donde los americanos lo encon-

traron. Clasificando las obras de arte almacenadas en la *Alpenfestung*, se sorprenden de la cantidad de Vermeer caídos en manos de los nazis: ¡siete telas! Fueron devueltas a Holanda poco después del final de la guerra. Esta restitución iba a poner a los holandeses sobre la pista del más fabuloso falsario de todos los tiempos.

El falsificador de Vermeer

En efecto, después de una breve encuesta sobre las «compras» nazis llevada a cabo por el doctor Van Gelder, conservador del *Mauritshuis* (museo de La Haya), las autoridades holandesas descubrieron que un artista desconocido había poseído, durante la guerra, más de un millón de *gulden* en su cuenta...

Este desconocido se llamaba Van Meegeren. Se le detuvo con la acusación de colaboración con los nazis.

—No me pueden acusar de haber especulado con el patrimonio holandés —acabó por confesar—, ¡porque todas las obras que les he vendido las he pintado yo mismo! Sí, yo, un artista desconocido, ¡he conseguido engañar a los mejores expertos alemanes! ¿Llaman a esto colaborar? Empecé por pintar con el estilo de Vermeer —explica—. Y después, poco a poco, me identifiqué con él, comencé a buscar su secreto. De este modo me pude dar cuenta de que él no pintaba más que en telas de Leyde. Su fabricación está hoy abandonada; busqué viejos cuadros pintados sobre este soporte y los raspé. Pero en seguida me encontré con el problema de los colores: por ejemplo, el blanco de cinc que se emplea actualmente se empasta mucho más de prisa. Acabé por descubrir que Vermeer utilizaba blanco de albayalde.

Por otro lado, no utilicé para estas telas más que colores de origen vegetal o mineral. Pueden preguntarme: ¡he penetrado en todos los secretos del maestro!

Pero los expertos permanecen escépticos. Su incredulidad ofendió al falsario:

—Denme una tela y pinturas, ¡y les prometo que antes de dos meses tendrán un «auténtico Vermeer»! Les propongo un tema —les dice irónicamente—. ¿Qué les parece *Jesús confundiendo a los doctores de la ley*?

Día tras día, los expertos siguen el trabajo de Van Meegeren. Pronto reconocen, maravillados: «Su imitación está tan perfectamente realizada que se puede decir que es genial.»

El «viaje cultural» del Führer a París

El 20 de junio de 1940, unos días después de la invasión de Francia, Hitler previene a Albert Speer, su arquitecto y amigo:

—Prepárese, dentro de unos días iremos en avión a París. Quiero que venga en el viaje.

«No se trataba de una visita oficial —cuenta Speer en sus *Memorias*—, sino de una especie de viaje cultural del *Führer* a esta ciudad que desde su juventud le había cautivado.»

Dejando a sus generales con la preparación de la continuación de la guerra contra Inglaterra, Hitler se va a visitar París de incógnito.

«Nos dirigimos directamente al gran edificio neobarroco de la Opera, del arquitecto Garnier —precisa Albert Speer—... Hitler nos conducía... Había estudiado a fondo realmente los planos de este edificio... Se dio cuenta incluso de que un salón

había desaparecido... Fascinado por la Opera, se exaltó, con los ojos brillantes, perdido en un éxtasis que no dejó de inquietarme.»

La Opera era además el único monumento de París que interesaba realmente a Hitler: los dos hombres atravesaron los demás barrios de esta ciudad a marchas forzadas.

El *Führer*, enamorado pero celoso de París, va a comportarse, en Francia igual que en otras partes, como un auténtico jefe de banda.

«La rivalidad de los clanes en este país (la Francia ocupada) creaba una atmósfera de emulación odiosa —afirma el historiador de arte Jean Cassou—, lo que aseguraba a Hitler una situación de árbitro.»

El clan Abetz

«Abetz, el “espiritual”, el “encantador” Abetz de los salones parisinos prohitlerianos de antes de 1939 —continúa Jean Cassou—, jugaba al lado del “brillante” Ribbentrop el papel que Rosenberg jugaba al lado de Goering. Ellos formaban otro clan dentro de la banda hitleriana, menos potente que el de Goering y en lucha permanente con él.»

Antiguo profesor de la Escuela de Bellas Artes, Abetz es el cómplice ideal para el ministro de Asuntos Extranjeros Ribbentrop. El 3 de agosto de 1940 es nombrado embajador en Francia. Este país no le es desconocido, ya se ha dicho: posee en él numerosas relaciones. Las indiscreciones mundanas le permiten descubrir las más bellas colecciones francesas y conocer a sus propietarios.

En agosto de 1940 el *Führer* encarga oficialmente a Abetz de asegurar «la protección y conservación de los objetos de arte franceses pertenecientes al Esta-

do, así como a particulares y en primer lugar a los judíos, conforme a las instrucciones especiales recibidas a este respecto».

El embajador ordena el embargo de todos los museos franceses de la zona ocupada, en París y en provincias. Dos de sus emisarios, Diezel y Dirksen, efectúan una gira de inspección a los diferentes depósitos nacionales. Se apoderan de inventarios y los envían a Alemania para que los expertos nazis puedan hacer su elección.

Es entonces cuando el conde F. Wolff von Metternich interviene: logra que las colecciones nacionales permanezcan en suelo francés hasta las negociaciones de paz.

Esta decisión orienta de otro modo las ambiciones de Abetz. No pudiendo tocar las colecciones nacionales, se interesa ahora más de cerca por las colecciones privadas.

«La embajada había requisado un depósito situado en la calle de Lille, a algunos metros de su despacho —informa un vecino—. Tuvo lugar entonces en esta calle un va y viene constante de camiones. La mayoría de las operaciones de descarga tenían lugar de noche y el depósito estaba custodiado por un destacamento S.S. que apartaba a todos los curiosos.»

Los «bienes sin dueños» en Francia

El depósito de la calle de Lille encubre, en efecto, todas las colecciones judías embargadas en la Francia ocupada. Pero el embajador no es el único en interesarse por estos «bienes sin dueños». El servicio Rosenberg está también al acecho.

«Deseo informar al *Führer* —escribe en noviembre de 1940 Rosenberg— que el cuadro de Vermeer que

deseaba se encuentra entre las obras de arte confiscadas a los Rothschild.»

Esta nota se refiere a una de las telas más celebres del mundo, *El Astrónomo*, del maestro de Delf, que es enviada inmediatamente a Alemania.

El descubrimiento de esta obra excepcional marca el momento de un saqueo acelerado. En marzo de 1941 Rosenberg puede escribir:

«Las partes más importantes de las colecciones de los Rothschild, Seligman, Bernheim, Kahn, Weil-Picart, Wildenstein, David-Weill, Levy-Benzion, han sido embargadas... Todos los depósitos y escondrijos que contenían objetos de arte pertenecientes a judíos han sido metódicamente descubiertos... Nuestro inventario provisional comprende más de 4.000 objetos de arte, todos del máximo valor.»

Las colecciones citadas por Rosenberg son mundialmente conocidas y de un valor inestimable. El propio *Reichsleiter* está sorprendido por su riqueza.

«Este álbum de fotos no puede dar más que una débil impresión —confiesa al *Führer*— del valor extraordinario y de la riqueza de las obras embargadas en Francia.»

¡En total, los nazis se apoderaron en Francia de 203 colecciones judías!

Ocupación del Jeu de Paume

Para intentar controlar los «manejos» de Rosenberg, el conde F. Wolff von Metternich concluye un acuerdo con las autoridades francesas: que los alemanes realicen una vigilancia de la administración francesa de los museos nacionales sobre los objetos almacenados y Francia pondrá a su disposición las salas del Jeu de Paume.

«La ocupación alemana de este museo —cuenta Rose Valland, que estuvo cuatro años «prisionera» en el Jeu de Paume— comenzó el 1 de noviembre de 1940... Una guardia de ocho hombres, con botas y cascos, tomó posesión de los despachos... Por la tarde de ese triste día de Todos los Santos, las puertas del museo se cerraron sobre un mundo que durante años iba a ser prohibido por funcionarios armados a todos aquellos, alemanes o franceses, que no presentaran un salvoconducto...»

Evidentemente, nunca tuvo lugar un control francés. Rosenberg hace de este local un anexo y una fabulosa «reserva» para Karinhall, el museo de Goering.

Organiza en el Jeu de Paume decenas de «exposiciones» para complacer exclusivamente al *Reichsmarschall*.

El botín acumulado en estas salas era tan enorme que un día «ha estado a punto de hundir el suelo con su peso». La administración Rosenberg había «apilado» en masa las telas «expresiones salvajes» en un local especialmente reservado al «arte degenerado».

«Goering disponía así —continúa el conservador del Jeu de Paume— de un auténtico stock que le permitía adquirir sin desembolso otros cuadros que ambicionaba del mercado europeo y que cambiaba por las telas almacenadas.»

La colección de Burdeos

«Me permito recordarle —escribe a Abetz uno de sus colaboradores, Zeitschel— que en el anexo de la embajada se encuentran todavía treinta pinturas de expresionistas salvajes... destinadas a operaciones de cambio. Me propongo venderlas lo antes posible...»

antes de que Rosenberg inunde el mercado con los cientos de expresionistas que posee.»

Una de las consecuencias del comercio nazi es, en efecto, una total desorganización del mercado del arte: ¡ya no se proponen lienzos a los aficionados, sino lotes de lienzos! Este sistema, no obstante, deja beneficios sustanciosos a los alemanes, dueños del mercado.

A principios de noviembre de 1940, Zeitschel recibe la visita de un extraño personaje: el conde de Lestang.

—He descubierto, totalmente por azar, el lugar de depósito de una fabulosa colección de cuadros modernos —declara a Zeitschel—. Comprende, entre otras, las últimas obras de factura clásica de Picasso y admirables Matisse. No soy exigente: si me promete una comisión del diez por ciento sobre su valor, le entrego esta colección.

Zeitschel informa al embajador de esta propuesta. Abetz le ordena que negocie inmediatamente.

«Las negociaciones están en un punto muerto —escribe todavía Zeitschel el 15 de noviembre de 1940, en una nota secreta dirigida al embajador—. ¡Ese conde de Lestang tiene la audacia de exigir, ahora, una comisión de 10 millones de marcos! Le he planteado muchas preguntas. Ha terminado por confesarme que una alta personalidad había oído hablar de esta colección y exigía la revelación de las señas. Espero sus instrucciones.»

Esta alta personalidad que permite al intermediario francés mostrarse tan exigente no es otro que el *Reichsmarschall* Goering.

Durante unos días los dos compradores nazis van a rivalizar en destreza y velocidad en la caza de cuadros.

El 28 de noviembre Zeitschel logra, al precio de un trueque increíble, hacerse con la mercancía.

«En Francia, los nazis no solamente han transformado el mercado del arte en una feria en la que se permiten toda clase de negocios sucios —cuenta el historiador de arte Yves Clerc—. También se han entregado a actos de vandalismo tan repugnantes como absurdos. Así es como, el 27 de mayo de 1943, podía observarse una inmensa columna de humo que se elevaba sobre la terraza de las Tullerías. Más de 600 cuadros modernos eran arrojados a las llamas. ¡Pinturas de Klee, de Max Ernst, de Picasso, de Leger, de Kisling, alimentaban la hoguera!

El último convoy

En agosto de 1944 los aliados avanzan rápidamente hacia París y los combates se suceden alrededor de la capital.

El *Einsatzstab* ha recibido órdenes formales:

«Debe darse prioridad absoluta a los transportes de las obras de arte dirigidas a Alemania —ha ordenado el *Führer*—. Todo lo que no sea transportable debe ser destruido sobre el terreno.»

«Los últimos cargamentos se efectuarán en medio de una gran confusión —informa Rose Valland—. Las cajas eran manipuladas por soldados mal entrenados para este tipo de trabajos y que, a pocos días quizás de la batalla de París, pensaban en otra cosa.

»Al principio de este mes inolvidable de la liberación debían salir aún 148 cajas... Era preciso ganar tiempo.»

Rose Valland consigue averiguar el número de vagones que deben transportar estas 148 cajas a Alemania. Logra transmitir estos números a un res-

ponsable de la S.N.C.F., miembro de la Resistencia:

«Una primera avería inmovilizó el convoy durante 48 horas en Bourget —cuenta este responsable—. En este momento, 48 horas podían cambiar el rumbo de las cosas... Al día siguiente el convoy volvió a salir... ¡para inmovilizarse algunos kilómetros más lejos, en Aulnay!

»Los S.S. que guardaban el convoy estaban locos de rabia. Nos amenazaron con ejecutar a los rehenes. «No podemos hacer nada —respondió el conductor—; la locomotora está muerta y no disponemos de ninguna otra máquina. Habría que hacer venir una de Orleans.» Acabábamos de ganar todavía unos días más. Pero ahora era imposible provocar otro contra-tiempo... Descorazonados, asistimos a los últimos preparativos de la salida.

»Fue entonces cuando se produjo el milagro: ¡el 27 de agosto el ejército de Leclerc entró en Aulnay!»

La heroica resistencia de los ferroviarios permitió de este modo a Francia conservar ciertas obras de arte moderno: 24 Dufy, 29 Braque, 25 Fougère, 4 Degas, 3 Toulouse-Lautrec, 11 Vlaminck, 10 Utrillo, 60 Picasso, Renoir, Cézanne, Gauguin.

En todos los países ocupados, tanto en el Oeste como en el Este, los convoyes continuaron así, hasta los últimos días de la guerra, siendo dirigidos hacia Alemania. A pesar de los combates que se sucedían en toda Europa, a pesar de las dificultades de transporte, del material y de los hombres que faltaban, los nazis continuaron, con una obstinación desesperada, transfiriendo los tesoros usurpados. Tesoros que encontraremos pronto en los escondrijos secretos y en las minas de sal de la *Alpenfestung*, así como en las de Badaussee o de Altaussee, en numerosos castillos de Baviera, en los monasterios y

también en las residencias privadas de los dirigentes nazis: Frank, Ribbentrop, Seyss-Inquart, etc., sin olvidar, por supuesto, la fabulosa residencia de Goering, el más ávido de todos. Esta dispersión extraordinaria creará dificultades a las comisiones aliadas encargadas de la recuperación después de la capitulación del III Reich.

EL NUEVO TESORO DE LOS NIBELUNGOS

«El Rhin guardará el oro que ha dividido a los guerreros, el río rápido guardará el botín de los Nibelungos. ¡Resplandecen en el fondo del agua las monedas fatales que la corriente arrastrará antes que ver cómo el oro brilla en las manos de los hijos de los hunos!»

Nibelungen Lied.

En esta hermosa tarde de otoño de 1940 una gran agitación reina en la estación central de Munich. Se inmoviliza un tren. Algunos S.S. lo rodean, separan a los curiosos. Un periodista suizo, que se dispone a partir para Zurich, es testigo involuntario de la escena.

«Ayer he asistido —cuenta al volver a uno de sus colegas americanos— a la llegada de un convoy proveniente de Holanda. La presencia de numerosos soldados S.S. y el cuidado con el que descargaban los vagones me han parecido curiosos. ¡No es muy habitual, en efecto, ver a soldados de élite desempeñar el papel de descargadores! Han tomado precauciones increíbles para transportar las cajas desde los vagones hasta los camiones que esperaban delante de la estación. Ha sido interrumpido todo el tráfico durante esta operación. De este modo he tenido

tiempo de contar el número de vagones. Había 34 y los S.S. han retirado cientos de cajas. ¡Me pregunto qué pueden contener y cuál es su destino!»

Este periodista se habría sorprendido aún más si hubiera penetrado en el *Führerbau*, la residencia de Hitler en Munich. Este enorme edificio es, en efecto, uno de los centros de convergencia de las obras maestras acaparadas por los rateros artísticos del *Führer* en los países ocupados.

Al final del año 1940 ya hay aquí acumulados, en bastidores de madera, obras de arte austríacas, polacas, checas, holandesas, belgas y francesas. Las bodegas y las salas del *Führerbau* están repletas. Desde 1941 se hace necesario buscar otros depósitos con urgencia. Los alrededores de Munich abundan en castillos, monasterios e iglesias. Ellos van a albergar los bienes artísticos robados en Europa.

Los castillos del rey loco

La dirección del *Führerbau* tiene la intención de utilizar los castillos del rey Luis II de Baviera.

Neuschwanstein, Hohenschwangau y Herrenchiemsee ofrecen la ventaja de estar situados cerca de Munich.

Los objetos arrebatados al patrimonio artístico francés por el *Einsatzstab* Rosenberg van a parar en particular al castillo de Neuschwanstein, el más bello y el más extraño de los castillos del rey loco.

El 20 de marzo de 1941 Rosenberg escribe así a su *Führer*:

«El envío de los bienes culturales abandonados pertenecientes a los judíos ha sido puesto bajo custodia por mi *Einsatzstab* en París y ha llegado a Neuschwanstein, por tren especial, el sábado 15 de

los corrientes. El tren puesto a disposición por el mariscal del Reich Herman Goering comprendía veinticinco furgones expresos que contenían cuadros, muebles, gobelinos, objetos de arte y joyas del máximo valor. El cargamento estaba constituido por las colecciones Rothschild, Seligmann, Kahn, Weil-Picart, Wildenstein, David-Weill...

»Además de este tren especial, las obras maestras escogidas por el mariscal del Reich, sobre todo en la colección Rothschild, han sido enviadas hace tiempo a Munich en dos furgones especiales...

»Conforme a las instrucciones dadas —añade Rosenberg—, el tren ha sido descargado en Füssen y las cajas que contenían los cuadros, los muebles, etc., han sido depositadas en el castillo de Neuschwanstein. Mis representantes han acompañado este tren especial y han vigilado la descarga. Serán necesarias cuatro semanas para desembalar las cajas, colocar los cuadros y preparar las salas de exposición. Le enviaré un informe cuando el trabajo se haya terminado.»

Claustros y subterráneos

Muy pronto estos nuevos depósitos ya no son suficientes. La administración bávara de castillos y jardines no tiene suficientes depósitos para ofrecer.

«El tesoro central del Reich —ha contado uno de los responsables de la conservación de los lienzos— recibió la orden de poner a nuestra disposición dos depósitos más. Esta oferta no era gratuita, pero sí era una solución. De este modo habíamos alquilado las antiguas salas del claustro salesiano de Buxheim, en Souabe, y los subterráneos del castillo de Kogl, en el Alto Danubio. La vigilancia y la protección de los

objetos preciosos que queríamos depositar allí podían efectuarse muy fácilmente. Desde esta época habíamos comprendido que el inventario y el mantenimiento de las obras no eran posibles en el *Führerbau*.

»La repartición de estos objetos en toda la región presentaba también una gran ventaja para nosotros. Evitaba la concentración de obras de mucho valor en un mismo punto. Más de 5.000 cuadros y de 2.000 bibelots fueron dispersados de esta manera, más allá de la región, en los castillos o en los conventos de Souabe y de Bohemia.»

El Führermuseum depositado en el castillo de Thürntal

«Debíamos ocuparnos con prioridad de la colección destinada al *Führermuseum* de Linz —añade el mismo responsable—. Para albergarla escogimos el castillo de Thürntal, situado a treinta kilómetros al sur de Linz. Informado de nuestra decisión, el *Führer* nos felicitó.»

Gracias a Hans Reger, encargado desde 1938 del mantenimiento de los archivos del *Führerbau*, se conoce con precisión el detalle de los envíos a los castillos alemanes y austríacos. Dotado de una aguda conciencia profesional, Reger inscribe todo lo que entra. Es numerada cada pieza después de ser registrada y anotado su lugar de destino. Reger es el prototipo del funcionario alemán, preciso, riguroso y eficaz. Por ejemplo, todos los envíos con destino a Thürntal figuran en un registro encontrado en el *Führerbau* después de la guerra.

Al final del año 1943 el magnífico castillo de Thürntal, situado en los Alpes austríacos, encierra

1.732 cuadros, tapicerías y tapices, piezas de orfebrería y de platería, joyas preciosas, armas antiguas, etc.

Desnudos en los oficios de los monjes

La dirección del *Führerbau* ha resuelto temporalmente el problema de las telas y los objetos poco voluminosos. Pero ¿dónde ocultar las estatuas de piedra, los sarcófagos, los artesonados y el mobiliario?

Tras una breve visita a Munich, el *Gauleiter* del Alto Danubio, Eigruker, sugiere a Reger utilizar el monasterio de Hohenfurth, aquel donde había sido realizado en la Edad Media el famoso retablo de la Galería Nacional de Praga, robado por los nazis y enviado en 1941 al *Führerbau*... El monasterio de Hohenfurth, al que la Gestapo había devuelto momentáneamente la obra maestra, estaba situado, como hemos dicho, en una zona retirada de los Sudetes.

«Usted no podría encontrar nada mejor —dice el *Gauleiter*—. Imagine inmensos compartimientos, de enormes patios, donde nada le impedirá colocar estatuas e incluso las soberbias fuentes que he visto en sus cuevas. Sus grandes lienzos alegrarán algo los largos pasillos siniestros.»

Poco tiempo después, los primeros convoyes parten hacia Hohenfurth. A finales del año 1941, el prior del convento, indignado, escribe a Bormann para quejarse del desorden que reina en el monasterio.

«Llamo su atención, *Herr Reichsleiter* —dice— sobre la perturbación provocada en mi convento por las incesantes idas y venidas sin mi consentimiento; este lugar de recogimiento ha sido convertido en un almacén. Cuadros y estatuas de carácter profano se han colocado incluso en la capilla. Los monjes que

acuden a los oficios son obligados a pasar delante de antiguos desnudos, de escenas de batalla y de dar la vuelta en torno a un conjunto de tablas que cubren los pasillos. Me dirijo a usted, *Herr Reichsleiter*, a fin de que intervenga para poner fin a esta lamentable situación.»

Las obras más voluminosas de las colecciones Rothschild de Viena y Mannheimer de Amsterdam se colocan, en efecto, en la biblioteca, el refectorio y los pasillos de Hohenfurth. El enorme convento se ha convertido en un inmenso baratillo: candelabros, cerámicas persas, sofás Luis XV, marqueterías, artesanados, esculturas, columnas, chimeneas... se apilan allí.

Después de la guerra, un monje confiesa a los periodistas llegados para entrevistarle: «Nosotros queríamos desembarazarnos de estas obras. Nuestra comunidad se encontraba en el mismo estado de ánimo que Nuestro Señor cuando expulsó a los mercaderes del templo de Jerusalén. Los lugares más sagrados eran objeto de profanaciones diarias.»

A la búsqueda de un refugio más seguro

Hasta 1943 los nazis van a repartir de este modo un número considerable de obras de arte en la región montañosa que engloba el sur de Baviera y Bohemia: la *Alpenfestung*.

Al final de este año los bombardeos aliados se intensifican. La *Royal Air Force* y la *U.S. Air Force* se relevan día y noche sobre las ciudades y los principales puntos estratégicos del Reich.

Los objetos de arte se encuentran ahora sin protección en lugares fácilmente localizables. En el *Führerbau* una ínfima parte solamente del contenido

ha sido colocada en las bodegas. Es necesario encontrar refugios más seguros. En el curso de una visita a Bormann, el conservador-jefe del museo de Viena confía al adjunto del *Führer* cómo han resuelto sus servicios el problema de la protección de las obras que pertenecen al museo.

—Sabíamos —explica el *Reichsleiter*— que había minas de sal abandonadas en el Salzkammergut, en la Alta Austria. Unos de nuestros especialistas acudió personalmente al lugar y confirmó que las condiciones requeridas para la conservación de las obras eran ideales.

Bormann escucha con atención.

—Todas estas consideraciones son de un gran interés —le dice al conservador—. Pero, dígame: ¿Piensa que estas minas puedan contener muchos objetos de arte?

—No hay problema. Sólo hace falta preparar las galerías y volver a abrir las cámaras.

Bormann, entusiasmado, pone a Hitler al corriente. Hitler lo aprueba sin reservas. En efecto, esta región está desprovista de interés militar y, sobre todo, está muy cerca de su residencia de Berchtesgaden. Bormann sabe que al *Führer* le gusta ir a ver las obras destinadas a su futuro museo de Linz.

Las minas de sal del doctor Gottfried Reimer

Altaussee, la mayor de las minas de sal, va a ser el principal depósito del tesoro artístico nazi.

El doctor Gottfried Reimer, que fue durante dos años el colaborador de Hans Posse, es elegido para dirigir el acondicionamiento de la mina y el envío de las obras.

Personaje frío y distante, pequeño y seco, el joven

doctor Reimer va a llevar a cabo su tarea con un celo y una conciencia notables. A la vuelta del primer viaje que hace a Altaussee para darse cuenta de la topografía de la zona, anota en el informe destinado al *Führer*:

«El acceso a la mina es difícil. La carretera es estrecha y está en mal estado. Los chóferes de los camiones tendrán que ser muy prudentes. Por el contrario, las condiciones en el interior de la mina son excelentes para la conservación de los objetos. Nuestras obras, si son cuidadosamente embaladas, no corren ningún peligro. Pienso que no hay que tomar ninguna precaución especial, a no ser, quizás, por las armas y las armaduras que pueden oxidarse. Necesitaremos un buen restaurador en el lugar para la conservación de los cuadros. El acondicionamiento de las galerías y de las cámaras puede iniciarse inmediatamente.»

Un aldeano atestigua

En el momento en que Hitler recibe este informe, los primeros equipos de obreros están ya en el lugar.

«Esto fue una suerte para el país —dirá más tarde un habitante de los alrededores a un oficial americano—. La región no es muy rica, las condiciones de vida son duras. Desde 1938 las salinas, nuestro único recurso, estaban cerradas. Como usted puede comprender estábamos obligados a trabajar para los nazis, pero de todas formas estábamos contentos de tener trabajo otra vez. Hay que confesar que fue duro. Estábamos en la mina desde las cuatro de la mañana y, durante toda la jornada teníamos a los S.S. a nuestra espalda. Debíamos ensanchar las galerías, apuntalar las que estaban hundidas y descombrar las

cámaras. Un equipo reparó el tren y vinieron nuevos vagones de madera. Todos éramos antiguos mineros. Al principio estábamos convencidos de que se abría de nuevo la mina y que iba a reiniciarse la extracción de sal. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando se nos hizo construir bastidores y estanterías en las cámaras! Todos los del pueblo pensábamos que los nazis querían esconder algo. Toda la región hablaba de esto. Las habladurías comenzaron a extenderse más cuando, terminadas las instalaciones, fuimos despedidos todos. Se nos prohibió el acceso a la mina. Los S.S. controlaban todo.»

En la carretera de Altaussee

Apenas pasa una semana entre la marcha de los «mineros» y la llegada del equipo de Reimer. A partir de febrero de 1944 el terraplén de la mina está invadido por pesados convoyes. Desde Munich, Hans Reger dirige la salida de los trenes para Salzburgo. Desde Salzburgo hasta Altaussee, las obras son transportadas en camiones. Los viajes son largos y a menudo peligrosos. Reger acompaña personalmente las expediciones.

«Un día, el doctor Reger hizo el trayecto a mi lado —cuenta Peter Bahlen, uno de los chóferes—. La carretera era un barrizal. Hacía proezas para no derrapar en las curvas cerradas. El doctor lanzaba miradas de terror al precipicio que bordeaba la carretera. Fumaba un cigarrillo tras otro. Se sobresaltaba a cada bache como si transportáramos nitroglicerina. De repente me dijo con una voz angustiada: “¿No ha oído usted nada?” Tenía la impresión de que las cuerdas que sujetaban los cuadros iban a soltarse de un momento a otro. No comprendo por

qué se hacía mala sangre por cosas que no le pertenecían. Apenas llegados a Altausse descendió precipitadamente del camión. Estaba lívido. Se aseguró inmediatamente de que nuestro cargamento estaba intacto y no había sufrido en el trayecto.»

Una visita a la misma, museo fantasma

En Altaussee, el equipo de Reimer se dedica activamente a registrar y ordenar las obras en las diferentes cámaras de la mina.

En el curso de una inspección, un adjunto de Reimer se da cuenta de que las armas y las armaduras depositadas comienzan a oxidarse.

—La dirección del *Führerbau* —dice a Reimer— ha pensado ciertamente en la conservación de los lienzos, pero no se ha dado cuenta de que la humedad de la mina es nociva para las armas.

Sin embargo, hemos visto que el propio Reimer lo había temido. Gottfried Reimer hace venir, pues, apresuradamente al doctor Ruprecht, el especialista en armas y armaduras.

«Este día entré en la mina por primera vez —cuenta el doctor Ruprecht a su vuelta a Munich—. ¡Cuál no sería mi sorpresa! Pude efectuar la vuelta completa de la mina prácticamente sin descender del pequeño tren de carga. Cada cámara llevaba un nombre diferente: la *Kaiser Josef*, el *Mineral Kabinett*, la *Springwerbe*, la *Kapelle*. Por fin, completamente al final de la mina descubrí una inmensa sala: la *Kammergrafen*. Allí estaban depositados los mayores lienzos y las estatuas. Era un auténtico museo fantasma: todos los objetos desaparecían bajo cobertizos. He solucionado muy fácilmente el problema de las armas: bastó con cubrirlas con una capa de grasa.»

Llegadas masivas en 1944

Agosto de 1944. El hundimiento de las tropas alemanas se acentúa. Los aliados atacan Florencia. París es liberado. Los rusos entran en Polonia.

Las obras de arte, fruto de los últimos saqueos, continúan llegando al *Führerbau*. La dirección intenta que no sigan la suerte de aquellas que han sido destruidas recientemente por los bombardeos aéreos.

«Exijo la salida inmediata de todos los objetos que están todavía en su poder —escribe Bormann a las autoridades competentes—. Quiero que se lleven hacia las minas de Altaussee.»

Entonces una flota ininterrumpida llega hasta la mina. Los camiones son descargados a toda prisa. Las cajas incluso no son más que abiertas y se colocan en desorden en las habitaciones. El concienzudo doctor Reimer no tiene tiempo más que de registrar lo que entra en la mina. El famoso espíritu de organización de los alemanes le abandona ante la inmensidad de la empresa.

El 23 de septiembre de 1944 Hans Reger se dirige precipitadamente a Altaussee.

—Acabo de recibir una orden de Berlín —anunció a Reimer—. El *Führer* ha decidido enviar sus colecciones personales de Berlín y Berchtesgaden aquí. ¿Puede hacer sitio a estas nuevas llegadas?

—Intentaremos siempre encontrar sitio para las colecciones del *Führer*. Pero corren el riesgo de ser colocadas de cualquier manera. Desde hace un mes estamos desbordados.

—Haga lo que pueda —dice Reger con tono cansado—. Personalmente no puedo más. Trenes completos procedentes de Francia e Italia continúan lle-

gando regularmente a Munich. Estoy sobrecargado de trabajo. Figúrese que he tenido siempre en mis bodegas las colecciones francesas del barón Cassel y del banquero Mannheimer, y que acabo de recibir de Italia los tesoros de Monte Cassino y las mejores telas de los palacios florentinos. Usted me dice que la mina está demasiado llena. ¡Es preciso que encuentre otros depósitos!. Parece incluso que el *Reichsmarschall* Goering ha obtenido la autorización del *Führer* para enviar su colección aquí. ¡Sólo faltaba esto!

La dispersión continúa

El invierno de 1944 es muy rudo. La carretera de Altaussee está impracticable. Durante cuatro meses cesa todo envío. Los grabados y los dibujos, entre ellos la espléndida colección del banquero Franz Koering de Amsterdam, llegan al castillo de Weesenstein. El castillo austríaco de Steiersberg, cerca de Wiener-Neustadt, acoge la colección polaca del conde Lanckoronski, compuesta por muy bellas estatuas antiguas y cuadros primitivos italianos inestimables. Las piezas más voluminosas de la colección Mannheimer son enviadas al monasterio de Hohenfurth. Una parte de la colección del barón Cassel se encuentra en el castillo de Thürntal.

Al final de este año de 1944 reina una confusión total en los depósitos. Los museos alemanes reciben también la orden de enviar sus riquezas a esta región, para salvarlas de los bombardeos.

¡Inventario general para Hitler en 1945!

A principios del año 1945 la situación militar es catastrófica. En el Este los ejércitos rusos penetran

hacia Berlín. En el Oeste los blindados americanos franquean el Rin. En medio de esta tempestad guerrera, preludio a la caída del III Reich, Hitler pide que se establezca un inventario general de las obras de arte en su posesión.

El *Reichsleiter* Bormann transmite a las autoridades correspondientes las siguientes instrucciones:

«Por orden del *Führer*, todas las obras de arte, particularmente las pinturas, las esculturas y las armas, confiscadas a los países ocupados, serán objeto de un inventario que deberá llegarme en el menor plazo posible.

»A la vista de este informe, el *Führer* decidirá el destino de estas obras.»

Reger, ya desbordado de trabajo, se ve obligado a hacer el inventario de todas las obras que quedan en el *Führerbau*. Debe enfrentarse a tres problemas insolubles: algunos objetos llegan siempre a Munich, otros se acumulan desde hace tiempo en las bodegas, finalmente los restantes están dispuestos para partir en los depósitos satélites. Reger toma entonces la iniciativa de hacer que cesen los envíos. Sabe que en Altaussee la situación es similar. Las llegadas son tan importantes que las piezas no llevan más que el número de cargamento con el que han llegado, o varios números, o incluso ninguno. En adelante reina el caos total en la mina.

«¡Mármol, no volcar!»

El 10 de abril de 1945 un camión se detiene delante de la mina. Un adjunto de Eigruber, llamado Glinz, desciende de él. Hace que los guardias S.S. descarguen ocho enormes cajas. Sobre estas cajas, una inscripción en gruesas letras góticas negras: *Marmor*,

nicht stürzen! («¡Mármol, no volcar!»). La operación se lleva a cabo con un gran cuidado y las cajas son bajadas a la mina con toda clase de precauciones. Glinz ordena repartir siete de ellas en las principales cámaras y la última en la entrada de la mina. A partir de este día el *Gauleiter* Eigruber refuerza la guardia de Altaussee con tropas que pertenecen a una división blindada. Intrigado, el equipo de Reimer acude a informarse. ¿Qué pueden contener estas cajas? Pronto se rompe el secreto y la noticia se extiende como un reguero de pólvora: los S.S. se disponen a hacer saltar la mina. El equipo está horrorizado: hay que impedir este desastre a toda costa. El doctor Reimer intenta hacer anular la orden de destrucción e interviene cerca de Bormann. Este último hace llegar una carta al *Gauleiter* Eigruber en términos bastante ambiguos: «En nombre del *Führer* —escribe Bormann— ordeno que se pongan los medios necesarios para que la mina de Altaussee no caiga en manos de los enemigos.

»Tenida cuenta de la afición de nuestro *Führer* por los objetos de arte que se encuentran en ella, las acciones emprendidas para la ejecución de esta orden no deben en ningún caso provocar deterioros.»

«Esta carta es muy significativa de los conflictos de influencia de los que depende la suerte de las obras de arte hasta el último momento», dice Rose Vailland en sus *Memorias*.

El *Führer* en su «bunker», presa del delirio, quiere destruir sin piedad este museo subterráneo, símbolo del derrumbamiento de su sueño. El *Reichsleiter* Bormann y el jefe de Servicios de Seguridad, Kaltenbrunner, por el contrario, proyectan utilizarlo en caso de necesidad como medio de presión o como moneda de cambio.

Bombas americanas

Si los tesoros escondidos en Altaussee no saltaron en un acto de vandalismo insensato, fue gracias a un hombre gris, el restaurador de cuadros Karl Sieber. Nadie se ocupa de este hombrecito amable, pero poco locuaz. No parece vivir más que para sus cuadros. Reimer le llama familiarmente «el Topo». Este hombre tranquilo va a defender las maravillas artísticas que se encuentran en la mina.

«Cuando supe que los nazis estaban decididos a destruir toda esta belleza me quedé estupefacto —confió Karl Sieber en 1950 a un corresponsal de *Neues Deutschland*—. El plan de destrucción de las minas había sido concebido con un refinamiento diabólico. En efecto, las bombas eran de origen americano. Lanzadas por la *U.S. Air Force* sobre el territorio del Reich, no habían hecho explosión. Los alemanes las habían recogido y habían previsto volver a cargarlas. Después de la explosión la metralla encontrada sobre el terreno serviría para responsabilizar de este crimen incalificable a las tropas angloamericanas. La fuerza increíble de seis toneladas de explosivos destruiría definitivamente lo que había sido creado por manos hábiles y lo que el espíritu humano había forjado durante siglos y siglos. Lo que se salvara por milagro del fuego y de la lluvia de piedra sería cubierto por el agua que penetrase en las galerías.

»Usted conoce la leyenda de los Nibelungos. Los nazis eran los descendientes puros de los héroes germánicos cuya ley suprema es la de apropiarse del Tesoro, símbolo de potencia y de dominación, tenerlo bien cogido y no cederlo al enemigo bajo ningún precio, ni siquiera a la hora fatal de la muerte...

»El texto de esta leyenda es muy significativo: “Nadie sabe ahora (...) dónde se encuentra el Tesoro. ¡Permanecerá escondido para siempre!”, dice el héroe del *Nibelungen Lied* antes de morir. Hijo de la Naturaleza, el héroe de la leyenda restituye a la Madre Universal lo que le pertenece, si no puede legarlo a los herederos de su raza... Era una idea dantesca. Como usted puede comprender, yo no podía permitir que se realizara tal fechoría. Nadie puede imaginarse lo que he sentido cuando supe que las obras únicas allí encerradas iban a desaparecer definitivamente. Desde ese momento no tuve ni un minuto de reposo. Puse a punto un plan con el doctor Pochmuller, director de las salinas. Decidimos bloquear los accesos a las galerías subterráneas provocando pequeños desprendimientos, haciendo imposible de este modo momentáneamente toda tentativa de destrucción. Desde que nos llegó la noticia de la entrada de los americanos en Salzburgo, pusimos en ejecución este proyecto.»

El saqueo del Führerbau

En 1945 el VII Ejército americano penetra en Munich, cuna del III Reich. Este mismo día la población muniquesa invade el *Führerbau*. Los soldados S.S. que montan la guardia son arrastrados por la oleada humana. Ningún freno puede detener la cólera y la desesperación de estos hombres. Maldiciendo a su *Führer*, que les ha llevado a la derrota, fuerzan las puertas de las salas, penetran en las bodegas y se entregan a un pillaje sistemático de todo lo que encuentran. Lo que no se puede transportar es destruido. Grandes lienzos son pisoteados, las esculturas decapitadas, los muebles despedaza-

dos. Cuando las tropas americanas llegan al *Führerbau* se ofrece a sus ojos un espectáculo de desolación. Las tres cuartas partes de las obras que quedaban en el edificio han desaparecido. Los oficiales americanos están aterrorizados.

Creación de Comisiones Aliadas de Recuperación

Los aliados no han esperado que sus tropas estén sobre territorio alemán para preocuparse de la suerte de sus patrimonios artísticos.

Desde 1943 el alto comandante de las fuerzas aliadas ve afluir las quejas de los gobiernos en el exilio. Por intermedio de las redes de resistencia, estos gobiernos están informados regularmente de los grandes robos efectuados por los nazis en sus colecciones artísticas, privadas y públicas.

El 5 de enero de 1943, en Westminster, los gobiernos en lucha contra el opresor nazi declaran «nulos y no autorizados todos los traslados de la propiedad efectuados en los territorios ocupados... Este aviso se aplica tanto a los traslados efectuados bajo forma de saqueo o de pillaje como a los que revistieron apariencia legal, incluso los que llevaron a cabo con consentimiento de las víctimas».

Tres meses después de esta declaración, las comisiones son convocadas para estudiar un plan de recuperación de esas obras. La primera de estas comisiones se reúne en Nueva York el 20 de abril de 1943 bajo la dirección de Owen y Roberts, juez de la Corte Suprema. En Inglaterra se creó, bajo el impulso de Macmillan, una comisión que se ocupa más especialmente de los problemas de reparaciones y devoluciones.

En abril de 1944 un organismo interaliado, el M.F.A.

(Monumentos, Bellas Artes y Archivos), se pone sobre la pista. Las tomas de contacto que siguen el desenvolvimiento de su trabajo permiten conocer la extensión de la misión a realizar, pero no a conocer exactamente el lugar donde se encuentran ocultas las obras robadas. Es preciso actuar rápidamente, no sólo para impedir una destrucción por parte de los nazis, sino también para prevenir que las tomen los rusos que avanzan rápidamente.

El primer éxito de la Comisión francesa es la recuperación de un tren, abandonado por los alemanes en la estación de Châlons-sur-Marne durante su retirada.

En la misma época se organizan comisiones similares en otros países. En Holanda, por ejemplo, la Comisión general de recuperación tiene su sede en una vieja casa de la *Herrengasht*, en Amsterdam. Esta Comisión está dirigida por el responsable de los monumentos históricos, Hans Jaffé.

El escondrijo es descubierto

Las primeras encuestas efectuadas por el M.F.A. sobre territorio alemán son decepcionantes. En el *Führerbau* no queda prácticamente nada. Los depósitos de los alrededores no encierran más que obras de poco valor.

En el momento de la entrada del III Ejército americano en suelo austríaco, los aldeanos ponen por fin al M.F.A. sobre la pista. Cuentan que han visto en muchas ocasiones camiones muy cargados que tomaban la carretera que lleva a la mina cerrada de Altaussee.

Los soldados americanos atraviesan los pueblos de Bad Ischl, Laufen, Goisern, sin siquiera prestar aten-

ción a los soldados que salen de las casas con las manos en alto. La guarnición S.S. de la mina estima más prudente levantar los brazos. Una parte del antiguo equipo de Reimer, que ha permanecido en el lugar, es hecha prisionera. Los oficiales de la 80.^a división penetran en la mina. Suena un grito: «La galería está hundida. No se puede pasar.» ¡El plan de Karl Sieber ha funcionado de maravilla! Los soldados americanos estiman que se necesitarán semanas para despejar las galerías. Karl Sieber, autor del sabotaje, se ofrece espontáneamente para ayudar a los americanos.

Los sabuesos del M.F.A. en acción

El 21 de marzo de 1945 los tanques blindados de Patton franquean el Rin. La captura del tesoro se inicia.

Algunos soldados aliados van a realizar una singular misión. Estos detectives, los «oficiales de Bellas Artes», localizan todas las informaciones que pueden ponerles en la pista del botín nazi. Los hombres del M.F.A. han sido elegidos cuidadosamente. Cada uno tiene competencia en un terreno especial. Así, durante un año, van a trabajar juntos archiveros, conservadores, escritores, profesores, pintores, músicos.

Desde finales del año 1944 estos hombres saben que una grave amenaza pesa sobre las obras maestras europeas. En efecto, durante un interrogatorio, Bunjes, el jefe S.S. del Instituto Alemán de Historia del Arte en París, ha revelado que las obras robadas eran enterradas en una mina de sal de los Alpes austriacos. Los aliados no consiguen obtener más que datos muy vagos. Días más tarde, Bunjes se envenena con cianuro.

El capitán americano Tobert K. Posey, miembro del M.F.A., que ha interrogado personalmente a Bunjes, está muy inquieto. La región donde se han ocultado las obras pasa por ser el bastión de la resistencia nazi: la *Alpenfestung*. Tiembla ante la idea de que las obras puedan ser destruidas en el curso de los combates en un acto desesperado de venganza. Sabe también que pueden caer en manos de los rusos, que atacan ya las fronteras checas.

Schnapli a cambio de cigarrillos

Los «oficiales de Bellas Artes» son entonces llamados con urgencia para realizar las operaciones de recuperación. La limpieza comienza.

«Nosotros habíamos hecho ya este trabajo en 1943 para los nazis —dice un aldeano a un corresponsal de guerra del *New York Herald Tribune*—. Después de haber eliminado a los S.S. estamos contentos de trabajar para ustedes. La atmósfera es totalmente diferente. Los G.I. no se limitan a darnos órdenes, sino que ellos mismos ponen manos a la obra. Con ellos hemos conseguido eliminar los escombros en veinticuatro horas.»

«Los soldados americanos estiman mucho la gentileza de los campesinos austríacos —añade el corresponsal en su artículo—. Una relación se ha establecido en seguida. *Schnapli*, licor austríaco hecho con plantas de montaña, a cambio de cigarrillos y chocolates americanos.»

La caverna de Alí Babá

Cuando los primeros oficiales del M.F.A., el capitán Posey, el teniente Stout, el soldado Kirzsteim, llegan

a Altaussee la entrada está despejada. El joven profesor de Historia del Arte de Harvard George Stout describe en la revista militar americana su primera visita:

«Al descender a la mina me preguntaba con emoción lo que iba a encontrar. Karl Sieber, el restaurador alemán encargado del mantenimiento de los cuadros, nos abrió el camino. Habíamos cogido el pequeño tren de carga que había sido reparado poco tiempo antes. La mina era diez veces más grande de lo que me imaginaba. Cuál no fue mi sorpresa cuando se abrió la primera puerta. Estábamos en el *Mineral Kabinett*, una de las cámaras más pequeñas.

El número de objetos apilados allí era increíble. Levanté un cobertizo y con gran sorpresa descubrí los paneles del célebre retablo de Gand: *La Adoración del Cordero místico*, de los hermanos Van Eyck. Sieber se aproximó a mí y me dijo: "Cuando el retablo llegó aquí, el panel central estaba hundido en toda su longitud. He empleado tres meses para repararlo." San Juan aparecía intacto. La reparación era invisible. "Es muy buen trabajo", le dije a Karl Sieber. La visita al *Mineral Kabinett* me dio una idea de los tesoros que yo iba a descubrir en el resto de la mina. Al entrar en la *Kammergrafen*, me quedé estupefacto. Entonces me di cuenta realmente de la monstruosidad del pillaje efectuado por los nazis. Miles de objetos se apilaban allí, telas de los más grandes maestros se encontraban situadas al lado de los sarcófagos egipcios, tapicerías de Gobelins estaban enrolladas alrededor de esculturas antiguas. Tuve la impresión de ser Alí Babá descubriendo el tesoro de los ladrones después de abrirse la caverna.»

Los fantasmas de la mina de sal

En seguida los «oficiales de Bellas Artes» se ponen a trabajar. Se da la prioridad a los cuadros porque son más fácilmente transportables. Los vagones son preparados con enorme minuciosidad. El fondo es tapizado con coberturas metalizadas de las que se servía la *Wehrmacht* durante toda la ocupación de Rusia.

Para amortiguar los choques Posey tiene la idea de colocar gruesas molduras de fieltro en los bordes de los vagones. Los objetos de arte son, además, separados los unos de los otros por estas molduras. Se toman todas las precauciones. Dos equipos son constituidos: uno trabaja desde las cuatro hasta el mediodía, y otro desde el mediodía hasta las ocho de la tarde. Las obras deben ser sacadas a la superficie lo más rápidamente posible. El lugarteniente Stout describe en el mismo artículo la actividad febril que reina en la mina: «Los soldados y los mineros se esfuerzan en el trabajo bajo la dirección de Karl Sieber. Este nos resultaba muy simpático. Su vestimenta provocaba la hilaridad general. Llevaba, efectivamente, un uniforme demasiado largo para él: un pantalón bombacho y una larga camisa blanca. Este uniforme de «clown» se adornaba con una doble fila de botones negros sobre el delantero y las mangas. Además llevaba sobre la cabeza un bonete negro. Los G.I. le llamaban «Mickey Mouse». Pero también nuestros soldados tenían un aspecto casi tan ridículo como nuestro pequeño restaurador.

Había tanto frío en la mina que tenían que recubrirse con los capotes blancos utilizados por la *Wehrmacht* en Rusia. ¡La mina parecía repleta de fantasmas!»

Diario de un «oficial de Bellas Artes»

A partir de mediados de mayo son sacados a diario centenares de objetos. El diario de uno de los «oficiales de Bellas Artes» relata con precisión el desarrollo de las operaciones en la mina:

«Jueves 20 de mayo. Hemos comenzado a vaciar la *Kaiser Josef*. Esta cámara no está iluminada. Trabajamos a la luz de lámparas de acetileno. En el centro de la estancia una maravillosa estatua de mármol: *La Madonna y el niño*, de Miguel Angel, dada a la iglesia de Notre Dame de Brujas por los hermanos Mouscron en el siglo XVI. Es sacada la primera con muchas dificultades. Hemos necesitado también tres horas de esfuerzos para remontar un antiguo sarcófago de Salónica, que data probablemente del siglo VI antes de Jesucristo. Es una pieza muy rara que ha sido encontrada casi intacta.

«Viernes. Hemos transportado los artesonados de la *Millionen Zimmer* y del gabinete chino de Schönbrunn. ¿Cómo han venido a parar aquí?

«Lunes 29 de mayo. Estamos en el *Mineral Kabinett*. Se llega a él a través de un largo túnel muy estrecho. Hemos sacado el retablo de Gand.

«Por la tarde hemos comenzado a trabajar en la *Springwerke*. Los enormes registros establecidos por los nazis indican que se encuentran aquí dos mil cuadros. Ciertamente hay más. ¡Qué extraño lugar! Una parte de la habitación está dividida en pequeños casilleros. Cada uno de ellos lleva un nombre, el de las veinte familias judías más ricas de Viena, entre ellas la de los Rothschild. Objetos de todas clases se encuentran allí colocados, pinturas, porcelanas... ¡Se creería uno en las catacumbas! Estos signos palpables de la minuciosidad nazi me hielan.

El museo más hermoso del mundo

»15 de junio. Por fin estamos en la *Kammergrafen*. Las operaciones se efectúan lentamente. Nos enfrentamos a dificultades de transporte, porque la cámara se encuentra a más de cinco kilómetros de la entrada de la mina. Tengo la impresión de que no veremos jamás el final.

»Esta cámara fue escogida por las autoridades nazis para albergar la colección del futuro museo de Linz, porque su posición la pone al abrigo de inundaciones y derrumbamientos.

»Es por esto por lo que encontramos allí las obras más valiosas. Las más bellas piezas de las colecciones judías, por ejemplo, forman parte de ellas: telas y tablas en marquetería, arrebatadas de los palacios Rothschild, se encuentran al lado de los primitivos holandeses de los Gutman y de los Mannheimer.

»Más de seis mil pinturas son descubiertas allí. Me he quedado deslumbrado por el *Retrato del artista en su taller*, del célebre pintor Vermeer, de Delft, procedente de la colección Czernin.

»Ningún museo del mundo reúne en una sola habitación tantas obras maestras: La *Danae* de Tiziano; la *Madona del amor divino*, de Rafael; *El ciego guiando al ciego*, de Brueghel "el Viejo"; una *Crucifixión*, de Van Dyck; una *Anunciación*, de Filippo Lippi; una *Sacra Conversazione*, de Palma Vecchio; un *Paisaje*, de Claudio Lorena, y un *Retrato del papa Clemente VII*, de Sebastiano del Pombo.

»Todas estas telas provienen de Monte Cassino. Han llegado con esculturas y bronce antiguos de Herculano y de Pompeya, propiedad del museo de Nápoles.

Acuarelas licenciosas de Boucher

»14 de julio. Un descubrimiento nos ha divertido mucho: entre dos telas se había deslizado una carpeta que llevaba la inscripción *Escenas de la vida cotidiana*. ¡Teníamos en las manos tres acuarelas de Boucher, especialmente licenciosas! El resto de la carpeta es del mismo orden, sin duda debido a la escuela de Boucher. Hemos hecho observar a Karl Sieber que se puede llamar a tales estampas "escenas de la vida", pero difícilmente "escenas de la vida cotidiana", e, irónicos, le hemos preguntado en qué departamento del museo de Linz debían figurar. Sieber, molesto, no ha respondido.

»1 de agosto. Los paneles del célebre retablo de Hohenfurth son sacados. Se encontraban bajo cientos de cuadros alemanes del siglo XIX, de gusto más bien dudoso, pero que, parece ser, gustaban mucho al *Führer*: Trübner, Spitzweg y telas de la escuela de Munich.

»16 de agosto. Hemos terminado de despejar la *Kammergrafen*. Los últimos vagones se han llevado libros y manuscritos de la biblioteca Harziana de Roma, que pasa por ser la mayor biblioteca histórica del mundo. Por la tarde hemos cambiado de cámara. Estamos ahora en la *Kapelle*. Los mineros austríacos la habían dedicado a la memoria de su canciller, asesinado por los nazis antes del *Anschluss*, Engelbert Dollfuss. En el centro de la habitación se encuentra un altar tallado en un bloque de sal transparente, iluminado desde el interior.

»27 de agosto. Estamos todavía en la *Kapelle*. Allí están reunidas las armaduras, las armas, los cascos y las monedas. Debían constituir la "sala de armaduras" y el "gabinete de monedas" en Linz. He visto

piezas muy hermosas, especialmente armas españolas.

»1 de septiembre. Hemos llegado a la *Mondsberg*, que está situada a más de tres cuartos de hora de la entrada de la mina. A lo largo de los trabajos, Thomas Howe ha reconocido su propia escritura en la etiqueta de una tela. El museo de San Francisco, del que es el director, le había enviado a París en 1939 para una exposición organizada por un coleccionista judío. Los nazis la habían robado sin duda alguna.»

Las obras maestras dejan la mina

Los equipos trabajan incansablemente para evacuar lo antes posible este fantástico tesoro. En una jornada pueden ser sacados a la superficie entre ciento cincuenta y doscientas obras. Subido en una caja de jabones en la entrada de la mina, Mark Eder, un antiguo miembro del equipo de Reimer, cuaderno y lápiz en mano, anota sin descanso todo lo que sale. Los G.I. cargan dos camiones al mismo tiempo. Cada camión lleva alrededor de ciento cincuenta telas, más algunas esculturas y objetos de arte. Un convoy consta de seis camiones. Se forman tres cada día. Para ir más deprisa los conductores trabajan doce horas seguidas diariamente. Estos ases del volante, los soldados negros, están muy tranquilos. Poco emocionados por el valor de su carga, ruedan a tumba abierta sobre las estrechas carreteras de la montaña. Como Hans Reger comprueba, los «oficiales de Bellas Artes» tiemblan en cada salida de convoyes, porque imaginan su precioso contenido en el fondo de un precipicio. A excepción de algunos casos, no sucede ninguna catástrofe.

Las joyas de los Rothschild

A principios del otoño la mina está casi vacía. Solamente objetos de menor valor o pertenecientes a colecciones austríacas están todavía desperdigados por la mina. Los oficiales del M.F.A. efectúan con Karl Sieber una última inspección. En la *Kammergrafen* quedan aún algunos bronce del Renacimiento. Thomas Howe se aproxima a ellos. Al resplandor de una lámpara de acetileno descubre dos cajas que están muy ocultas. Sieber le dice que ignora totalmente lo que contienen, que han llegado en abril de 1945 y que ni siquiera han sido abiertas. Añade que además las había olvidado por completo. Thomas Howe las abre con precaución. Al levantar una capa de guata ve brillar con mil resplandores un espléndido colgante de oro, adornado de rubíes, de esmeraldas y de perlas. El motivo central representa una sirena en esmalte. Es probablemente la obra de un joyero italiano del Renacimiento. En la misma caja encuentra cuarenta cofrecitos llenos de joyas igualmente bellas. Tiene ante sus ojos collares de un valor inestimable. Cada pieza tiene enganchada una etiqueta que lleva un número de identificación. La mina de Altaussee entrega su último tesoro: las joyas de la familia Rothschild.

Los «Collecting Points»

Las obras maestras que abandonan la mina de Altaussee son enviadas a Munich. El M.F.A. ha instalado ya su lugar de concentración en el «Central Collecting Point», en el *Verwaltungsbau*. Este antiguo edificio del Partido nacionalsocialista, situado en la *Koenigsplatz*, es el compañero del *Führerbau*. Comu-

nica además con él por subterráneos. El S.H.A.E.F. confía la dirección del «Central Collecting Point» a Craig Smith. Este llama a algunos universitarios alemanes y a responsables de museo para que le ayuden en su tarea. Llegan expertos de Francia, Bélgica, Holanda y otros países expoliados para ayudarle a identificar las obras de arte y a sus propietarios. Todos los archivos del *Führerbau* han sido encontrados. La restitución puede efectuarse rápidamente y con eficacia, sobre todo cuando se trata de obras maestras cuyos propietarios son bien conocidos, como los Rothschild, los David-Weill, los Czernin...

Para evitar el entorpecimiento del «Central» se crea un centro secundario en Oberammergau. Este pueblecito bávaro es célebre en el mundo entero por la *Pasión de Cristo* interpretada cada diez años por los habitantes. Poco tiempo después es creado un tercer centro en la hermosa ciudad de Bamberg.

Cada ejército aliado crea en su propia zona centros similares.

El equipo francés

El I Ejército Francés, el ejército de Lattre, ha establecido su centro en Lindau.

En el mes de mayo de 1945 Rose Valland y dos conservadores del museo del Louvre, Jacques Dupont y el comandante Guy Gaudron, llegan al centro francés.

«Encontré allí al artista-pintor parisino Jean Rigaud, «oficial de Bellas Artes» del I Ejército —cuenta Rose Valland en sus *Memorias*—. Su fisonomía abierta me inspiró una confianza inmediata. Dependía de la sección dirigida por su cuñado, el coronel

Thomazo, el legendario «Nariz de cuero». Sus lazos de familia influyeron muy oportunamente en nuestros asuntos de Bellas Artes.

»Nuestra situación mejoró todavía más cuando el comandante André Chamson llegó a Lindau, acompañado de François Mauriac. André Chamson había luchado al lado del coronel Berger (alias André Malraux) a la cabeza de la brigada Alsacia-Lorena.

»Los «auténticos» militares nos recibieron con una curiosa amabilidad. Creían poder esperar de nosotros el descubrimiento de algunos de esos tesoros escondidos con los que la prensa de los Estados Unidos deslumbraba a sus lectores.

»El balance, es cierto, era sensacional y digno de publicidad.»

El ejército de Lattre no ha descubierto más que escondrijos de importancia secundaria, que albergaban las colecciones de los museos regionales alemanes. Los franceses piden al Estado Mayor americano la autorización para enviar a sus expertos a las zonas que están bajo su control. El S.H.A.E.F. les hace saber que las actividades de los expertos de arte franceses deben limitarse a las zonas que están bajo el control del I Ejército Francés. Solamente la comprensión de los «oficiales de Bellas Artes» americanos permite a la Comisión de recuperación artística acudir a algunos depósitos. Rose Valland y sus colegas pueden de este modo identificar un cierto número de obras de arte francesas. Pero los delegados franceses están interesados sobre todo por Neuschwanstein. Saben que el castillo encierra todo lo que ha sido robado en Francia por el Estado Mayor Rosenberg. Desgraciadamente no pueden obtener la autorización para visitar Neuschwanstein. El castillo está en el corazón mismo de la zona militar prohibida.

El inventario de Thomas Howe

Los americanos han establecido alrededor del castillo una verdadera «no mansland». Neuschwanstein es el depósito del botín artístico más importante después de Altaussee. Contiene más de veinte mil obras maestras. El tesoro del castillo está constituido por las riquezas de las familias judías más importantes de Francia.

El «oficial de Bellas Artes» Thomas Howe realiza el siguiente inventario para el M.F.A.: «El total de las obras de arte encontradas en el castillo de Neuschwanstein se eleva a 21.903. De las doscientas colecciones representadas aquí, 3.978 obras pertenecen a los Rotchschild, 1.202 a los Kahu, 1.121 a los David-Weill, 989 a Levy-Benzion y 566 a los hermanos Seligmann...

»Hay 10.898 cuadros, de los que 4.520 son grabados, 3.327 pinturas al óleo, 1.332 dibujos, 726 acuarelas, 442 miniaturas, 13 reproducciones y 5 estampas japonesas.

»Los muebles llegan a 2.477, entre los que hay 277 arañas, 979 sillas, 512 sillones, 305 canapés y 3 sofaes.

»Se cuentan 583 esculturas, de las que 129 son de bronce, 110 de mármol, 65 de madera, 74 de tierra cocida y 2 de estuco.

»Hay que añadir a esta lista 259 piezas antiguas procedentes de China, Grecia, Asia Menor y Egipto...»

La evacuación del castillo se hace en dos tiempos. La primera operación sólo dura diez días. Únicamente los objetos de poco tamaño toman el camino de Munich. Parten de esta forma dos mil obras de oro y plata procedentes de la colección David-Weill y

toda la orfebrería y platería. Tres meses más tarde llega otro equipo. Permanece allí ocho semanas. Las torrecillas de Neuschwanstein están cubiertas de nieve. El frío y el hielo no facilitan el trabajo del equipo. Los objetos embalados en el castillo se expiden directamente a París. Se ha realizado un compromiso entre la Comisión de recuperación artística francesa y el M.F.A. La Comisión ha conseguido que las obras encontradas en el depósito del *Ein-satzstab* Rosenberg no pasen por un «Collecting Point», sino que sean enviadas inmediatamente a París.

Un cierto señor Rochlitz

En la misma región, cerca de la casa solariega de Luis II, Hohenschwangau, el M.F.A., en el curso de sus investigaciones, va a encontrar a un extraño personaje.

Un aviso de búsqueda se ha difundido para localizar a Gustave Rochlitz. Director de una galería de arte en París, ha desarrollado durante la ocupación un importante tráfico de cuadros con los nazis. Especializado en la obtención de las obras confiscadas a los judíos, espera tranquilamente el fin de la guerra, con su familia en una granja cercana a Füssen.

Desde hace unos días los oficiales americanos han señalado a Thomas Howe la presencia de este hombre en la región. Cuando Howe se presenta en la granja, sólo encuentra a la criada: «El señor ha salido.» Howe está convencido de que Rochlitz ha huido. Sube a su coche y parte precipitadamente. Con gran sorpresa, encuentra en la carretera, a dos kilómetros de la granja, al hombre que busca. Ha

reconocido a Rochlitz en un tranquilo paseo. Este no ofrece ninguna resistencia y acepta volver con el oficial americano. En una habitación de la casa se encuentran veintidós cuadros. Todas son obras de gran calidad. Un Picasso, *Retrato de una señora y un niño*, vale él solo una fortuna.

—¿Cómo es posible que tenga usted estas obras en su casa? —pregunta Howe—. Son robadas.

—Las tengo aquí por casualidad —contesta Rochlitz—. El mariscal Goering vino a visitarme a comienzos de 1942 a mi galería. Estaba interesado por algunos cuadros de mi colección, dos Boucher y un Nattier, y me ofreció un buen precio. Las pinturas le fueron enviadas, pero el pago no se realizó. Yo protesté ante Goering, que me forzó entonces a aceptar estos cuadros. El las consideraba como obras de pintores degenerados. Esto no me convenía, pero no tuve otro remedio que aceptar.

Un interior «pequeñoburgués»

La entrada de los franceses de Leclerc y de los americanos, el 4 de mayo de 1945, en el famoso «Nido de Aguila», refugio de Hitler en Berschtensgaden, representa también una etapa fundamental en la recuperación de las obras de arte.

«Yo penetraba por fin en este santuario —escribe el enviado especial del *New York Times*—. El acceso al chalet se hace por un ascensor tallado en la roca. ¡Qué decepción al entrar en la morada del hombre que hizo temblar al mundo! El interior de la casa del *Führer* lleva la marca del mal gusto y del bienestar pequeñoburgués. Un canario en una jaula dorada, un cactus y un caucho refuerzan más esta impresión. La casa está amueblada al estilo «barco», tirando a

rústico. Pesados sillones tapizados de cuero rojo están colocados alrededor de una mesa redonda, cuyo tablero de madera lacada está cubierto por un cristal. Sobre el sofá hay dispuestos unos cojines en los que aparece bordada la cruz gamada. Los muebles son poco numerosos, pero se caracterizan por su aspecto pesado: un armario de más de tres metros de alto, un enorme reloj bávaro coronado por un águila. En el salón, una ventana camuflada de gran tamaño ofrece una vista fantástica sobre toda la región, hasta Salzburgo incluso, porque el «Nido de Aguila» está a dos mil metros de altitud.

»Encontré a los «oficiales de Bellas Artes» en pleno trabajo. En una habitación habían reunido cinco Rembrandt que formaban parte de la colección privada de Hitler. El *Interior holandés*, de Pieter de Hooch; *Retrato del duque de Richmond*, de Van Dyck, y un paisaje de Rubens están colgados en la pared. Tal abundancia de telas de maestros holandeses nos hace creer que Hitler ha tenido una gran pasión por esta época. Sin embargo, Berchtesgaden reúne todas las escuelas de la pintura europea.

»En el «Nido de Aguila», los «oficiales de Bellas Artes» han cogido de este modo las obras «compradas» desde 1933 por el *Führer* en el mercado europeo. Los cuadros son llevados después al *Verwaltungsbau* y clasificados en la categoría «supuestamente comprados».

De Karinhall a Berchtesgaden

Sin embargo, todas las notas confidenciales llegadas al M.F.A. desde su creación indican que el mayor coleccionista del III Reich no es el *Führer*, sino el *Reichsmarschall* Goering. Una mínima parte de la

colección de Karinhall ha sido encontrada en Altaussee.

«Me han encargado —escribe el mayor Anderson a sus padres— de inspeccionar con mi división las villas que los jefes nazis se han hecho construir en la región de Berchtesgaden para estar más cerca de su *Führer*. Buscábamos de modo especial el botín de Goering. Un montañero nos dijo que había un tren abandonado en la estación desde hacía varios días. Se trataba de un tren especial de Goering. Los soldados S.S. no habían tenido tiempo de descargarlo completamente. ¡Suponía por lo menos dos vagones! Hice vaciar su contenido y llevarlo a una villa cercana. Se trataba del chalet de un tal Fritz Görnnert, secretario y confidente cercano a Goering. Lo habíamos requisado al descubrir que Görnnert retenía una parte de la colección del *Reichsmarschall*.

»El contenido de la casa era heteróclito: se encontraban apilados allí los objetos más curiosos. Toda una serie de suntuosas vestimentas eclesiásticas. ¿Para qué las quería? Estaba todo metido aún en cajas. Diez de ellas contenían armas orientales antiguas. Todas llevaban una inscripción en letras góticas: ¡*Reichsmarschall* Hermann Goering! Otras tenían una simple G; procedían de Francia, porque las tapicerías, vestidos y tejidos, cuidadosamente plegados, tenían una etiqueta redactada en francés.

»Görnnert nos reveló también que se habían enterrado en el jardín varias esculturas. Cavamos en el lugar indicado y pronto aparecieron cuatro paquetes cuyos embalajes empezaban a descomponerse. El primero contenía una estatua en madera policromada de una *Madona* de la escuela francesa del siglo XV. Estaba muy dañada por la humedad. Sacamos también otras dos *Madonas*, una en madera y otra en

marfil, y una estatua de Santa Bárbara. Görnnert nos confió que la segunda mujer de Goering poseía las más bellas pinturas de Karinhall.

Los tesoros de la colección Goering

»Decidí entonces entrar en contacto con Emmy Goering —continúa el mayor Anderson—. Se había refugiado en Zell-am-See, en un castillo perteneciente a un sudamericano. Encontré, en efecto, telas bellísimas, entre ellas quince obras de maestros flamencos. Cosa increíble, su ama de llaves tenía un Vermeer. Me dijo que Goering se lo había regalado poco tiempo antes diciéndole: “Guárdelo con cuidado. Tiene un gran valor. Si alguna vez se encuentra en dificultades, véndalo.” Así es como vi por primera vez el *Cristo y la mujer adúltera*, de Vermeer.

»De Zell-am-See nos hemos dirigido al castillo de Unterstein. Según nuestras informaciones, la famosa colección de Karinhall debía estar allí casi en su totalidad. Efectivamente, lo que descubrimos superaba todo lo que yo podía imaginar en belleza y en valor.. ¡Solamente las pinturas llenaban cuarenta habitaciones! ¡Era fabuloso! Ibamos de una habitación a otra sin dar crédito a nuestros ojos. No pensaba que un solo hombre pudiera amasar tal cantidad de obras maestras en tan poco tiempo. Las esculturas, en su mayoría religiosas, estaban alineadas unas al lado de otras en un gran pasillo. Había cientos de tapicerías cuidadosamente enrolladas en una habitación pequeña. Otras tres habitaciones estaban llenas de cajas con porcelanas: de Saxe, Limoges, Sèvres, China... En una bonita sala, llamada la *Habitación Dorada*, se encontraban objetos de gran valor ordenados en vitrinas cerradas con llave.

Finalmente, en una vitrina aislada, dos magníficas espadas: una de Toledo, regalo del ejército del Aire franquista, y otra con una empuñadura de oro engastada de piedras preciosas, regalo de Mussolini. Entre las dos se encontraba un bastón de mariscal en oro macizo, incrustado de gemas, regalo de la *Luftwaffe* a su jefe.

»Habíamos dejado la vez a los "oficiales de Bellas Artes". Tenían trabajo para un mes largo.»

Un bosque de Stradivarius

Y he aquí que el vicealmirante británico Baillie-Grohman pide un informe a las autoridades americanas sobre el estado de su castillo de Matzen, en Alemania. La propiedad del vicealmirante está situada en la zona americana, entre Kufstein e Innsbruck. Howe y sus hombres se dirigen al lugar. Encuentran el castillo en perfecto estado. Sirve de depósito a las esculturas de madera procedentes del museo de Innsbruck. Pero el guardián del castillo informa a Howe de que el resto de la colección del museo se encuentra no lejos de allí, en el castillo de Lichswert. Este castillo medieval es propiedad de la familia von Iname, que lo habita desde el siglo XVI. Los oficiales americanos encuentran al barón y a su mujer tomando café en un suntuoso salón. El señor del lugar, antiguo ayuda de campo del emperador Francisco José, es un digno anciano completamente sordo. Su mujer, persona poco sociable, consiente en dirigirle estas breves palabras:

—¿Qué vienen a hacer aquí? No tenemos nada que reprocharnos, hemos sido siempre antinazis. ¡Jamás ha puesto los pies en esta casa un representante de ese gobierno!

Por cumplimiento del deber, Howe, no obstante, pide a sus hombres que procedan a una visita del castillo. Vuelven sin nada. Howe se despide de los dueños del lugar y sale. Es entonces cuando una encantadora jovencita rubia, nieta del barón, le invita a seguirla. Intrigado, se deja conducir al ala más retirada del castillo y penetra en una inmensa sala cuadrada. La joven se acerca a una chimenea de estilo gótico y empuja una cabeza de dragón tallada en la cornisa. Una plancha del muro gira. Aparecen los peldaños de una escalera. La joven, con una antorcha en la mano, abre el camino e introduce a Howe en una gran cueva abovedada. Thomas Howe levanta los ojos al techo. Sofocado, descubre un auténtico bosque de Stradivarius. Hay decenas de violines suspendidos como jamones. ¡Es toda la espléndida colección del museo de Innsbruck!

Una galería de retratos de jefes nazis

Los castillos de Metzen y Lichswert están en la carretera que lleva al Hohenfurth, próxima etapa de los oficiales americanos. El convoy militar se abre difícilmente paso entre las columnas de refugiados que, llegados de toda la Europa del Este, han querido escapar a la ocupación soviética. En el monasterio de Hohenfurth los monjes acogen con los brazos abiertos a sus liberadores. Después de sufrir a la S.S. durante seis años, temen caer entre las manos de las tropas soviéticas. Uno de los edificios del monasterio sirve de hospital de campaña para los heridos alemanes.

El hombre que los nazis habían designado para proteger su tesoro es un anciano austríaco; sólo una cosa le preocupa: sus preciosos objetos de arte. Los

americanos piensan que su presencia podrá resultarles útil y le confirman en su puesto. Los «oficiales de Bellas Artes» van a encontrar en su convento un conjunto muy variado de obras, en particular de pinturas conformes a la estética nacionalsocialista.

—Han sido conducidos aquí —explica el doctor Mutter—, así como una serie de esculturas, cuando se anunció la llegada del *Führer*. Se tenía la intención de examinar la colección Rothschild de Viena y la colección Mannheimer de Amsterdam.

Al lado de estos esplendores reunidos en estas dos colecciones, las pinturas nacionalsocialistas hacen mal papel. Hay un centenar: retratos de Hitler, de Rudolf Hess y de otros jefes nazis realizados por Philipp de Loszlo, escenas alegóricas y también de paisajes.

Estos cuadros habían sido juzgados dignos de ser expuestos en la *Hans der Deutschen Kunst*, la Casa de Arte Alemana, en Munich.

En el vestíbulo de entrada los barrocos cocidos de Lucca della Robbia se han fijado en los muros, así como una *Madona con el niño*, obra de un escultor florentino del siglo XV. Dos magníficas arañas de Murano están suspendidas del techo.

Una estatua de tamaño natural en mármol de Canova ha sido relegada por los monjes a una pequeña habitación que da al vestíbulo.

Esta estatua ha sido comprada por Hitler a la princesa Windischgätz. Estaba destinada al museo de Linz.

La evacuación de los compartimientos, de los pasillos, de los patios y de la capilla del monasterio se hace a la vez y en el más completo desorden: es necesario llevar el mayor número posible de obras a Munich, y la confusión reina en todas partes.

«Este crepúsculo de su gloria»

Muy cerca de Kassel, en el Hartz, el I Ejército americano descubre un panteón alemán, escondido en las galerías de la mina de Bernterode. «Allí hemos encontrado —cuenta Walter Hancock en sus *Memoorias*—, cavada a más de cinco metros bajo tierra, una capillita que los nazis habían amurallado. Al cabo de cuatro horas de esfuerzo logramos penetrar en la cueva. Los sarcófagos en bronce del rey-sargento y de su hijo Federico el Grande habían sido depositados allí. El mariscal von Hindenburg y su mujer compartían este crepúsculo de su gloria. Me encontré en la misma situación que los egipcios que penetraron por primera vez en las tumbas de los faraones. Para marcar bien la unión entre las mayores glorias militares de Alemania y los nuevos héroes germánicos, los nazis habían colocado las insignias del partido con la esvástica sobre los féretros y habían cubierto el suelo con numerosas banderas, de las cuales la mayoría procedían de las primeras guerras prusianas. La corona de Prusia, el globo y el cetro habían sido enterrados junto a estos grandes hombres.»

En las salinas de Heilbronn, en el Wurtemberg, el VII Ejército de Patton va a descubrir por su parte una maravilla artística muy querida por los franceses. Las cristaleras de la catedral de Estrasburgo han sido salvadas por los nazis de una destrucción segura. Por miedo a los bombardeos, las han desmontado cuidadosamente y las han transportado a la mina de Heilbronn.

Los americanos van a encontrar en el mismo lugar las colecciones de los museos de Unterlinden, de Colmar.

Rose Valland y el Kronprinz

Para acelerar la vuelta de estas riquezas a los museos franceses, Rose Valland, la muy activa secretaria de la Comisión de recuperación artística, interviene directamente cerca del S.H.A.E.F. Quiere saber si los depósitos utilizados por Rosenberg fuera de la zona francesa de ocupación se han salvado de las destrucciones de la guerra. Pronto se entera de que las obras francesas están intactas y se encuentran bajo la protección de los americanos. También se ha encontrado toda la documentación que permitirá la restitución posterior.

«Han sido descubiertos ficheros e inventarios —escribe Rose Valland en *El Frente del Arte*—, en Füssen, en Kogl y en el castillo del barón Kurt von Behr, el *Schloss Benz*, al norte de Bamberg.

»Estos últimos archivos fueron devueltos por el propio barón a las autoridades americanas antes de suicidarse con su mujer.»

En todo el territorio controlado por el I Ejército francés, las obligaciones y las prerrogativas de Rose Valland y de sus colegas son las mismas que las de los «oficiales de Bellas Artes».

«Varias veces —cuenta ella— nuestros desplazamientos nos permitieron descubrir obras de arte de origen francés. En Tititsee y en Meersburg, junto al lago de Constanza, simples particulares nos entregaron cuadros provenientes de los cambios del Estado Mayor Rosenberg.

»Una de las encuestas nos llevó al *Burg Hohenzollern*, en Hechingen. El castillo albergaba las colecciones de Colonia. El famoso Van Gogh del *Pont Sainte-Marie* que esperábamos encontrar allí, ya no estaba...

»En este castillo, de un carácter medieval ostensible, reconocimos pinturas adquiridas en Francia con los medios falsificados de la ocupación y que por este motivo debían volver a nuestro país. La tarde pasada con el ex *Kronprinz* de Prusia, detenido en su propiedad, me dejó un sorprendente recuerdo; su inteligencia, su humor berlinés rozaron a veces mis convicciones.»

Una primera restitución simbólica

El general Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas armadas aliadas, acepta en seguida la proposición que le hace el M.F.A. de restituir a cada uno de los países expoliados una o varias obras de arte, esperando la restitución definitiva. Esta no podrá tener lugar, en efecto, antes de algunos meses, porque las obras que hay que reunir son innumerables. La primera restitución, simbólica, se hace por cuenta de los americanos.

Bélgica es el primer país en beneficiarse de esto. El retablo de Gand, *La Adoración del Cordero místico*, considerado por los belgas como su más preciado tesoro, vuelve a Bruselas por avión. Es solemnemente devuelto al príncipe Regente por el embajador americano, en nombre del general Eisenhower. Su vuelta es festejada en todo el país.

Checoslovaquia recibe, por supuesto, los paneles del espléndido retablo de Hohenfurth.

La obra maestra que se devuelve a Polonia en primer lugar es el altar *Veit Stoss*. Retirado de la iglesia de Santa María de Cracovia, había sido llevado a Nuremberg por los nazis —lo hemos visto— bajo pretexto de que el escultor Veit Stoss era nativo de esta ciudad. Los americanos lo han encontrado allí

en un «bunker», enfrente de la casa de Alberto Durero. El traslado del altar a Polonia resulta difícil en principio, ya que los aliados occidentales protestan contra el embargo soviético del país. Es preciso esperar algunos meses para que tenga lugar un acuerdo y el altar vuelva a Cracovia.

Devoluciones al Rijksmuseum y al Jeu de Paume

Holanda y Francia han sido los países más afectados, en calidad, por el saqueo artístico nazi. Las restituciones van a durar allí meses, incluso años.

La devolución simbólica comprende para Holanda las obras maestras de los maestros holandeses del siglo XVII. Veintiséis cuadros se restituyen al Rijksmuseum de Amsterdam de los que cuatro son Rembrandt. Uno de ellos es *Naturaleza muerta con pavos*, recuperado en Altaussee. El Vermeer de Van Meegeeren forma parte del convoy. El Rijksmuseum organiza con este motivo una exposición, con el título de *El retorno de los antiguos maestros*.

El 25 de septiembre de 1945 un enorme camión americano acompañado de una tropa armada sube la rampa del jardín de las Tullerías y se para ante la puerta del museo de Jeu de Paume. Del camión, los soldados sacan 71 cuadros, 71 obras maestras que Francia había perdido y que recobra gracias a los americanos. La nación francesa recupera parte de su patrimonio.

Para conmemorar este acontecimiento Francia organiza también una exposición, que se sitúa en l'Orangerie desde junio hasta noviembre de 1946. Los franceses se apretujan para admirar catorce pinturas seleccionadas por el *Führer* para su deleite personal, algunos cuadros destinados al museo de Linz, las

obras elegidas por Goering para Karinhall y los «regalos» a los museos alemanes y a las universidades. Los franceses pueden contemplar también el *Retablo de un comediante*, una de las obras maestras de Fragonard; el extraordinario *Astrónomo*, de Vermeer; dos joyas de una rara belleza que están entre los más bellos retratos de niños que conoce la pintura (*Clara de Jonia* y *Un niño de la familia Jonia*); el magnífico *Retrato de Isabel Comans*, del maestro de Haarlem Franz Hals; el bello *Retrato de la infanta Margarita Teresa*, del taller de Velázquez; *Vista de Italia*, de Hubert Robert; *Las bañistas*, de Cézanne; *El puente Langlors en Arlés*, de Van Gogh, pintura «degenerada» y «subversiva» que formaba parte de la colección del *Reichsmarschall*; uno de los «pasteles» más resplandecientes de flores de La Tour: *Retrato del presidente Derieux*; un *Retrato de María Antonieta*, de Madame Vigée-Lebrun; *La Fiesta nacional colle Montorgueil*, de Claude Monet, y una tela cubista de Georges Braque, *Partición de música y frutas*.

El pretexto de una ordenanza del emperador Segismundo

Efectuada esta restitución simbólica por los americanos, el traslado de las demás obras de arte va a realizarse por los países interesados. Con este fin los delegados nacionales se dirigen a Alemania, a los «Collecting Points», para organizar el transporte.

Por parte de Bélgica, el doctor Paul Coremans, un gran experto en pintura, va a Munich con un camión. Diez días después vuelve a irse con *La Madona*, de Miguel Angel, once cuadros robados en la iglesia de Brujas y cuatro paneles de Dirk Bouts de la iglesia Saint-Pierre de Lovaina.

El teniente coronel Alphonse Vorenkamp toma la dirección de los transportes holandeses de Munich a Amsterdam durante el otoño y el invierno de 1945. Lleva a Holanda más de 900 cuadros, más 2.000 esculturas, porcelanas y cristalerías y cientos de tapices, tapicerías y muebles. El representante de Francia es el capitán Huber de Brye.

Desde el final de la guerra, Austria reclama también los tesoros nacionales «robados» por sus «aliados» alemanes. Busca más especialmente las joyas del Santo Imperio Romano Germánico. La corona imperial es encontrada en el «bunker» de Nuremberg, que escondía igualmente el altar *Veir Stoss*. También están depositados allí un fragmento de la *Vraie Croix*, la *Sainte Lance* y los eslabones de cadena que sirvieron, según la tradición, para atar a San Pedro, San Pablo y San Juan. Todos estos objetos son restituidos al gobierno austriaco con el escudo, el globo y las dos espadas, símbolos de la potestad del Santo Imperio Romano Germánico. Estos habían sido llevados por los nazis a Nuremberg en 1938, bajo pretexto de una ordenanza del emperador Segismundo, en el siglo XV, que había dispuesto que deberían ser guardadas por esta ciudad.

Todas las operaciones de restitución son supervisadas por el M.F.A. Pero hay otro organismo americano que funciona en la misma época en Alemania. Se ocupa exclusivamente de las implicaciones jurídicas del pillaje artístico a Europa.

La hora de rendir cuentas

Las encuestas iniciadas por los aliados desde la rendición de Alemania están dirigidas, en efecto, a tres objetivos jurídicos en materia de saqueos:

1. Descubrir a las personas implicadas en el robo y determinar su responsabilidad.
2. Definir los medios utilizados para formar las colecciones nazis.
3. Establecer el origen exacto de las obras de arte.

El *Art Looting Investigation Unit* («Unidad de investigación sobre el saqueo artístico») está encargado especialmente de redactar tres informes: el primero sobre la colección de Hitler, el segundo sobre la de Goering y el tercero sobre la del *Einsatzstab* Rosenberg. Para lo cual se recurre a los servicios de James Plaut, Théodore Rousseau, actualmente conservador de pinturas del Metropolitan Museum de New York, y S. Lane Faison, director actual del departamento de Bellas Artes en el Williams College de Williamston (Massachusetts).

Desde abril de 1945 los tres hombres proceden al interrogatorio de los principales responsables del saqueo. Hermann Voss, detenido en Altaussee, es calificado por los oficiales americanos de «soberbio insociable». El capitán S.S. Kajetan Mühlmann es también interrogado por sus actividades en Austria, Checoslovaquia, Polonia y sobre su organización holandesa, la *Dienststelle*. Gisella Limberger, secretaria personal de Goering, debe responder de las colecciones de su jefe. El doctor Ruprecht es interrogado también sobre las colecciones de armas y de armaduras. Adolf Weinmüller, propietario de salas de venta en Viena y en Munich, es interrogado el 10 de noviembre. Hans Reger, el archivero, es esperado en su domicilio de Munich.

A la salida de los interrogatorios ninguno de estos especialistas nazis será acusado de crímenes de guerra, pero algunos de ellos serán condenados a

penas de prisión por complicidad en robo y ocultación.

Expedientes para Nuremberg

Los procesos verbales de estos interrogatorios van a constituir, no obstante, los primeros elementos de los expedientes de acusación para el tribunal internacional de Nuremberg. Los oficiales del *Art Looting Investigation Unit* buscan de forma particular las piezas más comprometedoras: los ficheros, registros y fotografías de las colecciones del *Führermuseum*, de Karin hall y del *Einsatzstab Rosenberg*. El expediente capital es el fichero oficial del *Führermuseum*. Se les escapa: el Ejército Rojo se apodera de él en el castillo de Weesenstein, cerca de Dresde. A pesar de las reclamaciones insistentes de los americanos, los rusos se niegan a comunicarlo. Afortunadamente, los americanos logran otras piezas convincentes fundamentales. Los registros y las fotografías puestas al día minuciosamente por Hans Reger son encontrados en el *Führerbau*. Han escapado de milagro a la locura destructora de la población múniquesa. En Altaussee se encuentran el catálogo de las pinturas llegadas a la mina y los informes del doctor Posse a Bormann. En el mismo lugar hay que añadir el descubrimiento de un fichero de la colección de armas y armaduras, un catálogo de las colecciones judías, y una lista de las compras efectuadas por la *Dienststelle Mühlmann* en Holanda y finalmente un inventario proveniente de las confiscaciones efectuadas por los agentes de Rosenberg.

En Berchtesgaden los oficiales americanos hacen descubrimientos importantes en la biblioteca personal de Hitler. Álbumes de fotografías de los objetos de

arte destinados a Linz y de las colecciones judías de Viena. Listas dactilografiadas de las obras «puestas bajo custodia en Francia».

A lo largo de sus investigaciones, los americanos encuentran entre los escombros de la Cancillería del Reich, en Berlín, cartas intercambiadas entre Bornmann y Posse.

En el castillo de Neuschwanstein descubren piezas que servirán para engrosar el expediente de acusación de Rosenberg. Finalmente, el catálogo de la colección Mannheimer guardado por Mühlmann en un banco holandés, es descubierto en este lugar.

A partir de todos estos documentos, James Plaut, Théodore Rousseau y S. Lane Faison redactan informes detallados sobre el *Einsatzstab* Rosenberg, el *Sonderrauftrag* Linz y la colección del *Reichsmarschall* Goering. Los informes son comunicados a las autoridades judiciales de Nuremberg y van a añadirse a los expedientes de acusación de dos hombres que serán juzgados como criminales de guerra: Goering y Rosenberg.

El 16 de noviembre de 1946, a la una de la mañana, Rosenberg sube al cadalso de la prisión de Nuremberg. Goering no comparte su suerte. Dos horas antes ha tragado una ampolla de cianuro. Igual que su *Führer*, ha encontrado a última hora la forma de abandonar el mundo.

La tragedia nacionalsocialista llega a su fin. Empieza un escándalo.

«Los nuevos ladrones»

El 7 de diciembre de 1945 el *Daily Worker*, periódico del partido comunista americano, titula a tres columnas: «Los nuevos ladrones».

«Ochenta mil dólares de cuadros han llegado ayer por la tarde en un barco perteneciente al ejército: el *James Parker*, procedente de Hamburgo. Se han tomado precauciones extraordinarias para mantener en secreto la llegada de este barco, nos ha contado un cargador del muelle. Pero no nos han engañado con esta puesta en escena digna de una película de gangsters. Desde hace dos meses sabíamos a qué atenernos. Un comunicado de la Casa Blanca ha anunciado que las obras de arte serán llevadas a Washington para ponerlas a salvo. «¿Ponerlas a salvo» significa para el jefe de la Casa Blanca apropiarse para su provecho de las riquezas de los museos alemanes? Este procedimiento ha sido utilizado ya hace poco tiempo. ¿Vamos a pretender por nuestra parte «poner a salvo» estas obras en nuestro país y adoptar de este modo el mismo comportamiento que las bandas fascistas en los territorios ocupados? Ninguna necesidad militar puede justificar una tal fechoría. Una venganza justa se ejerce sobre hombres y no sobre sus obras culturales...

»Nuestros museos podrán abrir pronto nuevas salas para exponer en ellas el producto de sus rapiñas en los museos alemanes. Proponemos que la National Gallery sea rebautizada *Friedrich Kaiser Museum*, dado que el célebre museo de Berlín no alberga ya más que marcos vacíos».

El cronista del *Daily Worker* no es el único que se indigna en esta época. Una campaña de prensa pone directamente en tela de juicio al presidente Truman. Unos meses más tarde, en el momento de la llegada, el 9 de mayo de 1946, de doscientos cuadros procedentes de los museos alemanes, los ataques llegan al paroxismo. Todos los periódicos americanos dedican su primera página a este asunto. Se lanza incluso una

petición nacional. Su éxito es fulminante; el presidente Truman recibe en la Casa Blanca cientos de miles de firmas. Los más grandes nombres de la pintura, la literatura y del cine se encuentran allí.

El Manifiesto de Wiesbaden

Entre los oficiales americanos que trabajan en Alemania la revuelta es más discreta; sin embargo, también se produce. Los responsables de los «Central Collecting Points» se rebelan también contra el nuevo saqueo artístico. Desde hace meses se dedican a borrar todo rastro de los excesos cometidos por los rateros nazis; no pueden quedarse indiferentes ante la apropiación americana de las obras de arte alemanas. Inmediatamente redactan y firman una petición exigiendo que se detenga el envío de objetos de arte alemanes a los Estados Unidos. Esta petición, conocida con el nombre de «Manifiesto de Wiesbaden», no podía, según los reglamentos militares, ser hecha pública. Será transmitida, sin embargo, al gobierno americano por el responsable del M.F.A. en Alemania, el mayor Bancel La Fargue.

Para tranquilizar a la opinión pública, el presidente Truman declara: «Estas obras de arte serán devueltas a Alemania cuando las condiciones vuelvan a ser normales.»

«Una de las caras ocultas de la postguerra»

Según el propietario de una célebre galería de arte de Francfort-sur-le-Main, parece que la situación no se ha normalizado jamás en Alemania..

«Más de veinticinco años después de la guerra seguimos reclamando nuestras obras de arte. Los

jefes de estado alemanes han intervenido sin éxito, uno tras otro, cerca del gobierno americano. No creo ya que en adelante los museos americanos devuelvan espontáneamente las obras retenidas desde hace veinticinco años. Pienso que la mayoría de los americanos se sorprendería si se le dijera que estos museos retienen cantidad de objetos robados en Alemania en 1945 y en 1946.

»La única posibilidad de hacer venir estos bienes es volverlos a comprar o cambiarlos. El problema de las riquezas de los museos alemanes es una de las caras ocultas de la postguerra, triste consecuencia de nuestra derrota.»

¡No volverá todo!

Ciertamente no es la primera vez en la historia que la suerte de las obras de arte se ha confundido con la de las naciones. La Francia revolucionaria y napoleónica ha dado en este sentido ejemplos molestos al robar, como se sabe, el patrimonio artístico de Alemania, Italia y España. Pero esta vez el golpe de las botas profanando las tumbas de los poetas y reventando los cuadros, el ruido sordo de las puertas de los convoyes blindados cerrándose sobre miles de obras maestras, todo correspondía a la llamada de muerte lanzada por los S.S. Pero esta vez, dirigidos contra la opresión nazi, los hombres han otorgado el mismo precio a la recuperación de su patrimonio artístico y cultural que a la liberación de su territorio.

¡Lástima! ¡No volverá todo! Convoyes enteros cargados de botín han seguido la suerte de la batalla. Cuántos tesoros han seguido el destino trágico de la *Simonetta* de Botticelli, ¡desaparecida para siempre!; han sido incendiados depósitos, otros se han hun-

dido bajo el fuego de los cañones o de las bombas. ¿Y se descubrirán alguna vez en este inmenso país que es Alemania todos los escondrijos, todos los graneros, todos los cofres, donde están aún ocultos los últimos vestigios del pillaje nazi?

«La guerra ha provocado siempre pillajes —señala un historiador contemporáneo, David Roxan—, pero hasta ahora éstos habían tenido siempre el carácter de rapiña; Hitler demostró que podían ser organizados, efectuarse con orden y metódicamente, subordinarse a un objetivo central...»

Los resistentes del O.V.P. testimonian

22 de mayo de 1972. En los suburbios de Salzburgo he encontrado, gracias a John Maynes, a un antiguo miembro de la resistencia austríaca. De cincuenta años de edad, Gunter Paulssen ha desempeñado un papel importante en la liberación de la *Alpenfestung*, al lado de las tropas americanas. Ha proporcionado numerosos informes a los miembros del C.I.C. encargados de descubrir los escondrijos de los dignatarios nazis refugiados en el reducto alpino.

—Escuche —me dice—; la próxima reunión del O.P.V. local tiene lugar en mi casa, el próximo sábado a las dieciséis horas. Usted será bienvenido aquí.

Me apresuro a aceptar la invitación: es una ocasión única para mí de obtener respuestas a todas las preguntas que no dejo de plantearme sobre la importancia real de los acontecimientos misteriosos que se desarrollaron en la fortaleza nazi en abril y mayo de 1945.

Unos días más tarde me dirijo a casa de Gunter Paulssen, que me abre personalmente la puerta de su

encantadora casa. Algunos de sus compañeros han llegado ya. Están sentados alrededor de la gran mesa del comedor.

La señora Paulssen aparece llevando una gran bandeja. Deposita delante de nosotros una cafetera humeante y grandes pasteles, ¡de los que sólo los austriacos saben hacer!

La reunión puede comenzar. Los antiguos resistentes parecen encantados de poder evocar sus viejos recuerdos.

—Muy poca gente en Europa sabe lo que han llevado a cabo los resistentes austriacos —me dice Paulssen—. Ignoran el valor y la fuerza con los que hemos luchado en los últimos meses de la guerra. Gracias a nosotros, señor, los nazis no han podido realizar todos sus planes en el reducto alpino. Tenían miedo de nosotros. Estábamos por todas partes y sabíamos todo: nuestros compañeros lograban infiltrarse entre ellos para espiarles. ¡Hemos creado muchas dificultades a la Gestapo y a los S.S.!

El vecino de Paulssen, un hombre menudo y relleno que, desde hace unos minutos, se dedica a llenar su pipa, interviene a su vez.

—¡Ah, sí! ¡La Gestapo! Mire, un día detuvieron a Karl Feldhanmer, un carpintero que había puesto su casa a disposición de los partisanos. Los oficiales le llevaron al puesto de policía alemán de Bad Aussee. ¡Pues bien! Logró escaparse. Los nazis pusieron sus perros sobre su rastro, pero él era demasiado fuerte para ellos: ¡jamás le han vuelto a coger!

—Yo sé —dije— que algunos de ustedes han sido detenidos por la Gestapo. ¿Cómo han resistido a la tortura los partisanos?

—No han hablado casi nunca —me responde Heinrich Stoberl, al que Paulssen me ha presentado como

el «decano» del grupo—. Algunos han resistido las torturas más atroces. Hans Moser, por ejemplo. Los oficiales de la Gestapo le han hecho sufrir terribles torturas: no han obtenido nada de él. Ha muerto a consecuencia de esto, señor... Hoy está enterrado en el cementerio de su ciudad natal, Bad Aussee. Y cada año, el 19 de abril, aniversario de su muerte, algunos de nosotros vamos a rezar ante su tumba.

El tesoro de Fabiunke

—Pero ¿cómo podían los resistentes austríacos, con tan pocos medios, enfrentarse a los alemanes, que estaban tan bien armados?

—Es verdad —me responde Paulssen—. ¡Los alemanes estaban armados hasta los dientes! Nos defendíamos con todo lo que podíamos encontrar, a veces con cascos de botellas, o viejos fusiles de caza. Cuando podían, los ingleses nos lanzaban armas en paracaídas: pistolas y granadas. Los últimos días esto no era suficiente. El 5 de mayo de 1945, sin embargo, habíamos logrado llevar a cabo un golpe maestro, sin pistolas ni granadas. Uno de nosotros había sabido que el general Fabiunke había dado órdenes a sus hombres de quemar las divisas que había robado durante la guerra. Esto tenía lugar en la mina de Unterkainisch. Al llegar la noche, cinco de nosotros salimos. Todo nuestro armamento eran cuchillos. Al acercarnos a la mina nos escondimos en matorrales. Lo que vimos nos desanimó: ¡varias ametralladoras estaban apuntando en todas las direcciones! Era inútil intentar nada.

»Pero poco a poco nuestros ojos se habituaron a la oscuridad y terminamos por darnos cuenta de que no había nadie detrás de las ametralladoras. Solamente

había un soldado de guardia a la entrada de la mina, con un revólver en la cintura. Uno de nuestros camaradas, un muchacho robusto llamado Dieter, que apenas tenía veinte años, se deslizó fuera de los matorrales con un cuchillo entre los dientes. Gateó hasta la ametralladora más cercana al soldado. De repente aparecieron otros tres S.S. Pensábamos que estaba todo perdido, cuando Dieter saltó sobre el guardián que le volvía la espalda. Inmediatamente nos lanzamos. El alemán tenía ya la garganta cortada, y los otros tres no tuvieron siquiera tiempo de disparar... Karl, que era cerrajero, abrió rápidamente la verja que condenaba la entrada de la mina. Teníamos solamente restos de antorchas, pero en seguida conseguimos encontrar la cámara en la que se encontraba el tesoro de Fabiunke. La vuelta se efectuó sin dificultad y el cofrecito fue escondido en un refugio de la montaña.

»Unos días más tarde habíamos devuelto lo que encontramos a un joven capitán americano muy simpático, el capitán Broadhead, que era en aquella época el responsable de la administración militar del distrito de Berchtesgaden. Después hemos participado varias veces con él en la búsqueda de S.S. que se escondían en la región, y nos ha agradecido mucho nuestra colaboración...»

Los S.S. cogidos en la trampa

—¿Se acuerdan ustedes de la aventura de Steiger? —pregunta el vecino de Paulssen dirigiéndose a sus compañeros—. Desde hacía algún tiempo, Steiger vigilaba el chalet de Kaltenbrunner, Villa Kerry, cerca de Altaussee. Me ha contado haber visto desfilar, hacia el final del mes de abril de 1945, a todos los

grandes elementos nazis: Julius Streicher, Robert Ley, Wilhelm Höttl, Fritz Swend. Todos se encontraban allí de vez en cuando. Steiger decidió entonces intentar coger en la trampa a todas estas personalidades. Acompañado de veinte hombres se dirigió al chalet y logró entrar en él sin encontrar obstáculos. La casa no estaba vigilada. Desgraciadamente, ese día no había ninguno de estos hombres allí. Pero Steiger consiguió, no obstante, capturar a varios oficiales S.S. que se encontraban allí, jefes del S.D. y de la Gestapo. Con sus hombres los llevó a un chalet donde los guardó hasta la llegada de los americanos.

—Muchos de entre nosotros han logrado tenderles trampas a los nazis —prosigue Paulssen—. Así, un grupito perteneciente al famoso *Schutzkorps Alpenland* de Skorzeny ha sido víctima del engaño de los resistentes. Estos han logrado empujarlos hasta el valle del Öder. Es un valle muy estrecho, más bien una garganta. A cada lado se levantan las pendientes abruptas de la montaña. Se oían ya los cañones de los aliados. Los hombres de Skorzeny estaban cogidos como ratas: no tenían más que esperar la llegada de las tropas aliadas. ¡Ni hablar siquiera allí de intentar escaparse escalando la roca!

La captura de Kaltenbrunner

—Gracias a los resistentes austríacos, me han dicho, fue capturado Kaltenbrunner.

—Así es —me responde el «decano» con orgullo—. ¡La mejor actuación que hemos llevado a cabo! Nuestros agentes de información habían observado, en los primeros días del mes de mayo, que los hombres de Kaltenbrunner intentarían también escapar. Maniobraron con tal habilidad que lograron que

Kaltenbrunner terminara por dirigirse a Gustav Brauner, un cazador del país, que formaba parte del grupo. El gran jefe del R.S.H.A. pidió a nuestro amigo que le mostrase, a él y a su adjunto Arthur Scheidler, un camino seguro para llegar a Italia. Le prometió a cambio darle todo lo que quisiera: plata, esmeraldas, rubíes, libras y dólares. Junto con Gaiswinkler, Brauner tuvo que poner a punto un plan para bloquear a los fugitivos hasta la llegada de los aliados.

»En la noche del 5 al 6 de mayo, poco tiempo después de medianoche, Brauner, Kaltenbrunner y su ayudante se pusieron en camino. El jefe del R.S.H.A. llevaba con él un saco lleno de provisiones y los dos S.S. se habían puesto sus trajes de civiles. Brauner les condujo por la noche a través de caminos tortuosos, en una región desértica. Confiados, los dos hombres le seguían sin decir una palabra. Por fin llegaron a una pequeña cabaña aislada. Brauner les hizo entrar y se volvió en seguida prometiéndoles que volvería unos días más tarde. Solamente un camino llevaba de la cabaña a Altaussee. Desde entonces ese camino fue vigilado por los hombres del grupo de Gaiswinkler. Kaltenbrunner y su ayudante estaban también cogidos en la trampa.

»Una semana más tarde los partisanos condujeron a los americanos, que acababan de llegar a Altaussee, hasta la cabaña y les entregaron los dos hombres. Kaltenbrunner y Scheidler se defendieron con vehemencia, enseñaron sus pasaportes falsos y ¡pretendieron pasarse por médicos!»

Mac Nally interviene

En la última semana de abril de 1945 los partisanos austriacos reciben numerosas informaciones sobre lo

que se está tramando en los alrededores del lago Toplitz. Saben que los S.S. han sumergido en el lago cajas misteriosas. Pero, en este caso concreto, no pueden intervenir: Kaltenbrunner ha dispuesto alrededor del lago fuerzas considerables. Es preciso esperar la llegada —inminente— de los americanos.

Los primeros destacamentos aliados que consiguen penetrar en la *Alpenfestung* pertenecen al VII Ejército americano. Los partisanos y la población les acogen calurosamente.

Entre los destacamentos, un pequeño grupo, compuesto por una media docena de hombres, se dirige inmediatamente a la región del lago Toplitz. El mayor Mac Nally, que dirige el grupo, acude inmediatamente a la casa de un granjero, un tal Hans Stöckl, cuya explotación agrícola se encuentra cerca del famoso lago. El granjero puede ayudar eficazmente en las búsquedas que los americanos se disponen a iniciar.

«Cuando he oído llamar a la puerta —cuenta Stöckl—, he dado un brinco. Me he preguntado quién podía venir a verme a una hora tan avanzada, porque era más de medianoche. Me he deslizado fuera de la habitación por una abertura que daba a los campos y he cogido un fusil. Creía realmente que se trataba de S.S. que venían a detenerme porque tenía contactos con los resistentes del lugar. Pero no era esto: el tipo que estaba delante de la puerta llevaba el uniforme americano: «Me llamo Mac Nally, me dijo. Soy americano. Venimos a verle para pedirle algunas informaciones.» He lanzado un suspiro de alivio: ¡por fin estaban allí los americanos, la pesadilla había terminado!

»Mac Nally hablaba muy bien el alemán. Me pidió que le enseñase el lugar en el que habían sido

arrojadas las cajas. Al amanecer ha vuelto con un equipo de buceadores, barcas neumáticas y redes. Pero los hombres-rana no se han quedado mucho tiempo bajo el agua. «¡Ahí abajo hay una verdadera jungla!», han dicho. En efecto, en el lago había cantidad de troncos de árboles completamente entrecruzados. Era demasiado peligroso descender más abajo. Además, una espesa capa de cieno impedía llegar al fondo. El oficial ha dicho que se detuviera todo por el momento. Y ha anunciado que sus hombres volverían más tarde con auténticos aparatos de inmersión en alta mar. Efectivamente, han vuelto perfectamente equipados. Pero ha ocurrido un drama: uno de los buceadores no ha vuelto a subir a la superficie. Esta muerte ha desanimado a sus compañeros y se ha interrumpido la búsqueda.»

Sobre la pista de los falsificadores nazis

En los días que siguen al drama, una noticia sorprendente llega al cuartel general de las fuerzas angloamericanas de Francfort. Un oficial de los servicios secretos americanos anuncia por radio que ha descubierto cerca de Altaussee, en un camión de la *Wehrmacht* conducido por un capitán alemán, 23 cajas que contienen fajos de libras esterlinas, equivalentes a varios millones de dólares.

El mayor Mac Nally, que es también uno de los mejores expertos en moneda falsa de los servicios secretos americanos, se encarga inmediatamente del asunto. Rápidamente se dirige al lugar en el que ha sido descubierto el camión. Los billetes contenidos en las cajas totalizan 21 millones de libras esterlinas.

En cuanto los británicos conocen la noticia del descubrimiento, envían a Mac Nally un representante

del Banco de Inglaterra, Harry Reeves, así como a tres detectives de Scotland Yard, entre ellos el inspector Rudkin.

La comisión de encuesta angloamericana no tarda en encontrar la pista de la «Operación Bernhard». Un grupo de expertos se pone sobre la marcha a la búsqueda de los falsificadores. Antiguos detenidos de los campos de concentración, donde había sido fabricada la moneda falsa nazi, participan activamente en esta búsqueda.

Un detenido polaco, Jakob Lauber, transmite a uno de los expertos de Scotland Yard un informe sumamente preciso sobre la «Operación Bernhard», seguido de una lista completa de todos los oficiales del S.D. responsables de la operación y de los detenidos a los que habían obligado a trabajar para ellos.

Un detenido holandés se presenta a la policía de La Haya. Se quita un zapato, separa la suela y saca algunas libras esterlinas que tenía escondidas allí desde hacía algunos meses. Entrega también a la policía un informe de varias páginas sobre la «Operación moneda falsa» de Himmler.

En cuanto al detenido checo Oskar Skala, entrega al mayor Mac Nally un documento de 10 páginas dactilografiadas, de un valor excepcional. Arriesgándose muchísimo, Skala ha anotado en su campo de concentración todo lo que concierne a las cantidades de billetes falsos producidos, los números de series y los valores nominales.

«Skala fue más que un colaborador —dirá el mayor Mac Nally—. Era un hombre que actuaba con método. ¡En una minúscula agenda describía a diario la actividad de los falsificadores!»

Todas estas indicaciones permiten a las autoridades aliadas encontrar rápidamente las fábricas que

proporcionan el papel a los S.S. para la fabricación de billetes falsos.

Decenas de descubrimientos

El grupo Mac Nally no es el único en buscar los escondrijos y los lagos donde los dirigentes nazis han camuflado el oro, las monedas falsas y los objetos de valor. Los descubrimientos se hacen al azar, por todas las partes del reducto alpino, totalmente invadido por tropas francesas y americanas.

Desde mediados de abril de 1945, en efecto, el general Eisenhower hace enviar de Estados Unidos a Europa una división de élite especializada en golpes duros y operaciones especiales, la 13.^a División aerotransportada. Esta división, desembarcada en Anvers, es lanzada sobre el reducto alpino. Otras unidades americanas, que pertenecen al VI Grupo de ejército, vienen a apoyar a la 13.^a División y participan en el asalto final.

Por su parte, la 2.^a División blindada francesa, que había participado brillantemente en la liberación del territorio francés, alcanza, en la primera semana de abril, las primeras estribaciones de la *Alpenfestung*. Un mes más tarde, el general Leclerc, que manda esta gloriosa división, se apodera de Berchtesgaden y se hace fotografiar por los fotógrafos de prensa en la famosa «Casa de té» del *Führer*, en el Obersalzberg.

En su avance victorioso a través de la fortaleza de los Alpes, las unidades francesas y americanas capturan a numerosos S.S. y hacen, un poco en cada lugar, interesantes descubrimientos de oro y divisas. En el castillo de Itter, cerca de Wörgl-am-Inn, en el centro de la *Alpenfestung*, son detenidos tres S.S. que llevan encima varias centenas de monedas de

oro. No lejos de Rastadt, hombres de Skorzeny caen en manos de los americanos. Registrándolos atentamente, los soldados encuentran fajos de auténticas libras esterlinas escondidos en el jaretón de su abrigo. En Pirtendorf, cerca de Zellam-See, los franceses descubren a un grupo de antiguos agentes de la Gestapo húngaros. En la región de Gmunden son cogidos varios S.S. pertenecientes a la guardia personal de Himmler: sus bolsillos están llenos de perlas y diamantes. En Bad Tölz, el pueblecito donde fue detenido von Rundstedt, entre Salzburgo y Berchtesgaden, los franceses entran por casualidad en una granja abandonada. Dos jóvenes S.S. levantan las manos y se rinden. El oficial de información francés les somete a un breve interrogatorio.

—Perteneceemos al *Schutzkorps Alpenland* —dicen—. Nuestra unidad se ha dispersado hace días.

Les sacan de sus bolsillos varios objetos preciosos. El más joven esconde en sus zapatos dos collares de perlas de un valor considerable.

—Descubrimientos de este tipo —me ha afirmado el teniente Ridez, de la 2.^a D.B.— se han hecho por decenas. La mayoría de las veces eran jóvenes S.S. que llevaban con ellos objetos de los que desconocían el valor.

Francfort-sur-le-Main se convierte, en mayo, en el centro al que las tropas aliadas envían este tipo de descubrimientos. Los fajos, los objetos, las perlas, el oro y las divisas recuperadas a los S.S. son reunidos en los sótanos del antiguo *Reichsbank*.

—Pero allí no están —añade el teniente Ridez— más que los desperdicios miserables del tesoro nazi. El verdadero tesoro, el que cuenta realmente, no ha sido encontrado. Ha sido bien camuflado y protegido en los bancos y en las sociedades industriales crea-

das por los nazis en todo el mundo durante los últimos meses de la guerra.

»Los verdaderos dueños de este tesoro, los que conocen todos los secretos, no han dicho nada, no han confesado. Esperábamos mucho de ciertos procesos para saber por fin la verdad sobre este tesoro, como el proceso del antiguo ministro de la economía del Reich, Walter Funk, o el proceso de los falsificadores, como Kurt B., Wilhelm Höttl, Sweld, Schellenberg, Krüger. Nuestras esperanzas fueron vanas. Los responsables nazis han sido ampliamente interrogados. Pero estos interrogatorios han sido inútiles. Los dirigentes se escapaban con piruetas. No revelaron nada sobre las transacciones financieras llevadas a cabo por los nazis antes del final de la guerra.»

El proceso de Walter Funk

Mayo de 1946. Hace ya 122 días que juristas y periodistas de todo el mundo se encuentran a diario en el siniestro *Justizpalast* de Nuremberg.

Este 6 de mayo hace muy buen día y los periodistas entran a su pesar en la sala donde tiene sus sesiones el tribunal militar internacional. En esta sala con muros de mármol verde, el alumbrado de neón hace palidecer las caras de acusados y espectadores.

Al fondo se encuentra el banquillo de los acusados, rodeado por los soldados de la policía militar americana que llevan cascos y cinturones blancos. A la derecha se percibe, en una inmensa cabina acristalada, a los numerosos intérpretes; en efecto, jueces, acusados, periodistas, siguen los interrogatorios en su lengua respectiva. Sobre la puerta que va a dar paso a los acusados, un reloj marca las horas de este interminable proceso.

Hoy debe comparecer uno de los hombres más misteriosos y más importantes del régimen hitleriano: Walter Funk. Su entrada sorprende a los asistentes: este hombre, que guarda quizá el secreto del tesoro nazi, es bajo, gordo, de apariencia insignificante.

«No había cambiado —escribe William Shirer, que asiste a este proceso—. Era el mismo hombre grueso y tripudo, con la mirada huidiza, que yo había conocido. Personalmente su cara me ha recordado siempre a una cabeza de rana.»

Una curiosa carrera

En 1931, cuando Shirer le encuentra, Walter Funk es todavía redactor de un gran periódico de economía: el *Berliner Börsenzeitung*. Su trabajo de periodista especializado en economía le ha permitido entrar en contacto con numerosos industriales. No es un entusiasmo fanático, lo confiesa él mismo, lo que le lleva a enrolarse en el N.S.D.A.P.

«En 1931 —dice—, mis amigos industriales y yo mismo estábamos convencidos de que el partido nazi llegaría al poder en un futuro próximo.»

En efecto, se puede resumir el carácter y la carrera de Walter Funk en una palabra: oportunismo. Es este oportunismo el que le permite convertirse en el encargado de los asuntos económicos privados de Hitler.

«Me inscribí en el partido nazi —declaró a uno de sus íntimos— con el fin de persuadir a Hitler para que otorgara confianza a la empresa privada... En esta época, la dirección del partido nazi tenía, en materia de economía política, opiniones tan confusas como contradictorias. Me esforzaba en llevar a cabo mi misión explicando personalmente a Hitler que la

iniciativa privada, la independencia del hombre de negocios, las facultades creadoras de la empresa libre deberían ser reconocidas como la base económica fundamental de la acción del partido.»

Hasta 1938, hombres como el ministro de Finanzas Frick habían intentado practicar una política socializante en materia económica.

«Una tarde de mediados de enero de 1938 —informa William Shirer— Hitler se encontró en la Opera de Berlín frente a Walter Funk. Le informó, sin más formalidades, que sería el sucesor del ministro Schacht. La designación de este personaje absolutamente nulo, especie de nabo adiposo y servil..., sorprendió a todo el mundo.»

De hecho, Hitler ha escogido a este hombre porque sabe que aplicará sin discutir sus órdenes políticas.

Funk va a convencer de la idea de la guerra a un gran número de industriales alemanes. Les muestra el provecho inconmensurable que podrán obtener de la guerra. Hitler está tan satisfecho de los resultados obtenidos por su ministro, que le nombra además, desde el principio de la guerra, director del *Reichsbank*. Funk lo será hasta los últimos días del III Reich.

El micro de la traductora se avería

El hombrecito grotesco que se encuentra ahora en la barra de los acusados, bajo la cruda luz de los proyectores, es uno de los pocos dirigentes que conocen los misterios del tesoro nazi.

«Puede considerarse —declara un joven historiador de Alemania oriental— que Funk es el hombre clave de las transacciones secretas nazis y probablemente uno de los dirigentes mejor informados en este terreno.»

El interés de la concurrencia, que a veces se ha relajado un poco durante los cuatro largos meses del proceso, se despierta bruscamente. ¿Va a hablar este hombre? ¿Va a conocerse por fin la verdad sobre el botín de guerra nazi?

Thomas J. Dodd, el abogado general americano, va a llevar el interrogatorio. Con cincuenta años de edad, el pelo blanco, Dodd tiene un rostro sereno. Sus ojos no dejan de acusarlo. Sus preguntas brutales y precisas se suceden, implacables.

—Usted es quien ha aconsejado a los industriales ayudar al partido nazi, ¿no?

Funk no responde. Tiene aspecto de ausente. Sorprendido por este mutismo, el público espera. Pero no es más que un incidente técnico: el micrófono de la traductora no ha funcionado.

¡Un director de banco falsificador!

—¿Era usted el intermediario entre el partido nazi y los industriales? —repite Dodd.

—Sí —responde Funk al cabo de un rato.

Evidentemente, esta pregunta le molesta. Funk quisiera refugiarse en un papel de gerente eficaz y apolítico. Dodd abandona provisionalmente este punto capital.

—Tengo a la vista un documento fechado en 28 de mayo de 1941. Rosenberg, nombrado desde hace un mes administrador general de los territorios del Este, relata en él una entrevista que tuvo con usted y su colaborador Wilhem. ¿Lo recuerda usted?

—¡No!

—Voy a ayudarle —insiste Dodd—. Observe el documento. La nota empieza con estas palabras: «Al contrario, en Ucrania y en el Cáucaso sería necesario

mantener la moneda actual.» ¿No le dice esto nada?

Funk guarda silencio.

—Voy a decirle de lo que han hablado ustedes: de la fabricación de moneda falsa destinada a Rusia, a Ucrania y el Cáucaso.

»Sí, señores; estos tres hombres proyectaban inundar estos países de billetes falsos. ¡El acusado no puede pretender que ignoraba la política de agresión nazi! Walter Funk, ¿qué tiene que responder usted a esto?

Funk hojea febrilmente sus notas.

—Todavía no he encontrado el texto —dice—. Además, si debía tener lugar la guerra en estos países, me correspondía preocuparme de los problemas económicos que iban a plantearse...

Tal respuesta provoca en la sala cierta tensión. Es evidente que para Funk todos los medios eran buenos para ganar la guerra y que estaba dispuesto a todo, incluso a conducirse como un vulgar falsificador...

«¡Por primera vez —escribe el periodista americano John Kübrick al final de esta primera audiencia— un director de banco nacional se atreve a confesar que esperaba del Estado la señal de guerra! ¿Y para qué? ¡Para emitir billetes falsos! Un banco nacional falsificando billetes... ¡Parece un sueño! Sobre todo que, como lo ha hecho observar muy acertadamente el abogado general Thomas J. Dodd, Alemania había firmado en 1929 tratados que precisamente preveían la protección de las monedas nacionales. Al final de esta primera audiencia me parece que el interrogatorio del hombre que sirvió de enlace entre el partido nazi y los magnates alemanes, que violó los acuerdos monetarios internacionales, ¡nos reserva aún sorpresas!»

El depósito especial de la S.S.

Al día siguiente la sala de audiencias está repleta. Los corresponsales especiales de los grandes periódicos del mundo entero esperan revelaciones sensacionales.

—En el curso de un interrogatorio preliminar —comienza Dodd— se le ha preguntado sobre los lazos que unían al *Reichsbank* y a la organización S.S. Usted ha respondido primero, le cito: «El *Reichsbank* no ha establecido jamás un contacto con la S.S.» Después, a lo largo de otro interrogatorio, usted se ha retractado de su afirmación y ha admitido que la S.S. había efectuado determinados depósitos en su banco. Si he comprendido bien sus declaraciones, bastante contradictorias, lo confieso, ¿usted admite que los cofres del *Reichsbank* han guardado objetos procedentes de los campos de concentración?

—No, en absoluto —responde Funk con violencia—. Jamás he hablado de objetos, sino de un «stock» de oro. Efectivamente, mi ayudante me ha informado un día —ya no me acuerdo de la fecha exacta— de que la S.S. había hecho un depósito de oro en el *Reichsbank*. Recuerdo ahora que incluso ha añadido con ironía que lo mejor era hacer como si no supiéramos nada. Me permito hacerle observar que ningún banco tiene derecho a verificar los depósitos privados en los cofres. Ignoraba totalmente que este depósito provenía de campos de concentración.

—Bueno, admitámoslo —responde Dodd—. Hay todavía un punto que me gustaría aclarar: ¿Estaba usted autorizado para especular con este depósito?

—Evidentemente —responde Funk con cierto embarazo—. Pero ésta es una regla bancaria que se aplica a todos los depósitos privados. El *Reichsbank*

tenía todo el derecho a especular con el oro que se le confiaba.

Manifiestamente el abogado americano está irritado por las respuestas siempre evasivas del acusado.

—¡Seamos precisos! ¿Era también costumbre del *Reichsbank* aceptar joyas, monturas de gafas, relojes, perlas, pitilleras, dientes de oro?

Funk duda antes de contestar.

—En absoluto —dice después de haber recuperado el aplomo—. Nuestro banco no habría podido jamás aceptar tales depósitos. No tenía ninguna competencia para almacenar así joyas, diamantes, qué sé yo más...

No estoy muy al corriente de estos problemas, pero pienso que tales objetos debieron ser entregados al servicio de metales preciosos del Reich, servicio que no tenía nada que ver con el *Reichsbank*.

—¿Insiste usted en afirmar que ignoraba la presencia de estos objetos en sus cofres?

—Lo afirmo —responde Funk.

«Un director de banco ignora el contenido de sus cofres»: tal es el título del artículo del periodista americano John Kübrick, que relata esta segunda audiencia.

«El acusado Walter Funk —escribe Kübrick— ¡sostiene no haber visitado más que dos o tres veces los cofres del *Reichsbank* en más de cuatro años de servicios! Pero, agobiado a preguntas por el abogado de la acusación Thomas J. Dodd, el acusado ha sido capaz de describir con extrema precisión los lingotes de oro contenidos en los cofres. Se espera con impaciencia un documento excepcional que el abogado ha prometido presentar mañana ante los jurados.»

Una película abrumadora

9 de mayo. Tercer día del proceso de Walter Funk.

Los alguaciles han tenido que rechazar a numerosos periodistas que han acudido en espera de un golpe de teatro.

—Señor presidente —exclama Dodd—, pido autorización para enseñar una película al acusado.

—Autorización concedida —responde sobriamente el presidente.

Se hace la oscuridad en la sala. La preparación del proyector exige algunos minutos. Las primeras imágenes son borrosas. Por fin aparecen sobre la pantalla las puertas blindadas del *Reichsbank*. La cámara pasa rápidamente delante de toda una serie de cofrecitos. Los asistentes retienen el aliento. Una gigantesca caja fuerte llena la pantalla; después, en primer plano, una mano da vueltas a la cerradura. La pesada puerta se abre. Surge en la sala una exclamación de sorpresa: oro, diamantes, rubíes, perlas, brillan y resplandecen sobre la pantalla.

«El efecto era alucinante —cuenta un observador alemán—. Todo estaba en desorden, como si se acabaran de verter todos esos objetos, como si unos ladrones sorprendidos acabaran de abandonar su botín. En un momento dado un oficial americano hundió una mano en el cofre y mostró al objetivo collares de perlas, monedas, broches, pedrería y, cosa horrible, ¡dos dientes de oro! La tensión que reinaba en la sala era casi insoportable. Cuando volvió la luz, no nos atrevíamos a mirarnos...»

—Señor Dodd —pregunta el presidente—, ¿podría usted precisarnos cuándo ha sido rodada esta película?

—Por supuesto, señor presidente. Este documento

ha sido filmado en el momento de la llegada de las tropas aliadas a Francfort. Es el espectáculo que se ha ofrecido a sus ojos cuando han penetrado en el compartimento blindado del *Reichsbank*.

Dodd se vuelve entonces al acusado.

—Funk, ésta es una prueba abrumadora contra usted —declara—. ¿Usted ya no niega, espero, la presencia de estos objetos en sus cofres?

—Jamás he tenido conocimiento de estos objetos, lo juro —responde Funk con un tono desesperado—. No pueden proceder más que de depósitos particulares. Y lo repito, ignoraba completamente lo que contenían esos depósitos. No sé a quién pertenecen, ignoro de dónde vienen, no tengo la menor idea de lo que se quería hacer con ellos.

—Su respuesta es muy interesante —observa Dodd con flema—. Pero ¿conoce usted a mucha gente que deposite sus dientes de oro en un banco para guardarlos?

Funk, confuso, baja la cabeza.

—Todos estos objetos que ha visto usted en la película —continúa el abogado general— ¿piensa realmente que pueda aceptarlos un banco?

—No —admite Funk con una voz débil—. Debo admitir que no son los depósitos reglamentarios, es evidente.

—Bien, volvamos a la película. En un determinado momento hemos visto un objeto que, evidentemente, había sido ya fundido. ¿Recuerda usted esto?

Funk hace un signo afirmativo.

—¿Estaba habilitado el *Reichsbank* y equipado técnicamente para fundir estos objetos?

—No lo sé —balucea Funk—. No tengo ni idea de detalles técnicos.

El abogado americano va a enseñar entonces un

documento que dará un giro decisivo al proceso del antiguo director del *Reichsbank*.

La declaración de Emil Puhl

El documento presentado por el abogado general Dodd es un testimonio recogido unos días antes, el 3 de mayo de 1946, en Baden-Baden. Emil Puhl, que fue adjunto directo de Walter Funk durante todos los años de la guerra, abruma a su antiguo jefe.

«Yo, Emil Puhl, declaro bajo juramento:

»1. Me llamo Emil Puhl. He nacido el 28 de agosto de 1889 en Berlín... En 1939 he sido nombrado vicepresidente del *Reichsbank*. He conservado este título hasta la capitulación de Alemania.

»2. En el verano de 1942, el presidente del *Reichsbank* y ministro de Economía, Walter Funk, tuvo una entrevista conmigo y más tarde con Friedrich Wilhelm, un miembro del directorio del *Reichsbank*. Funk me dijo que había firmado un acuerdo con Himmler: el *Reichsbank* guardaría las joyas y el oro de la S.S. Funk me ordenó que tomara las medidas necesarias con Pohl, que era jefe del departamento económico de los campos de concentración.

»3. Pregunté a Funk sobre el origen del oro, de las joyas, de la plata y de otros objetos que habían sido entregados por la S.S. Funk respondió que se trataba de bienes confiscados en los territorios ocupados del Este y que no tenía que hacer preguntas. Me opuse a que el *Reichsbank* aceptara estos valores. Funk me dijo que era necesario llevar a cabo los acuerdos precisos para encargarnos de ellos y que había que guardar en secreto el asunto.

»4. Llevé a cabo entonces los acuerdos necesarios para encargarnos de los valores con empleados

competentes que se ocupaban de las cajas y de las cajas fuertes. En el curso de la siguiente entrevista di cuenta al directorio del *Reichsbank* de las medidas que habían sido tomadas. El mismo día me llamó Pohl y me preguntó si estaba al corriente del asunto. Me negué a hablar por teléfono de esto. Vino entonces a verme y me dijo que la S.S. había preparado algunas joyas para darlas a guardar al *Reichsbank*. Tomé con él las medidas necesarias y desde entonces se hicieron entregas de cuando en cuando, desde agosto de 1942 hasta los años siguientes.

»5. Entre los objetos cogidos por las S.S. había joyas, relojes, monturas de gafas, empastes de oro y grandes cantidades de otros objetos que las S.S. había arrebatado a los judíos y a los demás detenidos de los campos de concentración. Supimos esto porque las S.S. intentaban convertir este material en metálico y, con el permiso de Funk, exigían la ayuda del personal del *Reichsbank*. Además del oro, las joyas y otros objetos de este tipo, las S.S. entregaron divisas y valores que debían haber adquirido de la misma manera. En lo que concierne a las joyas y al oro, Funk —me dijo Himmler— había llevado a cabo acuerdos según los cuales el oro y los «stocks» obtenidos por la venta de estos objetos serían entregados en una cuenta en la caja del Estado.

»6. Ejerciendo mis funciones, visitaba de cuando en cuando los cofres del *Reichsbank* y veía lo que se encontraba en ellos.

»Funk hacía lo mismo.

»7. Por orden de Funk, el banco de descuento del oro creó igualmente una cuenta corriente que al final se elevaba a 10 ó 12 millones de marcos y que estaba a la disposición del departamento económico de la S.S. para financiar la fabricación de materiales en

fábricas dirigidas por S.S. cuyos obreros eran prisioneros de campos de concentración.

»Declaro de corazón y con mi conciencia que todo lo que acabo de decir es verdad.»

Las macabras entregas de la S.S.

Dodd ha leído el documento de un tirón. Levantando la cabeza, se dirige de nuevo a Walter Funk.

—Ahora que usted conoce esta declaración —exclama—, ¿qué tiene usted que decir al tribunal sobre lo que pasaba entre la S.S. y su banco?

Funk está literalmente abrumado por la declaración de su antiguo adjunto. El hombre al que durante años le había dado su confianza acababa de traicionarle. Pero Funk no se da por vencido.

—Esta declaración de mi adjunto es falsa —dice—. He hablado con él de este asunto del depósito del oro dos veces quizás. No me ha dicho jamás ni una palabra de piedras preciosas o de joyas. No puedo sino repetir lo que he dicho en la primera audiencia, es decir, que el señor Puhl me ha informado un día de que un depósito de oro de la S.S. se encontraba allí. Más tarde, es exacto (me acuerdo ahora, lo había olvidado porque no había concedido jamás mayor importancia al asunto), he hablado al *Reichsführer* de la pregunta de Puhl y le he preguntado si esto podía ser utilizado por el *Reichsbank*. Ha aceptado. Pero, ni siquiera con el *Reichsführer*, no he hablado jamás de joyas o de piedras preciosas o de relojes o de otras cosas de este tipo; no he hablado más que de oro.

—¿Qué diría usted —pregunta Dodd— si le anunciara que Puhl ha afirmado que el banco ha recibido en total 77 entregas de la S.S.?

—Puede ser exacto —responde Funk—. Jamás se me ha informado de esto. No sé absolutamente nada al respecto.

Pero el abogado general americano, implacable, ha sacado ya un nuevo documento de su expediente. Se trata de una carta dirigida al Monte de Piedad de la ciudad de Berlín por el *Reichsbank* y fechada el 15 de septiembre de 1942...

Las entrevistas Funk-Himmler

El abogado general Dodd presenta al tribunal este documento. Se trata de una lista impresionante: 247 anillos de platino y de plata, 154 relojes de oro, 2.000 pendientes, 13 broches de brillantes, 324 brazaletes-reloj de plata, 12 candelabros de plata, 187 perlas, 4 brillantes, tenedores, cucharas, cuchillos y 160 dentaduras con partes en oro! Todos estos objetos habían sido enviados por el *Reichsbank* al Monte de Piedad de Berlín, acompañados de la nota siguiente: «Les enviamos estos objetos de valor rogándoles que los utilicen lo mejor posible.»

Dodd intenta saber quién había firmado esta carta y autorizado el envío. Pero el acusado continúa afirmando que lo ignoraba todo. El abogado general, diestro en esta táctica, vuelve al ataque incansablemente. Quiere conocer ahora el contenido de las entrevistas que Funk ha tenido con Himmler. Al principio, el acusado ya no se acuerda de estos encuentros; después intenta presentarlos como conversaciones anodinas. A pesar del encarnizamiento de Thomas J. Dodd, el antiguo ministro del Reich no da la mínima precisión sobre sus entrevistas con el *Reichsführer* S.S. Tergiversa y se sustrae a las preguntas molestas. Sin embargo, el contenido de estas

entrevistas es capital: ¿Estuvo Funk al corriente de la masacre de millones de personas en los campos de la S.S.? ¿Sabía el origen exacto de estos objetos que son reunidos en los sótanos del *Reichsbank* durante los tres últimos años de la guerra?

Funk se hunde y llora

10 de mayo. Es el último interrogatorio llevado por Thomas J. Dodd. La última oportunidad para el abogado de arrancar a Funk los secretos de los fondos nazis.

—Funk, hoy no le interrogaré. Quiero evocar con usted una escena penosa que ha tenido lugar hace unas semanas. ¿Recuerda usted la declaración del comandante de Auschwitz, Rudolf Höss?

—No muy bien —responde Funk.

—Voy a ayudarle. Höss ha evocado uno de sus encuentros con Himmler. ¿Se acuerda usted de la fecha de este encuentro? ¿Del tema de esta entrevista?

Febrilmente, el acusado hace gestos negativos.

—Bien, voy a recordarle los hechos. Höss ha afirmado haber recibido de Himmler órdenes precisas concernientes a «la solución final» en diciembre del año 1942. Curiosa casualidad, ¿no es verdad, Funk?

El acusado está visiblemente nervioso. Su voz tiembla. Acompaña su declaración con gestos bruscos.

—Ya no me acuerdo de todo esto. No sé nada de los asuntos que han tenido lugar en el *Reichsbank*; no estaba al corriente de nada, ni de las fechas, ni del contenido de los depósitos. Se lo he dicho cien veces: saber que el *Reichsbank* se ha ocupado de asuntos de tal importancia es nuevo para mí...

La emoción del acusado impresiona a los asistentes. ¿Dice Funk la verdad? ¿Es posible que haya ignorado todo?

—Quisiera recordar al jurado —dice entonces Dodd— que el acusado, que pretende ahora no tener ningún recuerdo de la declaración de Höss, se ha hundido dos veces durante este interrogatorio. Ha dicho incluso, cito sus propias palabras: «Soy culpable». Funk, ¿es exacto?

—Sí —responde Funk—, es exacto.

—Curiosa declaración, señores del jurado, ¡cuando el acusado pretende haber ignorado todo! Funk, ¿puede explicarnos lo que ha querido decir?

«Sangre pegada a la plata»

«Este fue el momento más emocionante del proceso —escribe al día siguiente el periodista John Kübrick—. El único momento en el que el acusado Walter Funk llegó a provocar en el público cierta compasión. Teníamos delante a un hombre gastado, al borde de sus fuerzas. Empezó por declarar: “El interrogatorio de Höss ha sido para mí una revelación. Ignoraba que pasaban tales cosas en Alemania. Es por lo que no he podido retener las lágrimas. Es por lo que he pronunciado estas palabras: “Soy culpable”».

»Pero el abogado no aceptó esta respuesta evasiva. Suplicó al acusado que confesara, que liberara su conciencia del peso de los remordimientos que le oprimían. La sala retenía el aliento. “No puedo decir más de lo que he dicho”, gimió el acusado.

»Fue entonces cuando el abogado pronunció esta frase terrible: “Funk, había sangre pegada en la plata que usted guardaba, y usted lo sabía.” Así ha termi-

nado este cuarto día de interrogatorio. Dos oficiales americanos han llevado al acusado, agotado, a su celda.»

Transferencias de dinero al extranjero

En este quinto día del proceso, el abogado general americano Thomas J. Dodd es sustituido por el abogado general soviético Raginsky. Este hombre, de apariencia jovial, va, sin embargo, a asestar fuertes golpes al acusado. Intenta obtener de Funk explicaciones concernientes a sus funciones de ministro de Economía. Intenta más especialmente dilucidar el papel desempeñado por el muy misterioso despacho VI-Wi.

—Señor Funk —empieza Raginsky—, después del interrogatorio tan bien llevado por mi colega Thomas Dodd, no tengo más que algunas preguntas que hacerle. Supongo que usted conocía la organización de su propio ministerio. No perdamos tiempo en discusiones. Uno de los servicios de su ministerio, el despacho VI, ¿estaba dirigido por el subsecretario de Estado von Jagwitz?

Funk se estremece ante el enunciado de esta pregunta. La aparición del nombre de Jagwitz apura de una manera manifiesta al acusado. En efecto, von Jagwitz no es solamente el subsecretario de Estado para la Economía y el responsable del despacho VI-Wi. Es un personaje importante, mezclado en todas las transacciones subterráneas, el hombre de la famosa conferencia de Estrasburgo, el que guarda los secretos más protegidos del III Reich agonizante, precisamente los de las transferencias efectuadas desde agosto de 1944 hasta el final de la guerra. Y von Jagwitz no actuaba solo. Tenía el beneplácito,

como se sabrá más tarde, de Himmler, de Bormann, de Funk y de todos los financieros y los industriales mezclados en el complot de Estrasburgo. Funk no responde en seguida a la pregunta de Raginsky. Se escuchan murmullos en la sala. El presidente, con voz enojada, pide silencio.

El abogado general soviético vuelve a la carga.

—¿Puede usted decirnos exactamente el papel desempeñado por von Jagwitz en este despacho VI-Wi? ¿Por qué un secretario de Estado tenía que ocuparse de un servicio que dependía de la S.S. y de Himmler? O entonces, ¿debemos deducir que la S.S. y el Ministerio de Economía tenían intereses comunes? Usted no puede eludir indefinidamente mi pregunta. ¿Este despacho se ocupaba mucho de las relaciones económicas con el extranjero?

—Sí, quizás, pero ya no me acuerdo —responde Funk con apuro.

—Voy a ser preciso —continúa el delegado soviético—. ¿Este despacho se ocupaba de las transferencias al extranjero, sí o no?

—No entiendo su pregunta —responde Funk tratando de ganar tiempo—. Todos los problemas de exportación eran controlados, pienso, por el Ministerio de Asuntos Extranjeros.

La sala, intrigada, escucha con atención estas respuestas sibilinas. Toda la asistencia presiente confusamente la extrema importancia del diálogo entre Raginski y Funk. Pero lo esencial se les escapa. El acusado y el acusador dan la impresión de no decir, uno y otro, más que una parte de lo que saben.

El abogado general soviético abandona entonces su sitio y se dirige hacia Funk para llevarle el organigrama del Ministerio de Economía. Sobre el

plano le indica el despacho VI que lleva el nombre de «Despacho de relación con el extranjero». Funk ya no puede negar...

—Me acuerdo ahora —afirma—. Se trata de un despacho que ha sido creado personalmente por von Jagwitz. Este último, antes de entrar en mi ministerio, mantenía relaciones activas con el Ministerio de Asuntos Extranjeros. Ha creado efectivamente, como podría decirse, un despacho de enlace encargado de ocuparse de los problemas económicos que se plantearan en el extranjero. Este despacho es obra personal de von Jagwitz.

Uno de los hombres claves de la conferencia de Estrasburgo

En efecto, Eberhard von Jagwitz es uno de los hombres claves de la conferencia de Estrasburgo: esta conferencia en la que se concluyó el pacto definitivo entre el régimen nazi y los industriales alemanes, donde quizás fue decidida la suerte del tesoro nazi.

La sala empieza a comprender los intentos del abogado general soviético: hacer confesar a Funk que él ha sido el hombre enlace entre la industria y el partido nazi y que el despacho VI-Wi no era otra cosa que el servicio encargado de efectuar inversiones en el extranjero, de hacer pasar el tesoro y de preparar el IV Reich.

Pero Funk no confiesa nada. Insiste en arrojar sobre von Jagwitz la responsabilidad de la actividad de este despacho y en afirmar que lo ignoraba todo. El *Reichsbank* y el Ministerio de Economía, deja entender al tribunal, no han colaborado jamás con los S.S.

El testimonio de Schellenberg

Pero las afirmaciones de Funk se descubren como falsas en seguida. En efecto, durante los años de la guerra ha existido, sin duda alguna, una colaboración entre la S.S. y el Ministerio de Economía.

Schellenberg, el antiguo jefe S.S. del contraespionaje alemán, escribe en sus *Memorias*:

«Nuestra colaboración con este ministerio se ha efectuado siempre de forma satisfactoria. Teniendo bajo sus órdenes un cierto número de economistas, tenía contactos muy continuados con el despacho VI-Wi, situado bajo la dirección del ministerio de Funk. Una de sus misiones era la de formar agentes especializados en el espionaje económico.

»Pero este despacho se ocupaba sobre todo de las transferencias de dinero al extranjero: se trataba de comprar empresas industriales en los países neutrales, de fundar establecimientos bancarios camuflados. Estas operaciones nos permitían conseguir un doble fin: obtener informaciones militares y políticas, y también importar, gracias a estas empresas, las materias primas necesarias para la industria y de las que teníamos una gran escasez. Además, el personal de estas empresas y establecimientos garantizaba en determinadas circunstancias misiones de espionaje.

»Todas estas operaciones necesitaban evidentemente un presupuesto considerable. Pero debo reconocer que es gracias al ministro Walter Funk el que yo pudiera disponer de tan importantes medios. Personalmente mantuve relaciones excelentes con él.»

El antiguo ministro fue ampliamente interrogado sobre estas «transferencias de última hora», según la propia expresión del procurador americano. Pero

Funk no dio jamás la mínima aclaración sobre este tenebroso asunto.

Fue condenado por el tribunal internacional de Nuremberg a cadena perpetua, y liberado en 1957 por razones de salud.

Incluso en libertad, Walter Funk continuó sin hablar. Su muerte tiene lugar en mayo de 1960, a la edad de setenta años. Este anciano habrá llevado a su tumba algunos de los más terribles secretos del Reich...

El proceso de la Wilhelmstrasse

Dos años después del gran proceso de Nuremberg, se abren otros procesos en las cuatro zonas de la Alemania ocupada.

Entre estos procesos, el de la *Wilhelmstrasse*, equivalente alemán del Quai d'Orsay. Es en esta calle, en efecto, donde tiene su sede el Ministerio de Asuntos Extranjeros del III Reich.

A lo largo de este proceso, que durará desde 1948 hasta abril de 1949, los americanos hacen comparecer a cuatro ministros, siete secretarios de Estado, al vicepresidente del *Reichsbank*, Emil Puhl; al jefe del contraespionaje nazi, Walter Schellenberg, y a numerosos altos funcionarios nazis.

El proceso de la *Wilhelmstrasse* viene precedido por una ruidosa campaña de prensa. «Por fin —anota el periodista inglés Hugh Hopkins—, se van a descubrir las misteriosas transferencias realizadas por los nazis antes del final de la guerra y se va a conocer a los verdaderos personajes que han manipulado las prodigiosas riquezas acumuladas por el III Reich y jamás encontradas por las autoridades aliadas.»

El chantaje de Goering

Desde la apertura del proceso, el procurador americano Robert Kempner se interesa en conocer los orígenes del famoso «tesoro secreto» de Ribbentrop.

—¿De dónde provienen las reservas de oro de la *Wilhelmstrasse*? —pregunta al jefe de la división del presupuesto en este ministerio, Josef Schwager.

—Poco tiempo después de la derrota de Francia —responde Schwager— he sido encargado por el *Ministerialdirektor Schröder* de pedir 25 millones de marcos oro al *Reichsbank*. Siguiendo el deseo de Ribbentrop, el *Reichsbank* entregó estos fondos en lingotes de oro en moneda inglesa (igualmente en oro) en sacos de mil soberanos. Mi misión consistía en guardar todo en la nueva caja fuerte instalada en el refugio de la *Wilhelmstrasse*. Solamente Ribbentrop podía disponer de ella.

—Después —pregunta Kempner —, ¿han recibido otros fondos los Asuntos Extranjeros?

—Mucho más tarde (debía ser en 1943) —responde Schwager— tuvo lugar otra transferencia importante: 20 millones de marcos oro, que representaban una parte de las reservas de oro del Banco de Italia. Goering chantajeó a uno de los directores del *Reichsbank* para obtener esta suma, de la que Ribbentrop se apropió una parte, según el procedimiento habitual.

—¿Cuál era el valor de conjunto de estos fondos?

—Cuarenta y cinco millones de marcos oro —responde Schwager sin vacilar.

El juez Kempner se dirige ahora a Schwager y a Schröder:

—¿Recuerdan ustedes los ingresos que se han efectuado y en qué época?

—Me acuerdo de tres sumas importantes —dice Schwager—. Madrid, cinco millones; Ankara, tres millones; Estocolmo, dos millones.

—¿Cuánto oro quedaba en Berlín al final de la guerra? —pregunta Kempner.

—Después de la retirada de 15 ó 16 millones —responde Schwager— debía quedar un valor de 29 a 30 millones de marcos oro, de los cuales la mayor parte en oro y el resto en divisas.

«¡Todos los documentos deben ser destruidos!»

El procurador Kempner quiere saber lo que ha ocurrido con este último tesoro al final de la guerra. Plantea primero la pregunta a Hans Schröder. Este último es el que dirige al personal y parte de los servicios administrativos de la *Wilhelmstrasse*. Es, además, amigo personal del ministro y su brazo derecho. Ribbentrop le ha confiado siempre las misiones más secretas y más delicadas. Sin embargo, Schröder parece no saber nada. No se acuerda... Ha olvidado lo que ha ocurrido con el tesoro. Y sobre todo, dice, no ha conservado ningún documento.

Las declaraciones de Schröder provocan murmullos en la sala. El propio presidente Taylor manifiesta cierta irritación: el *Ministerialdirektor* no convence a nadie.

Entonces el procurador Kempner se dirige a su subordinado, Josef Schwager.

—¿Qué ha ocurrido con este oro? —pregunta.

—Al final de 1944 —responde Schwager— el *Ministerialdirektor* ha venido a mi encuentro; me ha dicho, de parte de Ribbentrop, que todos los documentos relativos a los fondos oro debían ser destruidos (existían tres refugios de contabilidad), y que debía

dar por escrito la confirmación de que la orden había sido bien ejecutada. Recordando al señor Schröder sus responsabilidades y las mías, le insté a autorizarme tácitamente la conservación de mi ejemplar personal, que contenía las órdenes de Ribbentrop y los recibos de los ingresos. Me respondió: «¿Sabe usted que arriesgamos la cabeza?» «Sí, lo sé —dije—, pero no me importa.» Reflexionó unos minutos, habiendo comprendido sin duda mis profundas razones. Después me dijo: «Bien, consévelo.» Con lo que yo le entregué un papel en el que estaban escritas estas palabras: «Todo ha sido destruido.»

El suelo se curvaba bajo el peso

Josef Schwager cuenta entonces su huida fuera de Alemania. Al final del mes de abril de 1945 abandona precipitadamente Berlín, llevando con él un cierto número de documentos. «Para justificarme más tarde y asegurar mi defensa», dice. Porque Schwager, como muchos otros, sabe que un día u otro debe comparecer ante un tribunal aliado.

Asegura a su familia y consigue llegar a la región del lago de Constanza. «Un periplo difícil», añade. En efecto, Schwager, durante esta primera semana trágica de mayo de 1945, corre el riesgo de ser atrapado por la Gestapo o la S.S. Cerca de Constanza entrega sus documentos a unos hombres de confianza y les encarga de hacerlos llegar al embajador de Alemania en Berna.

El procurador abandona provisionalmente a Schwager y se dirige a otro funcionario, el consejero de la legación Gottfriedsen, para determinar la fecha en que el otro había sido enviado a Berlín.

—El 3 de mayo de 1945 —declara Gottfriedsen—

fue sacado del sótano bajo la vigilancia del consejo para la seguridad Günther, del secretario de administración Barf Knecht y de varios otros funcionarios. Cada saco era tan pesado que un hombre no podía transportar más de dos a la vez. Contenían libras inglesas, monedas alemanas y francos oro belgas, pero no dólares oro. Los sacos fueron cargados después en dos grandes coches que pertenecían a la sociedad Käses Rundfahrten. Su suelo, enteramente cubierto por los sacos, se curvaba bajo el peso. Algunos se preguntaron si en estas condiciones estaba garantizada la seguridad del transporte, pero, en definitiva, los coches resistieron.

El viaje del tesoro secreto

Subsisten aún numerosos misterios sobre el destino final de este oro. Durante la instrucción los funcionarios de la *Wilhelmstrasse* mezclados en esta transferencia han dado respuestas diferentes y a menudo contradictorias. Algunos periodistas anglosajones explican así estas versiones contradictorias: varios funcionarios de la *Wilhelmstrasse* han sido asociados a las decisiones tomadas en la conferencia de Estrasburgo, cuyos trabajos fueron publicados en Londres en noviembre de 1945. Y cada uno ha llevado a cabo su propia operación.

El procurador Kempner intenta aclarar este asunto y pregunta a Gottfriedsen y a Schröder en qué dirección ha sido enviado el oro.

Esta vez recobra la memoria y se muestra más cooperador. Da ciertas precisiones al tribunal.

—Cerca de seis toneladas y media fueron transportadas al castillo de Salzburgo, que pertenecía a Ribbentrop. Una parte había sido dirigida primero

hacia el Harz y depositada en una casa forestal. La señorita Seiffer, de Asuntos Extranjeros, puede proporcionarle precisiones a este respecto. Es ella la que, a finales de febrero o primeros de marzo, ha acompañado el convoy que transportaba al Harz todo el material evacuado.

Por su parte el consejero Gottfriedsen da otras precisiones. Indica al tribunal que el 15 de junio de 1945 una unidad americana perteneciente al II Ejército se ha ocupado del oro depositado en el castillo de Fuschl. Y Gottfriedsen añade que este oro no fue descubierto por los soldados, sino entregado espontáneamente por los ocupantes del castillo, «con la esperanza —dice el consejero— de que este oro sería restituido, bien a las futuras autoridades alemanas, bien a quien correspondiese».

Las revelaciones de Schröder

El procurador Kempner consulta entonces los documentos entregados por las autoridades militares americanas. Estos documentos confirman las declaraciones de Gottfriedsen, pero establecen también que el oro almacenado en este castillo no ha sido enteramente devuelto por los ocupantes.

En un informe escrito por el oficial responsable de la unidad que había recogido este oro, Kempner descubre que han desaparecido cinco toneladas de oro. Exige aclaraciones a Hans Schröder.

—Habían sido transportadas tres toneladas a Thiringe —responde Schröder—. En marzo de 1945 fueron llevadas a Libenau. Desde allí, una tonelada fue enviada a Isny, otra a Füssen y 300 kilos a Lindau. Con la autorización de Ribbentrop, 700 kilos fueron enviados a la embajada de Alemania en Berna. El 18

de mayo de 1945 he entregado a un capitán americano, del que ignoro el nombre, la factura relativa al oro del lago de Constanza. Un coronel ha venido en persona para hacerse cargo de los fondos depositados en Isny y en Füssen. El oro de Lindau fue secuestrado por unidades del ejército francés.

—¿Y el resto? —pregunta Kempner.

—Sí —responde Gottfriedsen— que cerca de 10 millones habían sido transferidos a la ciudad de Julianka. Es un «refugio» de Asuntos Extranjeros. El oro estaba cuidadosamente disimulado en el sótano de la casa. Madame May se encargaba de su custodia.

—¿Quién es esta Madame May? —pregunta Kempner.

—Madame Maria May, de Asuntos Extranjeros.

El testimonio de una berlinesa

Maria May comparece en el proceso, a título de testigo, el 4 de octubre de 1948.

Kempner la interroga sobre su papel personal en este asunto.

—Se me ha encargado —dice Maria May— del transporte del oro al Schleswig-Holstein. Todo se había desarrollado bien, a excepción de un incidente que había provocado una pequeña revolución: en el curso de la descarga se había abierto un saco, las monedas de oro habían rodado por la calle y se había sorprendido a niños jugando con las que habían caído en la acera. Varias mujeres habían recogido algunas y se preguntaban el modo de disimular su hallazgo. ¡Habían pensado incluso en coser estas monedas en el dobladillo de su vestido! He vuelto a Berlín y he pedido que se lleve el oro a otra parte...

Gottfriedsen ha sido encargado de enviarlo al Holstein. Ha ido aquí y allá, y no ha encontrado nada.

El rastro del tesoro se pierde

La pista del tesoro Ribbentrop desaparece así en el Schleswig-Holstein, allí donde precisamente ha resido el último gobierno del III Reich. El procurador americano plantea múltiples preguntas a los acusados para establecer una relación entre estos dos hechos. Pero las respuestas son evasivas: para Schröder, Schwager y los demás, no hay ninguna relación entre ellos. El oro se ha perdido.

Kempner está intrigado por ciertos viajes realizados por María May al extranjero e intenta saber para quién viajaba así. ¿No le han permitido sus viajes sacar una parte del tesoro al extranjero?

—No —replica vivamente María May—. He ido a España, Francia, Italia y también a Estocolmo, en marzo de 1945. Pero no era por cuenta de Asuntos Extranjeros. Era para sacar a mi hermano de Alemania.

Todos los esfuerzos del procurador Kempner están condenados al fracaso. El rastro del tesoro Ribbentrop se pierde irremediamente. Un periodista soviético acusa al tribunal americano de mansedumbre con respecto a los acusados y reprocha particularmente al procurador Kempner el no haber logrado arrancar a estos «bandidos fascistas» el secreto de su tesoro.

Los cadáveres se multiplican alrededor del lago Toplitz

Mientras se desarrollan estos procesos, prosiguen numerosas búsquedas alrededor del lago Toplitz.

Búsquedas oficiales y clandestinas... No faltan los buceadores aficionados alrededor del lago.

Lo que se busca en el fondo del lago no son solamente el oro y las divisas, sino también esas famosas cajas sumergidas que, nadie lo duda, contienen algunos de los terribles secretos de la Segunda Guerra Mundial.

Al final de noviembre de 1945 las autoridades austríacas y los servicios secretos americanos son alertados por los campesinos de la región. Uno de ellos afirma haber visto buceadores. Pero cuando llegan las autoridades americanas, el 27 de noviembre, no encuentran ya a nadie.

El 17 de febrero de 1946 es la fecha del primer descubrimiento macabro en el lago Toplitz, descubrimiento al que seguirán muchos otros. Ese día se retiran los cuerpos del ingeniero Mayer y el de Pichler. Esta noticia provoca también un gran revuelo. Pichler es el célebre piloto encargado por Bormann de llevar en avión hacia la *Alpenfestung* una parte del tesoro nazi y las cajas que contienen los archivos secretos del III Reich.

En 1952 se retiran del lago otros dos cadáveres. Se trata de dos antiguos nazis: Gert Gehrens y un hombre llamado Keller. La encuesta llevada a cabo por la policía austríaca revela que han sido matados de una bala en la nuca. Pero no se encontrará jamás al asesino.

Una región ideal para el turismo

En 1956 el gobierno austríaco recibe una proposición muy interesante. Un banco sudamericano se propone transformar y abrir al turismo ciertas regiones de los Alpes bávaros. Una vez informados, este

banco estaría más particularmente interesado por la región de Toplitz.

—Esta región es absolutamente ideal para el turismo —declara el encargado de la misión de este banco a las autoridades locales—. Construyendo algunos hoteles alrededor del lago, ustedes atraerán una muchedumbre de veraneantes. Es desolador ver una región tan bella y tan salvaje abandonada de esta manera.

Los trabajos iban a comenzar: se habían colocado sondas alrededor del lago. Oficialmente debían controlar la resistencia de los terrenos sobre los que se iba a construir... Es entonces cuando un periódico local denuncia el escándalo.

«Son simplemente excavaciones lo que se está llevando a cabo en el lago Toplitz —escribió en julio de 1956 el redactor jefe de este periódico, Rudolf Heck—. Con el pretexto de una operación de urbanismo, un banco extranjero está haciendo prospecciones en el demasiado famoso lago de Toplitz. Puede que lo de los tesoros escondidos no sea más que una leyenda, ¡pero es al gobierno austríaco al que corresponde verificarlo y no a los bancos extranjeros!»

Para cortar las protestas de los habitantes de la región el gobierno prohíbe la continuación de los trabajos.

Los buscadores de esponjas

17 de julio de 1959. Ese día reina una intensa actividad alrededor del lago Toplitz. Los habitantes, sorprendidos, ven cómo tres enormes camiones se paran muy cerca de las orillas. Una decena de hombres descienden de ellos y descargan una canti-

dad increíble de material: tiendas, provisiones y objetos extraños cubiertos de lonas.

Con gran sorpresa los habitantes observan a estos hombres que instalan su campo y colocan carteles prohibiendo el paso a los caminos que llevan a sus tiendas. ¿Quiénes son estos hombres?

«Somos periodistas del equipo del gran semanario *Stern* —explica a los campesinos un hombre de unos cincuenta años, delgado y moreno, que se presenta como el jefe del equipo—. Estamos aquí para investigar sobre el tesoro nazi sumergido.»

Esta declaración no sorprende demasiado a los campesinos.

«... Después de la guerra —explica Simon Wiesenthal, creador del Centro de Documentación judío—, innumerables curiosos invadían la región. Todos los fines de semana, armados de picos y palas, llegaban con el saco al hombro... La población había encontrado una sugestiva expresión para designar a estos ingenuos buscadores del tesoro. Les llamaban los *Schwammersucher*, es decir, buscadores de esponjas.»

Pero lo que sorprende rápidamente a los habitantes de los alrededores son las precauciones y el misterio de que se rodea el nuevo y potente equipo.

—El periodista Wolfgang ha venido a pedir autorización para llevar un arma —declara el jefe de la policía local—. Cuando le he preguntado la razón, me ha respondido que estaba muy decidido a desvelar el secreto del lago Toplitz, pero que no estaba dispuesto a correr riesgos inútiles.

EL SECRETO SE DESVELA

**«La lista de los hombres de confianza
del régimen ha sido arrojada al lago
Toplitz...»**

Linzer Volksblatt.

Cuando Wolfgang Löhde llega al principio del verano de 1959 al borde del lago Toplitz, tiene, en efecto, la esperanza de ver finalizada una larga encuesta. Este periodista, ingresado al final de la guerra en el equipo del gran semanario *Stern*, estaba ya desde hacía tres años sobre la pista del misterio del lago Toplitz.

Durante meses intenta entrar en contacto en Perú, en España, en Austria, en Italia, en Yugoslavia y en muchos otros países, con todos los testigos aún vivientes de la inmersión del tesoro.

Según afirma en sus artículos, ha encontrado e interrogado a cientos de personas, ¡y ha acumulado más de 3.600 páginas de documentos! Pretende incluso haber encontrado en Lima al célebre Fritz Swend, agente del servicio secreto encargado de sacar los billetes falsos. Swend le habría confiado

documentos inéditos y proporcionado informaciones precisas.

Todas las indicaciones recogidas durante estos tres largos años de encuesta se resumen en un punto: el lago Toplitz es indudablemente el lugar en el que fue sumergida una parte no despreciable del tesoro nazi, al menos de lo que no estaba ya invertido...

Löhde llegó allí, pues, para lanzarse a una expedición de exploración sistemática del lago.

El equipo de Löhde

Una empresa de este tipo necesita importantes medios de financiación. Gracias a su colaboración regular en el *Stern*, Löhde obtiene de su editor Bucerius un contrato ventajoso. El editor pone a su disposición una suma de 25.000 marcos.

Löhde puede empezar a formar su equipo. Contrata primero a un especialista de perforaciones, Wilhelm Hölzl. Siguiendo los consejos de éste, consigue un aparato de exploración ultrasensible que unos laboratorios suizos acaban de poner a punto.

Löhde toma contacto a continuación con una firma de Kiel, especializada en la fabricación de cámaras submarinas. El director de esta fábrica, Helmut Hunger, se entusiasma por el proyecto y pide a Löhde participar personalmente en la expedición. Para ocuparse de los instrumentos submarinos, sumamente frágiles, sugiere a dos de sus ingenieros: Helmut Vohs y Erich Gükk.

Un químico de Hamburgo, Hermann Determann, se une al equipo.

Todo está dispuesto desde el mes de junio de 1959. Pero el gobierno austríaco, irritado por el exceso de

publicidad realizado por el semanario *Stern* a propósito de esta expedición, duda durante unas semanas en conceder la autorización necesaria. A primeros del mes de julio, por fin, el consejero austriaco Herbert Uray da su aceptación: la exploración puede comenzar.

En las profundidades del lago Toplitz

Los primeros días se dedican a la puesta a punto de los aparatos. Los ingenieros se enfrentan a dificultades inesperadas: encuentran en medio de las aguas una capa de fango que detiene su avance y deteriora incluso algunos aparatos ultrasensibles.

Al cabo de algunos días, sin embargo, el ingeniero Helmut Vohs descubre, cerca de la orilla oeste del lago, siete cajas.

Con infinitas precauciones, Wilhelm Hölzl consigue, el 3 de agosto, subir una de ellas a la superficie. Todo el equipo se reúne para asistir a la apertura de la caja.

Pero la decepción es grande: ¡no reúne más que libras esterlinas falsas!

Durante los días siguientes son sacadas con dificultad otras cajas del fondo del lago. En la apertura de cada una renace la esperanza en el equipo, seguida inmediatamente de la misma decepción: ¡todas las cajas remontadas a la superficie no contienen más que libras esterlinas falsas!

El desánimo se apodera poco a poco del equipo de Löhde. Además, los periodistas reciben cada día numerosas cartas de amenazas, cartas anónimas procedentes de todos los países. ¿Guarda Toplitz realmente un secreto que algunos no quieren que se revele?

Una caja marcada «B9»

«Desde hace semanas el lago Toplitz es el centro de la atención mundial —escribe el periodista del *Stern* Michael Horbach—, exactamente desde el día en que nuestros reporteros han sacado a la luz la primera caja conteniendo libras esterlinas falsas. Exactamente desde el día en que han sacado a la luz los billetes falsos con los que la S.S. quería ganar la guerra. Estos billetes tenían que desaparecer, pero las marcas de esta importante operación no podían ser totalmente borradas... Nuestros periodistas acaban de hacer un descubrimiento aún más sensacional: una caja que contiene todos los documentos secretos de la S.S. sobre la fabricación de billetes falsos, la lista de los agentes, de los fabricantes, de los proveedores. Documentos, en fin, que permiten desconcertar a los que esperaban en 1945 poder retirarse y ser olvidados.»

En efecto, al principio del mes de agosto, el equipo de Löhde acaba de sacar del agua una extraña caja. Sobre su tapadera se puede leer todavía la inscripción a medio borrar: B9. Un poco más pesada que las otras, esta caja pesa más de 100 kilos. Los periodistas se sorprenden inmediatamente del cuidado con que ha sido sellada. Para protegerla de la humedad se la ha envuelto en un embalaje impermeable. Todos estos detalles intrigan al máximo al equipo de Löhde. La apertura de la misteriosa caja se efectúa en presencia del inspector de policía austriaco Rolf von Plotegg, de la Dirección de Seguridad de Graz. Löhde arranca con tenazas las cerraduras oxidadas que sujetan la tapadera; descubre entonces una serie de saquitos impermeables cuidadosamente sellados.

Estos saquitos no serán abiertos más que en los despachos de la Seguridad de Graz. ¡Los documentos que contienen no han sufrido absolutamente nada en catorce años de inmersión!

«¡Centenares de documentos secretos!», titula el *Stern*. Efectivamente, en estos saquitos se encuentran las órdenes destinadas a los agentes de los servicios secretos en Holanda, en Noruega, en Inglaterra; las listas de los objetivos enemigos que hay que volar —aeródromos, buques, estaciones, fábricas—, ¡cientos de carnets de identidad falsos y de documentos secretos concernientes a la fabricación de billetes falsos!

Reacciones en el mundo

La noticia de este descubrimiento es recogida inmediatamente por todos los periódicos del mundo.

«La lista de los hombres de confianza del régimen —escribe el *Linzer Volksblatt*— ha sido arrojada al lago Toplitz por orden de Kaltenbrunner...»

Las cartas de amenaza inundan ahora los despachos de la redacción del *Stern*. Evocan las extrañas muertes sucedidas ya en esta región e intiman al periódico alemán para que cese esta encuesta. El *Stern* vacila: grandes cantidades han sido invertidas para estas prospecciones, miles de carteles, pegados en todas las ciudades de Alemania, han anunciado la serie de artículos excepcionales. El redactor jefe se pregunta: ¿Debe tener en cuenta estas amenazas? ¿O se trata solamente de bravatas imaginarias?

Consulta a Löhde. Este, enterado de lo de las cartas anónimas, pide un plazo para reflexionar. Unos días más tarde ha tomado una decisión: continuará la búsqueda.

«Su misión ha terminado»

Pero las amenazas se hacen más precisas: las cartas anónimas anuncian ahora el día del atentado contra el equipo del *Stern*.

El 14 de agosto de 1949 Löhde recibe de su redactor jefe un telegrama:

«Es imposible una estancia más larga al borde del lago Toplitz. Su misión ha terminado.»

A su pesar, Löhde hace detener los trabajos de búsqueda. Las marcas establecidas en otros veinte puntos del lago por el especialista de sondeos, Wilhelm Hölzl, son igualmente retiradas.

El 16 de agosto de 1959 vuelve a reinar la calma en las orillas salvajes del lago Toplitz.

Pero el brusco silencio impuesto al mismo tiempo alrededor del descubrimiento de la famosa caja B9 no hace más que aumentar el misterio del lago.

«Es por la influencia de determinados grupos financieros alemanes por lo que el equipo *Stern* ha tenido que detener su investigación —afirma el *Volksstimme*—. En todo caso, esto es lo que los periodistas, descontentos por ver sus esfuerzos reducidos a la nada, nos han afirmado.»

Un periódico del Berlín Oeste, el *Telegraf*, afirma incluso que «un representante de una casa de Hamburgo había negociado con la casa editorial del *Stern* la interrupción de la investigación».

Para poner fin a estas diversas interpretaciones, el Gobierno austríaco publica un comunicado oficial:

«Los descubrimientos efectuados en el lago Toplitz han sido confiados a la policía gubernamental austríaca. Aún se encuentran en la sede de la policía de Viena. Ciertas consideraciones nos impiden actualmente autorizar la consulta de estos documentos.»

Y con el fin de apaciguar los rumores, la policía austríaca publica una lista de todos los documentos encontrados.

Pero la duda subsiste. En efecto, algunos periodistas hacen observar que los documentos enumerados en esta lista están lejos de corresponder a un peso de cien kilos...

El testimonio de Swend

Interrogado por el periodista Löhde unas semanas más tarde, en septiembre de 1959, Swend, que es uno de los antiguos agentes del S.D. mejor informados sobre el tesoro nazi, ha declarado:

«Los documentos descubiertos son sumamente importantes. Contienen en efecto números de cuentas secretas. Ahora bien, si se conocieran estos números, podría saberse quiénes son los jefes del III Reich que aún viven. Es suficiente con saber, por ejemplo, que alguien ha retirado dinero para Martin Bormann para tener la certeza de que Martin Bormann vive todavía en alguna parte del mundo... Hay varios jefes nazis ocupando actualmente puestos importantes en las administraciones de Alemania del Este y del Oeste, así como en la administración austríaca. Son ellos los que se han opuesto a la continuación de la búsqueda del lago Toplitz, donde quedan todavía cuarenta cajas. Es fácil de entender: en esas cajas se encuentran secretos que destruirían más de una carrera política de la postguerra...»

Pero cómo puede creerse a este hombre que, algunos meses después, no dudará en declarar a otro periodista:

«Löhde ha sido comprado..., ha hecho mucho dinero con estos reportajes. Pero todas las informa-

ciones sobre el lago Toplitz las ha conseguido por mí.»

De hecho continúa el misterio sobre la caja B9 y las otras cajas que han quedado en el fondo del lago. Pero el equipo de periodistas del *Stern* habrá permitido al menos alejar la legendaria maldición del lago Toplitz: se han arrebatado cajas a sus aguas y no ha sobrevenido ninguna muerte.

¿Bombas submarinas dispuestas para estallar?

El tesoro nazi no deja de ejercer su atractivo. Así, unos meses después de la tentativa del *Stern*, el buceador Riegel confía a un periodista de Viena el 12 de febrero de 1960:

«En el fondo del lago Toplitz quedan todavía veinte cajas del tesoro de Hitler. Unas contienen lingotes de oro. Exactamente, 1.080 kilos. Otras encierran los expedientes de las cuentas bancarias secretas de las personalidades nazis, cuentas que se elevan a 15.000 millones de marcos. Estamos decididos a intentar recuperarlos... Ciertamente se han multiplicado las amenazas alrededor de este lago... Algunos oficiales de marina alemanes que habían revelado la existencia de cajas en el fondo del lago habían afirmado que estaban allí atadas bombas marinas que explotarían si se tocaban.»

Riegel, un enérgico quincuagenario, parece decidido a afrontar todos los peligros. Antiguo hombre-rana, acostumbrado a este tipo de expediciones, piensa poder superar, gracias a su experiencia, las dificultades técnicas. Instalado en Austria desde hace dos años, ha formado y entrenado a un grupo de buceadores. Estos hombres no tienen más que un objetivo: encontrar el resto del tesoro hundido.

«Si lo consiguen —añade un periodista vienés— serán muy ricos... ¡Pero es probable que los documentos secretos que saquen causen un trastorno considerable a mucha gente! ¡Y no solamente a alemanes!»

Una semana más tarde, el 19 de febrero de 1960, el equipo de Riegel intenta una primera inmersión: no rescata más que pequeños paquetes de 10, 20 ó 30 libras esterlinas falsas.

Un mes después, el 20 de marzo de 1960, provistos de aparatos más perfeccionados que permiten llegar a una mayor profundidad, los hombres exploran otro rincón del lago.

—Estamos decididos a llegar hasta el final —declara Riegel.

Pero estas búsquedas son bruscamente interrumpidas por la policía austríaca. En efecto, el 10 de mayo de 1960 ha sido encontrado un hombre muerto en la orilla del lago. Los habitantes de la región están convencidos de que este hombre ha intentado recuperar solo el tesoro hundido y que ha sido matado por las famosas bombas submarinas. Un cierto pánico reina en la región. El lago es llamado en adelante «lago de la muerte». Es entonces cuando las autoridades austríacas deciden llevar a cabo sus propias búsquedas.

«Un máximo de publicidad»

«Después de haber dudado durante años en iniciar una acción oficial en el lago Toplitz —declara un despacho del A.F.P. fechado en 16 de octubre de 1960— el Gobierno austríaco parece decidido ahora a dar un máximo de publicidad a las operaciones. Estas empezarán sin duda la semana próxima.»

Entretanto, la policía austríaca refuerza sus medidas de seguridad en toda la región. Vigilantes de noche equipados con lámparas superpotentes están situados por todas partes alrededor del lago.

Al final del mes de octubre de 1960 comienzan por fin las investigaciones oficiales. Toda la región está rodeada de imponentes fuerzas de policía. Ningún periodista está autorizado a acceder a la zona declarada provisionalmente «zona prohibida».

Los habitantes afirman que hombres-rana pertenecientes a la policía austríaca han recuperado dos o tres cajas. Ningún comunicado oficial, sin embargo, confirma estos rumores.

«Se pregunta uno —escribe el periódico vienés *Wiener Xurier*— por qué la policía guarda silencio sobre las búsquedas que acaban de finalizar en el lago Toplitz. Desde hace algunos días rumores insistentes dejan entender que han sido descubiertas varias cajas de documentos... ¿Qué contienen estos documentos? ¿Qué se espera para levantar el velo de este misterio? Algunos dicen que el gobierno austríaco, al negarse a publicar estos documentos, trata de proteger a determinadas personalidades.»

El «máximum de publicidad» prometido inicialmente por las autoridades austríacas se ha transformado repentinamente en un silencio total.

«La cámara curiosa»

Pero el lago Toplitz no parece ser el único lago en el que los nazis habían sumergido divisas y documentos.

En efecto, el 3 de julio de 1964, con ocasión del rodaje de una emisión televisada, *La cámara curiosa*, unos buceadores checos descubren en el fondo del

lago Negro varias cajas: cada una de ellas tiene 56 centímetros de largo, 47 centímetros de profundidad, 29 centímetros de ancho y pesa entre 70 y 80 kilogramos.

El lago Negro está situado en Checoslovaquia, en el sudoeste de Bohemia. Una región poblada de leyendas.

«Cuando me acerco al lago Negro —declara un habitante de la región— siempre tengo miedo... Se diría que el bosque está muerto... En el agua se ven troncos y raíces. El bosque se conserva aquí, pero tiene un extraño color rojo. Incluso a los animales no les gusta este lugar. Huyen de él.»

Al extraer estas cajas del lago, los buceadores piensan que se trata de «cajas de explosivos procedentes de la Segunda Guerra Mundial». Pero su examen revela algo muy distinto.

Dos semanas después de este descubrimiento, el 16 de julio, las autoridades checas publican el siguiente comunicado:

«Las cajas descubiertas el 3 de julio pasado en las aguas del lago Negro han resultado estar llenas de documentos nazis. Estos documentos han sido entregados a expertos para su examen...»

El 3 de septiembre el historiador Antonin Snejdarek, uno de los expertos nombrados por el gobierno, declara a la televisión checa, de la que ya hemos señalado el anuncio esencial:

«Hasta ahora no se habían encontrado los archivos de los servicios de seguridad del Reich que estaban buscando los servicios de información de toda Europa. Pues bien, hoy una parte de estos archivos está en nuestro poder...»

¿Cómo han ido a parar estas cajas al lago Negro?

La respuesta es dada en el curso de una conferen-

cia de prensa, el 15 de septiembre de 1964, por el ministro de Interior checo, Lubomir Strougal:

«Conforme a las órdenes recibidas por ciertos dirigentes nazis en Estrasburgo, el 10 de agosto de 1944, unidades especiales, generalmente S.S., fueron enviadas a diversos lugares con la misión de transportar y dejar en puntos previamente escogidos el material que no debía caer en las manos del enemigo, especialmente del Ejército Rojo. Estamos prácticamente al corriente de dos transportes, uno procedente de Berlín y el otro de Praga, que contenían con toda seguridad un botín de objetos de valor y de importantes documentos de diversas secciones del R.S.H.A. Es seguro que estos convoyes tenían como destino lo que se llama «fortaleza de los Alpes» o, mejor dicho, los lagos de los Alpes... A causa del desplazamiento del frente, los transportes procedentes de Berlín y de Praga no han podido dirigirse según los itinerarios y los plazos previstos y han sido diseminados probablemente en pequeños grupos que han perdido el contacto entre ellos..., lo que explica la presencia de las cajas sumergidas precipitadamente en el lago Negro.»

La lista de los espías nazis en el Oeste...

Con ocasión de esta conferencia de prensa, el ministro del Interior checo da una primera lista de documentos. Otros detalles son publicados aquí y allá, por la prensa rusa, alemana del Este o austriaca. Por fin, durante mi estancia en Praga en abril de 1972, he interrogado extensamente a algunos de los protagonistas de este asunto: el hidrobiologista Hruska, el ingeniero Dvoracek y dos buceadores que pertenecen al club de buceo Svaram, de Praga.

Ciertamente no han sido publicados todos los documentos del lago Negro, no lo serán jamás. Pero, desde ahora, los que lo fueron aportan precisiones sobre el funcionamiento de la Oficina Central de Seguridad del Reich y también revelaciones inéditas.

La inmensa mayoría de los documentos de Praga provienen de los dos servicios claves del R.S.H.A.: la sección dirigida por Müller (Gestapo) y la sección VI, dirigida por Schellenberg (contraespionaje, espionaje en el extranjero y sabotajes). No hay que decir que esta cosecha de archivos secretos constituye una fuente muy rica para la historia del nazismo. Varios de estos documentos conciernen a la «solución final» del problema judío: así, cartas intercambiadas en enero de 1942 entre Goering, Heydrich y Frank. Un expediente especial de la sección VI se refiere a la concentración de deportados y de futuros mártires judíos en el «ghetto» de Terezin. Otros documentos se refieren al espionaje en Italia, en Holanda, en Bélgica. Otros dan informaciones precisas sobre los sistemas de códigos y de cifras utilizados por los espías nazis.

Un amplio expediente se refiere directamente a Francia. Se titula: Despacho I Oeste para las informaciones en el frente. Realizado por la *Abwehr* (servicio de información militar del ejército) y entregado el 22 de julio de 1944 al R.S.H.A., este expediente proporciona numerosas indicaciones sobre la implantación de espías nazis que ejercen aún su actividad en las regiones francesas ya liberadas por los aliados. Los nombres de estos espías, sus zonas de acción, sus indicadores e incluso sus presupuestos están precisados en este expediente. ¡Suficiente para enviar al celotón de ejecución a decenas de hombres y mujeres!

El antiguo embajador del III Reich en el gobierno de Vichy, Otto Abetz, es citado en este expediente con frecuencia. Su actividad en Francia entre 1934 y 1939 se describe aquí ampliamente, así como las razones particulares que le han llevado al grado de *Brigadenführer* S.S. Antes de ser el diplomático «correcto», Otto Abetz había sido durante los cinco años anteriores a la guerra el organizador minucioso del espionaje nazi en Francia.

Los comunistas «explotan»

Un mes después de mi estancia en Praga he encontrado, en mayo de 1972, en Roma, a un oficial americano destinado en los servicios de información de la O.T.A.N. Este oficial formó parte de un grupo del C.I.C. en el momento de la derrota alemana.

—Los documentos de Praga son de una importancia histórica extrema —me ha afirmado—. Se buscaban desde hacía años por todas las centrales de información en el Este y en el Oeste... Ciertamente los checos han dado mucha publicidad a este asunto y han publicado incluso expedientes interesantes. Pero éstos son lo que se puede llamar «expedientes muertos», que ya no tienen interés. En cuanto a los expedientes más actuales, o, si usted quiere, operacionales, ¡no se publicarán jamás! Son todavía demasiado útiles. Es fácil imaginar todas las posibilidades que estos expedientes ofrecen a los servicios del Este. Constituyen un medio de presión temible. Los servicios secretos alemanes han enrolado en la época, en los países ocupados, a muchos hombres jóvenes que creían sinceramente en la causa alemana. Algunos de ellos no fueron jamás descubiertos por las autoridades de sus países. ¡Y ahora los

checos encuentran sus nombres! Estos hombres, entonces, no tienen elección si son contactados por los servicios de información comunistas: si no colaboran con ellos, su pasado de agentes nazis se descubre y sus carreras y sus vidas se terminan para siempre... Sí, estos documentos son peligrosos. Estamos persuadidos de que los comunistas los «explotan» actualmente.

Imposible dar una cifra global

El lago Toplitz no tiene, pues, el triste y exclusivo privilegio de esconder en sus aguas sombrías los documentos y los desperdicios de los tesoros nazis sumergidos precipitadamente por los S.S. enloquecidos y sus dignatarios huyendo en los últimos días del conflicto. Y tampoco está sólo el lago Negro. En muchos otros lugares los aficionados a las aventuras y a las inmersiones peligrosas no cesan hasta hoy de buscar estos tesoros con peligro de su vida. La costa de Córcega, donde parece ser que fue escondido el pretendido tesoro de Rommel, ciertos castillos en el norte de Italia, otros lagos en Baviera e incluso... un monasterio en el norte de Irlanda. El tesoro nazi ha excitado muchas imaginaciones. Pero este tesoro, ¿puede valorarse hoy de una forma seria? Después de una encuesta de tres años consagrada a él y a las redes de evasión, me inclino a pensar que es imposible actualmente proporcionar cifras ni siquiera aproximadas, y esto por varias razones:

1. No hay un solo tesoro nazi, sino varios tesoros: el de la S.S., el de Ribbentrop y el del partido nazi, el que disponía Bormann.
2. Los diferentes descubrimientos no fueron clasificados y contabilizados. Fueron obra de america-

nos, ingleses, franceses, austríacos, checos, o simplemente aventuras aisladas.

3. Los rusos no hicieron jamás declaraciones sobre sus propios descubrimientos.

4. En cuanto a los aliados occidentales, publicaron algunos comunicados y proporcionaron ciertas cifras, pero no dieron jamás una valoración de conjunto. El último documento oficial del que se dispone está fechado en 27 de diciembre de 1963.

Surge de una comisión establecida en Bruselas: la «Comisión tripartita aliada para la restitución del oro».

Una comisión discreta

El secretario general de esta Comisión reconocía, en un informe enviado a Jacques Rueff, que todos los esfuerzos realizados para valorar el tesoro nazi no han tenido éxito. Este informe precisa igualmente que una inmensa parte de este tesoro no ha sido encontrada al final de la guerra: estaba ya invertida en bancos y en empresas privadas antes de la capitulación de Alemania. Estas inversiones son completamente legales y se prestan difícilmente a la persecución legal y a la investigación. Por esto es por lo que los trabajos no han podido aplicarse más que al tesoro cogido por los aliados en Alemania.

«Ningún resumen de las actividades de la Comisión —precisa este mismo informe— ha sido publicado hasta el presente por la Comisión o los tres gobiernos francés, inglés y americano...

»Por otra parte, hasta hoy no ha sido hecha pública información alguna sobre la composición de la masa de oro y de divisas recuperadas por los tres gobiernos, que se han hecho depositarios de las mismas,

por la Comisión que administra esta masa por cuenta de estos últimos.

»Hay algunos ecos en los periódicos, en su mayoría inexactos.»

Con doble firma

Cuatro años más tarde, cuando la Comisión tripartita pone fin a sus trabajos, en 1967, no se publica ningún comunicado. El público ignora las sutiles y largas negociaciones iniciadas entre la Alemania Federal, los aliados y Suiza a propósito de esta última secuela del III Reich.

En este mismo año de 1967, en el mes de octubre, un periódico austríaco entrega sus conclusiones sobre el tesoro nazi:

«Las órdenes de Estrasburgo fueron aplicadas al pie de la letra —escribe—. Algunos meses antes de la capitulación de Alemania el aparato nazi designa a numerosos miembros de la Gestapo, de la *Abwehr*, de la S.S. e incluso a industriales y financieros privados para ser los apoderados de innumerables sociedades que se creaban en el extranjero y en las que se invertían fortunas considerables procedentes del saqueo gigantesco de la Europa ocupada. Se habían exigido dos firmas a estos hombres de paja: una para constituir la sociedad, otra para reconocer que ponían el futuro capital de esta sociedad a disposición de la organización clandestina que se crearía tras la derrota.

«Se adoptó el mismo sistema de la doble firma para las cuentas bloqueadas depositadas en los bancos de los países neutrales.

»El botín guardado de esta manera fue valorado en cinco mil millones de dólares.

»La llave de todas estas cuentas y de las sociedades está en manos de los que poseen estas listas. Pero no han sido encontradas todas las listas. Algunas descansan todavía, a pesar de todas las búsquedas, en los baúles guarnecidos con aros de hierro y arrojados en el último minuto a los lagos.»

LA CAPTURA DE LOS JERARCAS

**¿Por qué me envían siempre a este
triste Ribbentrop, en lugar del mucha-
cho sorprendente que es Goering?»**

**W. Churchill
(según testimonio de Hess).**

«Los aliados —declara entonces Anthony Eden en la Cámara de los Comunes— han emprendido la más formidable caza de hombres de la Historia.»

A medida que las tropas francesas, inglesas, americanas y rusas penetran en el interior de las fronteras alemanas, los especialistas de la información militar que les acompañan se entregan, en efecto, a un trabajo encarnizado. La lista de los criminales buscados no deja de alargarse. Primero cien mil, después quinientos mil, ¡luego un millón!

Se llega incluso a esta cifra casi increíble: seis millones de criminales a encontrar, es decir, casi la totalidad de miembros de la Gestapo, del S.D., de la S.S., la mayoría de los militantes del partido nacionalsocialista, del alto mando militar, de la Cancillería del Reich, de las administraciones centrales. ¡La décima parte del pueblo alemán!...

Los jefes nazis se desvanecen en la naturaleza

Para llevar a cabo eficazmente esta caza de nazis, los aliados han formado una Comisión de crímenes de guerra, cuya idea viene de, al menos, dos años antes. Esta Comisión reúne las secciones de espionaje y los criminalistas profesionales agregados a los estados mayores de Eisenhower y de Montgomery. Pero la caza se presenta difícil en medio de una Alemania caótica.

La Comisión publica las fotos de los principales jefes nazis: Himmler, Goering, Ribbentrop, Speer, Hans Frank, Bormann. Son colocadas en todas partes y distribuidas por millares de ejemplares a todos los inquisidores.

Pero los grandes tenores de esta Alemania nazi siguen sin ser encontrados. Se han desvanecido en la naturaleza.

La opinión pública de los países aliados protesta y reclama que se capture, cueste lo que cueste, a estos grandes criminales. Los miembros de la Comisión son desacreditados. Se les reprocha su blandenguería y su poca eficacia. Radio Moscú ataca diariamente a los investigadores occidentales, exigiendo cabezas para cortar. El gobierno soviético interviene oficialmente para empujar a los aliados a adoptar métodos más puros y reforzar los medios de investigación.

Un primer éxito alentador

El arresto de Wilhelm Frick es el primer resultado importante obtenido por la Comisión de crímenes de guerra. El antiguo ministro del Interior del Reich, escondido en los alrededores de Munich, es descubierto por unos oficiales del VIII Ejército americano.

Ciertamente, el ministro Frick no es uno de los más temidos criminales. Pero es, sin embargo, el ministro del Interior del III Reich. Su detención es publicada en primera página de todos los periódicos. La opinión aliada respira: la Comisión ha demostrado por fin su eficacia.

Este primer éxito anima a los investigadores. Las búsquedas se orientan esencialmente hacia dos regiones: el Norte, entre Hamburgo y Flensburg, y el Sur, entre Munich y Berchtesgaden. Flensburg ha sido la sede del último gobierno del III Reich, el del almirante Doenitz. Todos sus dignatarios han acudido allí, después de la muerte del *Führer*, con la esperanza de conservar todavía algunos restos de poder. En cuanto al Sur, podía ofrecer a los escapados nazis los innumerables escondrijos del reducto alpino. Es ahí donde se encontraba el mariscal Goering.

Un molesto apretón de manos

El 9 de mayo, muy de mañana, un oficial alemán se presenta en uno de los numerosos puestos de la 36 división americana, que forma parte de la 7.^a armada.

—Coronel Bernd von Brauchitsch —dice con tono seco—. Vengo en calidad de parlamentario en nombre del *Reichsmarschall* Hermann Goering.

Brauchitsch es conducido inmediatamente hasta el P.C. divisionario donde le reciben el mayor-general Dahlquist y el general Stark. El oficial alemán comunica a los americanos que el mariscal se encuentra en esos momentos en Rodstatt y desea entregarse.

La rendición es, efectivamente, la única solución posible para Goering. Retirado de todas sus funciones, acusado de alta traición por el *Führer* antes de

su muerte, detenido por la S.S., salvado después en el último momento por miembros marginados de la Luftwaffe, el grueso mariscal juega su última carta con esta rendición. A pesar de todas las afrentas que ha soportado, va a intentar presentarse a los aliados como un interlocutor válido e incluso, quizás, como el futuro jefe del Estado alemán. El coronel von Brauchitsch determina con los americanos el momento de la rendición del mariscal.

Algunas horas más tarde, el general Stark y Goering se encuentran frente a frente, junto a una pequeña carretera. Goering sale de su limusina, levanta su bastón de mariscal a modo de saludo y avanza algunos pasos. El general Stark saluda y se aproxima al dignatario nazi. Los dos hombres intercambian un apretón de manos.

Cuando la noticia de este apretón de manos se difunde provoca una verdadera ola de protestas. Radio Moscú estalla: a este vulgar criminal, innoble y barrigón, responsable de horribles sucesos, no hay que tenderle la mano, sino una cuerda para colgarle.

Los periódicos americanos declaran también que «el apretón de manos a este criminal es una ofensa al honor de nuestros muertos». Lord Woolton, ministro inglés de la Reconstrucción, exclama en la tribuna de la Cámara de los Lores. «La guerra no es un partido amistoso que se termina con un apretón de manos.»

En resumen, es el fin de la carrera militar del general Stark.

«¿Cuándo va a llevarme ante Eisenhower?»

Entretanto, el mariscal Goering es muy bien recibido, con los honores de su rango. El mayor-general Dahlquist se entrevista extensamente con él. Seme-

jante acogida da esperanzas al mariscal, que se ve ya «reconocido» por los aliados como representante calificado de Alemania. Entonces se explaya, dando su opinión sobre algunos jefes nazis.

—El *Führer* era pasablemente limitado —declara—. Rudolf Hess, un excéntrico. Ribbentrop, un vulgar crápula. ¿Por qué ha sido nombrado ministro de Asuntos Extranjeros? ¡Misterio! Me han informado de una frase de Churchill que había declarado: «¿Por qué me envían siempre a este triste Ribbentrop, en lugar del muchacho sorprendente que es Goering?». ¡Pues bien, aquí estoy ahora! ¿Cuándo va a llevarme ante Eisenhower?

Pero la llegada del jefe del II despacho del VII Ejército, el coronel Quin, parece romper las ambiciones del mariscal: es encerrado en una casa de Kitzbühl.

Una sorprendente conferencia de prensa

Inmediatamente, una muchedumbre de fotógrafos y de periodistas acude a esta casa. Goering posa complaciente para los fotógrafos, sonríe, se coloca su gorra y responde a las preguntas con su jovialidad acostumbrada.

He aquí el texto estenografiado de esta sorprendente conferencia de prensa censurada durante mucho tiempo.

Pregunta: ¿Era usted el jefe supremo de la Luftwaffe? ¿Es usted pues, sin duda, el que ha ordenado el bombardeo de Coventry?

Goering: ¡Exacto! Coventry era un importante centro industrial y, según mis informaciones, había allí varias bases aeronáuticas.

Pregunta: ¿Y Canterbury?

Goering: Canterbury fue bombardeado según instrucciones venidas de más arriba, en represalia por un ataque británico a una de nuestras ciudades universitarias.

Pregunta: ¿Cuál?

Goering: Ya no me acuerdo.

Pregunta: ¿En qué momento ha comprendido usted por primera vez que Alemania iba a perder la guerra?

Goering: Días después del desembarco de Normandía y la gran penetración de los rusos.

Pregunta: En su opinión, ¿cuál fue el principal factor de esta derrota?

Goering: La ofensiva aérea *Around the clock*.

Pregunta: ¿Se intentó decir a Hitler que la continuación de la guerra se hacía innecesaria?

Goering: Sí, más de una vez incluso. Al menos cuatro generales le han demostrado que nos arriesgábamos a ser derrotados. Cada vez la reacción de Hitler era negativa. No quería oír hablar de esto. Después hizo prohibir toda conversación sobre el tema. En definitiva se negaba a plantearse otra posibilidad que no fuera la de la victoria.

Pregunta: ¿Quién llevaba la responsabilidad de la creación de los campos de concentración y de su abominable régimen?

Goering: Esencialmente el propio Hitler. El personal de la administración concentracionaria, desde los más altos funcionarios hasta los secretarios y los guardias S.S., dependían directamente de él. Los órganos oficiales del Estado eran mantenidos aparte.

Pregunta: ¿Cómo ve usted el porvenir de Alemania?

Goering: Corresponde a los vencedores encontrar posibilidades de existencia y de resurrección para el

pueblo alemán. Si los aliados se muestran incapaces, el porvenir de Alemania y del mundo entero será ciertamente muy sombrío. Evidentemente, todo el mundo desea la paz, pero toda esta buena voluntad puede ser insuficiente.

Pregunta: ¿El mariscal no tiene nada que añadir? ¿Quizá una declaración a título personal?

Goering: Quisiera hacer una llamada a la conciencia mundial: es preciso ayudar al pueblo alemán a vivir y a levantarse. Me gustaría igualmente expresar mi gratitud a este pueblo valiente que ha continuado la lucha, incluso cuando sabía que todo estaba perdido.

Pregunta: ¿Sabe que usted figura entre la lista de los criminales de guerra?

Goering: ¡Primera noticia! No veo realmente por qué razón se habría puesto mi nombre en esa lista.

En realidad Goering ya no existe como personaje político. El hombre al que los americanos acaban de detener no es por lo demás más que un drogado; no encontrará su antiguo vigor de espíritu sino después de haber pasado la desintoxicación penitenciaria.

La mayor batida de la historia

El encarcelamiento de Goering crea el pánico entre los criminales nazis. Comprenden que los aliados van a desplegar todos sus esfuerzos para alcanzarles. Los servicios de seguridad, tanto americanos, como ingleses, rusos o franceses, están ahora considerablemente reforzados. Algunos equipos de búsqueda ven pasar el número de sus agentes de 10 a 20, 30 e incluso, en algunas regiones infestadas de S.S., a 50 ó a 100.

El jefe del II despacho americano reclama cada vez

más medios materiales y hombres para acosar a los dignatarios del III Reich y a sus cómplices. Los numerosos alemanes que fueron perseguidos por los nazis aportan su colaboración a esta búsqueda. La oposición alemana se muestra la mejor auxiliar para descubrir a los S.S. entre estas innumerables cohortes de soldados, prisioneros y civiles que invaden las carreteras. La Comisión de los crímenes de guerra hace igualmente una llamada a los deportados liberados que participan con entusiasmo en la caza de los nazis. Entre ellos se encuentra Simon Wiesenthal, que pronto será célebre en el mundo entero.

Se organiza la mayor batida de la historia.

«Nadie es inocente en Alemania»

Fortalecidas por la victoria, destruyendo todo a su paso, las tropas rusas han inundado Berlín: 263 divisiones de infantería, 85 divisiones blindadas, 400.000 camiones. En total, cerca de tres millones de hombres cantando a pleno pulmón *Llanura, mi llanura*, o cantando con sus «balalaikas» el *Quatuor en re*, de Borodin.

En el seno de esta prodigiosa oleada, treinta equipos de búsqueda, formado cada uno por diez agentes de los servicios especiales soviéticos, rastri-llan la zona este y los alrededores de Berlín, capturan a los S.S., a los hombres de la Gestapo, del S.D., de la *Wehrmacht*, de la *Luftwaffe*, a los militantes del partido nazi, a los funcionarios. Los soldados rusos raramente cogen prisioneros: los que detienen son casi siempre fusilados sobre el propio terreno. Una suerte especial está reservada a los S.S.: son matados con ayuda de las culatas del fusil «Moisin», hundidas, a golpes, en la nuca. La Unión Soviética venga a sus

veinte millones de muertos, sus prisioneros asesinados en los campos de concentración, el saqueo de 1.710 ciudades y 70.000 pueblos. La célebre circular redactada por el escritor soviético Ilya Ehrenburg, distribuida en cientos de miles de ejemplares a las tropas, es aplicada al pie de la letra:

«¡Matad! ¡Matad! Nadie en Alemania es inocente de los crímenes nazis. Ni los vivos, ni los niños por nacer. Aplastad a la bestia fascista en su guarida. Destruid por la fuerza la insolencia racista de las mujeres germánicas. Tomadlas a todas como presa legítima. ¡Matad todo, hombres, mujeres y niños! ¡Soldados gloriosos del Ejército Rojo, matad!»

Ultima tentativa de Himmler

La mayoría de los S.S. intentan, pues, huir de los rusos y alcanzar las regiones ocupadas por los occidentales, de los que esperan más clemencia. Algunos de ellos se acuerdan de las últimas declaraciones hechas por el jefe del último gobierno nazi, el almirante Doenitz: «Nos hemos decidido contra el Este asiático y por el Occidente cristiano.»

De hecho, los occidentales cristianos serán casi tan terribles como los rusos encargados de la misma misión de castigo.

Esta sutil distinción entre los occidentales y los rusos va a mantener durante algunos días las esperanzas de Himmler y de algunos jefes nazis.

Un enviado del *Reichsführer* se presenta a las autoridades americanas en Schivering para hacerles, con toda seriedad, una increíble proposición.

—Tengo el honor de comunicarle —dice— que pongo a la disposición de los aliados, según las órdenes de *Reichsführer*, 20.000 hombres armados

dispuestos a la lucha contra los bolcheviques. Le pido que nos abra camino hacia su cuartel general...

La reacción del oficial americano no es dudosa: el oficial S.S. es detenido en el acto. Esta lamentable tentativa fracasa lastimosamente.

Himmler no se da por vencido. Continúa errando, rodeado de un estado mayor heteróclito, hasta los confines de Dinamarca. Pero el descubrimiento de los campos de concentración le asesta un golpe fatal: en la lista de los criminales de guerra aparece desde ahora como uno de «los mayores criminales de todos los tiempos».

Goebbels muere con su mujer y sus hijos

Entretanto, el mundo entero conoce la noticia de la muerte de Goebbels, de su mujer y de sus hijos, ocurrida el 1 de mayo al final de la tarde, apenas un día después de la del *Führer*, en el «bunker» de la Cancillería.

Antes de morir, el ministro de Propaganda ha ordenado a un médico que ponga una inyección mortal a sus seis hijos. Después ha convocado a su fiel ayuda de campo, el *Hauptsturmführer* S.S. Gunther Schwaegermann.

—Schwaegermann —le dice—, he aquí la peor de las traiciones. ¡Los generales han traicionado al *Führer*! Voy a morir con mi mujer y con mis hijos... Incinere usted nuestros cuerpos. ¿Podrá hacerlo?

Incluso en esta última hora el maestro de la mentira no decía la verdad, es decir, que sus hijos estaban ya muertos desde hacía algunas horas.

Como un buen S.S. disciplinado, Schwaegermann ha aceptado. Va a buscar algunos bidones de gasolina necesarios para la incineración.

A las 22,30 horas, Goebbels y su mujer se han despedido de los últimos compañeros del *Führer*. Después han tomado la escalera que subía hacia los jardines de la Cancillería. Allí es donde un S.S. ha matado a la pareja de un tiro en la nuca. Se han rociado los cuerpos de gasolina y se les ha prendido fuego.

Suicidios y huidas en cadena

Para los quinientos supervivientes del «bunker» no hay en adelante más que dos soluciones: la huida o el suicidio. Numerosos oficiales y generales escogen la segunda. Los generales Krebs y Burdorff ponen fin a sus días disparándose una bala en la cabeza. Los oficiales encargados de la guardia personal del *Führer*, Müller y Schädle, se envenenan. Unos treinta miembros del personal doméstico de la Cancillería, sastres, enfermeras, cocineros, escogen a su vez la muerte. Los rusos que entran en los escombros del «bunker» lo encuentran llenos de cadáveres.

En cuanto a otros, como Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, o Martín Bormann, jefe de la Cancillería del Reich, optan por la huida. Hay muchas posibilidades de que Martín Bormann fuera uno de los que lo consiguieron. La eminencia gris, el hombre más poderoso del III Reich había preparado su huida desde hacía tiempo.

Detención del mariscal Keitel

En Flensburg, el gobierno de Doenitz ha permanecido en funciones tiempo después de la capitulación. Una comisión interaliada controla sus actos, que se reducen a la aplicación de las medidas de

capitulación. Entre estas medidas figura la disolución del *Werwolf*, el «Duende», organización clandestina encargada de prolongar la resistencia a las tropas aliadas. El almirante Doenitz, que acepta todas las decisiones de los vencedores, intenta, sin embargo, aligerar el peso de la derrota.

Uno de los miembros de su gobierno, el mariscal Keitel, es detenido. Doenitz pide explicaciones.

—Ejecuto simplemente instrucciones venidas de arriba —responde el general Rooks, jefe americano de la Comisión interaliada de control.

Se da tiempo al mariscal para que se despida de sus colegas de gobierno. Doenitz le pregunta por qué ha sido detenido.

—Probablemente —responde Keitel— se trata de un asunto que se remonta al mes de abril de 1944. En aquella época, el alto mando de la *Wehrmacht* había ordenado la ejecución de cincuenta aviadores británicos. Yo estaba a la cabeza del alto mando.

La obediencia ciega a las órdenes llevará a Keitel y a sus semejantes a los bancos del tribunal de Nuremberg. Y el asunto más grave, en lo que concierne a Keitel, no es la ejecución de los aviadores británicos... ni mucho menos. El mariscal será colgado por haber encubierto los crímenes cometidos en los territorios del Este por los *Einsatzgruppen*...

«Me avergüenzo de ser alemán»

Cuando, el 22 de junio de 1941, la *Wehrmacht* invade Rusia, son designados por orden del *Führer* destacamentos especiales de S.S. para proteger la retaguardia del ejército y luchar contra los resistentes.

De hecho, su tarea es completamente diferente: los

comandos de Himmler van a masacrar a los judíos, a los resistentes y a los civiles a una escala gigantesca. Las masacres son organizadas fríamente y cometidas con una brutalidad inaudita.

En algunos casos, elementos de la *Wehrmacht* prestan ayuda a los comandos de Himmler.

En los anales de la criminalidad nazi, los *Einsatzgruppen* habrán escrito la página más sangrienta, y esto con el consentimiento de Keitel.

Más tarde, cuando se muestren al mariscal algunos documentos sobre las atrocidades cometidas en el Este, dirá:

—Es terrible; cuando veo cosas semejantes me avergüenzo de ser alemán. Eran esos sucios cerdos de S.S. Si lo hubiera sabido, habría dicho a mi hijo: «Te mataré antes que dejarte entrar en la S.S.»... Pero no lo sabía... No podré jamás mirar a esa gente a la cara...

Remordimientos tardíos y seguramente de circunstancias. Keitel, de hecho, se ha asociado activamente a todas las empresas criminales del nazismo.

Ultimo acto a bordo del «Patria»

La detención de Keitel hace comprender a los otros miembros del gobierno Doenitz que la suya no va a tardar. *Pravda* se manifiesta a diario contra «jeste gobierno fantoche, compuesto exclusivamente de criminales de guerra, a los que es preciso, sin demora, poner contra el paredón sin otro tipo de proceso!» El 17 de mayo las autoridades soviéticas envían una delegación para que presione a los occidentales y les pida la intensificación de la búsqueda de los responsables nazis.

El 22 de mayo, Doenitz y un cierto número de sus

ministros son invitados a dirigirse, al día siguiente, a bordo del barco alemán *Patria*. Esta invitación no deja la menor duda en el espíritu de los dirigentes alemanes: es el final.

El general Rooks hace una breve declaración delante de los miembros del gobierno Doenitz:

—Señores, el general Eisenhower me ha encargado de convocarles para informarles de que el gobierno provisional, así como el alto mando de la *Wehrmacht*, con todos sus miembros, serán tratados a partir de ahora como prisioneros de guerra. Por consiguiente, cada uno de ustedes deberá, desde ahora, considerarse en estado de cautividad. Van a abandonar esta habitación escoltados por un oficial aliado. En sus alojamientos respectivos harán sus maletas y ordenarán brevemente sus asuntos personales.

Cada uno de los ministros alemanes sabe además que figura en la lista de los criminales de guerra. Espera que su detención sea breve, si no termina en algo peor.

«¡Arriba las manos y quitense los pantalones!»

En el mismo momento, un destacamento de soldados británicos irrumpe en la ciudad de Flensburg y llega rápidamente a la sede del gobierno, en la que tiene lugar un consejo reducido de ministros alemanes que no han acompañado a Doenitz a bordo del *Patria*.

La puerta se abre brutalmente. Aparecen los soldados con la metralleta en la mano. Se precipitan sobre los ministros aterrados y los cachean totalmente.

«Todos los rincones de nuestra anatomía fueron cuidadosamente explorados», anota uno de ellos, el flemático Ludde-Neurath.

—¡Arriba las manos y bájense los pantalones!

Los ministros están aturdidos. ¿Qué significa esta orden? Durante algunos instantes dudan. Los soldados ingleses los empujan y los obligan a quitarse los pantalones. Después los echan fuera. La muchedumbre ve en la plaza pública a los dignos miembros del último gobierno nazi en un aspecto lamentable, el pantalón bajado y la camisa al aire. Los secretarios, con las manos en alto, se unen a ellos en la plaza pública.

En el interior del edificio los soldados proceden a un registro minucioso. Se apoderan de todos los expedientes, papeles y documentos que les caen en las manos.

Los prisioneros son evacuados en camiones militares fuertemente custodiados.

El último gobierno del III Reich permanecerá en la historia por este epílogo grotesco.

Ola de suicidios en toda Alemania

Es una buena jornada para los cazadores de nazis: más de treinta dignatarios son capturados de esta manera.

El mismo día, las autoametralladoras británicas invaden la ciudad de Glücksburg. Ahí es donde Albert Speer ha instalado los gigantescos servicios de su ministerio de Producción Industrial.

Los miembros del servicio de seguridad encuentran al ministro de Hitler tranquilamente instalado en su despacho. Les recibe con dignidad. Ningún trastorno, ninguna emoción aparente. Conoce los cargos que pesan sobre él.

—En el fondo, yo no estoy realmente enfadado —dice—. De todas maneras, esto tenía que pasar.

La detención es forzosa. Speer figura entre los principales responsables del régimen nazi.

Los servicios de seguridad detienen igualmente a una de las altas figuras de la marina hitleriana, el almirante Friedeburg. El almirante pide autorización para retirarse unos instantes a los lavabos. Se le concede. Pero pasa el tiempo y el almirante no vuelve. Entonces se intranquilizan. Un soldado llama a la puerta. Silencio. Se echa abajo la puerta. Se encuentra al almirante con la cara violácea; unos restos de una ampolla de cianuro están dispersados a su alrededor.

Pero no sólo se suicidan los almirantes. En esta Alemania destrozada, recorrida en todos los sentidos por los equipos temibles de los cazadores de nazis, cada vez más numerosos y mejor equipados, los suicidios se multiplican. Grupos de jóvenes S.S. se dan la muerte, en medio de las ruinas, en un ritual barroco y fúnebre: se disparan unos a otros en el mismo instante.

Agentes de la Gestapo, industriales arruinados por la destrucción de sus bienes y de sus fábricas, comerciantes que no tienen nada que vender y comprar, niñas y mujeres con miedo a ser violadas, se suicidan también.

Durante las tres últimas semanas del mes de mayo se cuentan 321 suicidios en Düsseldorf, 5.234 en Berlín, cerca de 600 en Francfort, 4.500 en Munich. Numerosos suicidios igualmente en Essen, en Mannheim, en Stuttgart, en Dresde... Una verdadera ola suicida pasa sobre la Alemania vencida. El ejemplo del *Führer* se revela contagioso. Pero estos suicidios no detienen de ninguna manera los esfuerzos de los equipos de seguridad.

La caza continúa...

El arresto de von Papen

Elementos del IX Ejército americano penetran en el Ruhr, llegan al pueblo de Stockhausen, en Westfalia. Los soldados irrumpen en el castillo del conde Max von Stockhausen y lo registran de arriba abajo. Descubren una cabaña aislada en medio del bosque. Un oficial empuja la puerta y declara que todos los ocupantes de la cabaña son prisioneros.

Un anciano muy digno, que estaba tomando su sopa, se levanta ceremoniosamente y se identifica:

—Me llamo Frank von Papen, antiguo canciller del Reich.

—Me da igual —responde el oficial—, apresúrate. Eres prisionero igual que los otros.

Von Papen protesta.

—Soy un anciano. Tengo sesenta y cinco años. Y no tienen ninguna razón para detenerme.

—Figuras en la lista de los criminales de guerra desde hace tiempo —contesta el oficial.

El oficial americano le hace salir de la cabaña. El antiguo canciller mete rápidamente sus objetos personales en un bolso tirolés, se despide de su familia y se deja llevar al «jeep» que le conducirá al P.C. de la división.

Hans Frank se abre las venas...

Después de la captura de von Papen por el IX Ejército, los equipos de búsqueda del coronel Quinn detienen el 26 de mayo a un nuevo elemento en Berchtesgaden, cerca del corazón del reducto alpino donde se atrincheran numerosos S.S.

Ese día los americanos detienen a más de dos mil hombres: soldados de la *Wehrmacht*, oficiales S.S., a

veces incluso simples civiles embarcados por descuido y que son rápidamente liberados. En esta masa humana abatida, desesperada y resignada a lo peor, es difícil distinguir entre criminales e inocentes. El capitán Broadhead da instrucciones enérgicas a los servicios de seguridad para que no dejen de esforzarse en localizar a los nazis buscados. El tatuaje tradicional de los S.S. facilita la tarea: son sistemáticamente detenidos. Para los demás hay que contar con la intuición y la suerte.

En la habitación del capitán Broadhead suena el teléfono. Un oficial informa que uno de los prisioneros ha intentado suicidarse. Se llama, dice, Frank... Hans Frank. Broadhead chilla por el teléfono.

—Hay que hacer lo imposible para reanimarle. Voy en seguida.

Cuando el capitán llega al hospital, vestido con precipitación en medio del campo, encuentra a Frank tendido en una cama, con el brazo izquierdo cubierto de vendas, la cara lívida y la respiración dificultosa.

—Ha intentado suicidarse —exclama el capitán— abriéndose las venas con una hoja de afeitar. ¿Cómo es posible que no le hayan registrado? Todos los prisioneros deben ser registrados... y completamente, la boca, el ano, por todas partes...

El médico lucha como puede para reanimarle. Hans Frank abre los ojos. Se ha salvado... provisionalmente.

La noticia de su arresto da la vuelta al mundo. De todos los criminales de guerra, Hans Frank es, después de Himmler, uno de los más sanguinarios.

Las tribulaciones del ministro Schacht

El arresto de Hans Frank proporciona a la caza de nazis un nuevo impulso, sobre todo en el interior del

reducto alpino y en los alrededores, donde los hombres del coronel Quinn multiplican las patrullas, registran grutas, hoteles, pensiones. Cientos de oficiales S.S. son detenidos y enviados a los numerosos campos de prisioneros controlados por el IX Ejército americano.

Es en esta región donde una patrulla captura un transporte inesperado: se encuentra allí, en efecto, al pastor Niemöller, Franz von Thyssen, León Blum, Edouard Daladier, Paul Reynaud, el general Gamelin, el almirante Horthy y Hjalmar Schacht, antiguo ministro alemán de la Economía..., el cual forma parte de los criminales de guerra buscados.

Schacht informa a los americanos que había sido detenido por la Gestapo en julio de 1944, como consecuencia del atentado contra el *Führer*. Conducido primero por la Gestapo al campo de concentración de Ravensbrück, después a la prisión de Berlín-Moabit, había terminado por ir a parar a uno de los más terribles campos de exterminación nazis: el campo de Flossenburg. El comandante S.S. había recibido órdenes concretas respecto a él: sería preciso fusilar a Schacht en el caso de que las tropas enemigas estuvieran a punto de llegar al campo. Por una vez, los S.S. no han ejecutado una orden. Schacht ha sido trasladado de Flossenburg a Dachau, y de allí al reducto alpino.

Los oficiales registran con interés las últimas tribulaciones de Schacht, que figura en lugar destacado en la lista de los criminales de guerra.

—¿Cuál es mi crimen? —pregunta Schacht— ¿Por qué no me liberan? No comprendo ninguna de sus razones.

—Las comprenderá más tarde —contesta tranquilamente el oficial.

En el reducto alpino

La caza continúa y las detenciones se hacen por decenas. Los comandos franceses, ingleses, americanos y rusos rivalizan en entusiasmo. Todos quieren inscribir el mayor número de criminales en su lista.

Los franceses descubren el 6 de mayo en su sector a uno de los grandes puntales del régimen, el barón von Neurath... El 11 de mayo los rusos se apoderan del ministro de Economía y Finanzas que sucedió a Schacht, Walter Funk.

El 15 de mayo, después de numerosas investigaciones en el reducto alpino, los americanos capturan una pieza valiosa: el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, el gran maestro de los campos de concentración y uno de los hombres más temidos del III Reich, el *Gruppenführer* S.S. Ernst Kaltenbrunner. Al mismo tiempo que a él, detienen a dos coroneles S.S. y un capitán S.S., un total de treinta oficiales nazis, ¡los que habían sido encargados de la defensa del reducto alpino!

La agenda de Kaltenbrunner

«Ernst Kaltenbrunner no esperaba ser detenido —contará más tarde John Hellmett, miembro del comando que le capturó—. Los interrogatorios concienzudos de los jóvenes S.S. detenidos en la misma región nos revelaron que el jefe de los servicios de seguridad del Reich había tomado todo tipo de medidas para escapar a los aliados.

»Había hecho alquilar, por un agente austríaco de la Gestapo, una granja situada a dos kilómetros de la frontera checa. Habíamos visitado esta granja unos días más tarde. En los diferentes edificios se había

depositado un verdadero arsenal. Se encontraban allí, cuidadosamente escondidas, enormes sumas de plata, de oro, de cuadros, de objetos de valor: ¡un verdadero tesoro de guerra! Habíamos encontrado igualmente tres grandes baúles metálicos que contenían papeles personales de Kaltenbrunner, fotos de su familia y una masa de documentos fotocopiados: órdenes secretas de Himmler, una lista personal de los campos de concentración fechada el 8 de febrero de 1945, copias de su correspondencia privada con ciertas administraciones.

»Pero los documentos que han detenido más nuestra atención concernían a los preparativos de su huida. Una huida que Kaltenbrunner preveía ya desde hacía varios meses, exactamente desde enero de 1945. El día 7 de este mes, en efecto, la agenda personal de Kaltenbrunner llevaba la inscripción siguiente: "Encontrado por la mañana a las 10 horas, el *Sturmbannführer* S.S. Horts Schleyer." Pues este Schleyer fue detenido al final del mes de mayo de 1945 por una unidad inglesa, cerca de Bad Ischl. Después de un intenso interrogatorio acabó por confesar que había sido encargado por varios dignatarios nazis para organizar la huida en el caso de que se perdiera la guerra. Entre estos dignatarios figuraba Kaltenbrunner.»

Los documentos del jefe del R.S.H.A. permiten a los equipos aliados de búsqueda detener a un gran número de colaboradores austríacos y checos que se disponían a facilitar la huida de dignatarios nazis.

Von Krupp, enviado al pabellón de su jardinero

Las unidades canadienses de contraespionaje participan también en esta caza y atrapan al comisario

del Reich en los Países Bajos, responsable de la deportación de los judíos holandeses: Seyss-Inquart, apodado «el caballo de Troya de los nazis» a causa del papel provocador que jugó en la anexión de Austria de 1938.

En cuanto a los ingleses, retienen en su casa como residente a uno de los principales apoyos del régimen nazi, el gran patrón de la industria pesada alemana y gran artesano del rearme, von Krupp und Holbach.

En razón de su edad y de su estado de salud, von Krupp no es embarcado en un «jeep» como los otros. ¡Se le hace simplemente abandonar su palacio para instalarle en el pabellón de su jardinero!

Después de von Krupp se detiene a Sauckel, antiguo plenipotenciario del Trabajo Obligatorio.

Robert Ley, desenmascarado y detenido

El 16 de mayo los soldados americanos pertenecientes a la 101.^a división aerotransportada penetran en un chalet aislado en el sur de Berchtesgaden. Encuentran allí un hombre tumbado sobre un camastro, con la cara descompuesta y temblando de miedo. Un oficial que acompaña a los soldados reconoce inmediatamente en este hombre al jefe del Frente del Trabajo, célebre por sus discursos vacíos y por sus crisis éticas, el doctor Robert Ley.

—Le reconozco; usted es el doctor Robert Ley, el jefe del Frente del Trabajo.

—Se equivoca usted... No sé de quien habla... He aquí mis papeles, me llamo Ernst Distelmeyer.

Los soldados llevan al hombre inmediatamente hacia el P.C. de la división. El interrogatorio vuelve a comenzar. El hombre sigue negando ser Robert Ley.

El oficial que le interroga consagra su vida desde hace años a documentarse sobre los principales dirigentes nazis, entre ellos Robert Ley. Pero este último no deja de enseñar sus papeles y de decir que se llama Ernst Distelmeyer.

Esta mascarada dura más de una hora. Agotado, el oficial americano deja al hombre en una habitación y se va. Vuelve unos instantes más tarde, acompañado de un viejo de ochenta años, François-Xavier Schwart, el tesorero del partido nazi.

El viejo se dirige hacia Robert Ley y le saluda llamándole por su nombre. Robert Ley renuncia entonces a su falsa identidad. Es conducido a Salzburgo bajo fuerte custodia.

Streicher se disfraza de viejo pintor

El 16 de mayo los ingleses detienen en el hospital de la Marina de Flensburg al cantor inspirado del racismo y de la ideología nacionalsocialista, Alfred Rosenberg, el autor del *Mito del siglo XX*, especie de tratado del nacionalsocialismo. Los americanos, por su parte, continúan sometiendo todo el reducto alpino a un rastreo militar y policial muy riguroso. El 23 de mayo la 101.ª división aerotransportada, que ya ha detenido a Robert Ley, se va a destacar por una nueva hazaña en la caza de los criminales nazis.

Ese día, al principio de la tarde, el comandante Blitt y sus hombres ruedan en un «jeep» por una carretera de los Alpes bávaros. Pasan ante una granja y observan a un anciano que está sentado delante de su caballete, pintando el paisaje magnífico que se extiende ante sus ojos.

El comandante Blitt detiene el «jeep» y baja para detenerse unos instantes con sus hombres. Aprove-

cha la ocasión para ir a charlar con el viejo pintor.

Según está hablando, Blitt no deja de mirar la cara de este anciano: esa cara le recuerda sorprendentemente a una foto expuesta en todos los puestos aliados de Alemania, la de Julius Streicher. Pero no está seguro de esto. Arriesga, pues, una broma para probar la reacción del viejo.

—Se parece usted enormemente a un criminal de guerra al que los aliados buscan por todas partes —dice—. Sí, a Julius Streicher...

Un terror repentino pasa por los ojos del viejo «pintor»... Pero se recupera en seguida.

—No soy Julius Streicher —declara—. No conozco a ese hombre... Me llamo Sailer... Hermann Sailer... Hermann Sailer...

Completamente emocionado empieza a tartamudear. El olfato no ha engañado al comandante Blitt: los cuatro hombres detienen al siniestro verdugo de los judíos, apodado el «*Führer* de Franconia»... Sale una mujer de la granja, se acerca a Streicher, arregla sus ropas, le pone zapatos de ciudad, le besa y se aleja sin haber pronunciado una palabra. Los soldados americanos del «jeep» han asistido estupefactos a la escena. Llevan a Streicher hacia el P.C. de la división.

Himmler se afeita el bigote

En este momento, pues, la mayoría de los dignatarios están encarcelados, así como cientos y miles de nazis de mayor o menor envergadura. Solamente dos grandes criminales continúan escapándose de los aliados: Himmler y Ribbentrop.

Para ellos la caza continúa. Todos los servicios secretos están en estado de alerta. Todos multiplican

los interrogatorios de los oficiales S.S. de rango elevado para arrancarles algunos indicios sobre el *Reichsführer*. Las informaciones recogidas por unos y otros son centralizadas y después comunicadas a los equipos de búsqueda.

En adelante Himmler no es más que un criminal en fuga. Para pasar inadvertido ordena a sus compañeros que se desprendan de su uniforme y se pongan trajes de civiles. El pequeño grupo que forman se mezcla con las muchedumbres que atestan las carreteras de Alemania. Duermen al aire libre, pasan de una ciudad a otra, sin poder entrar en los albergues ni en los hoteles. Porque la foto de Himmler está expuesta en todas partes por millones de ejemplares. El *Reichsführer* se afeita el bigote y disimula su ojo izquierdo con una cinta. Sus nuevos papeles le dan el nombre de Heinrich Hitzinger, *Feldwebel* de la policía de campaña. Los miembros de esta organización, equivalente a la seguridad militar en el ejército francés, no están especialmente buscados por los aliados...

Himmler sigue queriendo ver a Montgomery

Los otros miembros del grupo de Himmler disponen igualmente de falsos papeles de identidad. Himmler intenta pasar a través de las líneas inglesas para llegar a Alemania del Sur y a Baviera. Pero, una vez en el Elba, y aterrorizados por la idea de caer en manos de los rusos que se acercan peligrosamente, Himmler y sus hombres se presentan en el primer puesto de control británico. Consiguen pasarlo sin dificultad.

Cuando llegan al pueblo de Merstadt se encuentran con otro puesto de control... donde son detenidos.

El 23 de mayo los trece prisioneros se encuentran en el campo británico de interrogatorio 031, cerca de Lüneburg.

Durante unas horas, Himmler medita sobre la conducta que tiene que seguir: ¿Debe desvelar su identidad y presentarse como un prisionero de prestigio, o bien mezclarse a la muchedumbre anónima de los deportados y los obreros que pululan por la región?

Al final de esta tarde se presenta ante el capitán Silvester, se arranca la cinta que le cubre el ojo izquierdo y dice:

—Soy Heinrich Himmler. ¿Quisiera hablar inmediatamente con el general Montgomery!

«¡Quieren matarme como a un espía!»

El capitán Silvester se queda estupefacto. Da la alerta inmediatamente. Acuden varios soldados y se precipitan sobre el *Reichsführer*. Se llama a un oficial de los servicios de información para que proceda a un primer interrogatorio. El oficial presenta al *Reichsführer* una hoja en blanco y le pide que firme en ella. Pero Himmler, como viejo policía desconfiado, se niega. Se entabla una violenta discusión. El oficial británico insiste. El *Reichsführer* exige que se comprometa bajo palabra de honor a romper inmediatamente la hoja sobre la que haya escrito su firma. Por fin se arregla todo. Himmler firma en una hoja que se destruye. Ninguna duda, es claramente Heinrich Himmler, el hombre más temido de Alemania. El capitán Silvester empieza a registrar los bolsillos del prisionero que guardan dos viales (son ampollas de cianuro).

El oficial inglés pregunta para qué sirven estas ampollas:

—Es un medicamento —dice Himmler— para calmar mis espasmos de estómago.

Silvester examina las ampollas. Comprueba que una está llena y la otra vacía. Sin duda, Himmler esconde veneno en alguna parte.

Se le pide que se desvista y se registran minuciosamente sus objetos personales. Ningún resultado. Entonces el capitán inglés tiene una idea: para verificar que el *Reichsführer* no esconde veneno en la boca, le propone comer un bocadillo. Himmler acepta el bocadillo, lo muerde alegremente y recupera su imaginación y su buen humor ante la mirada estupefacta de Silvester.

A continuación el *Reichsführer* es llevado al C.G. del II Ejército, en Lüneburg. Allí se le propone vestirse con un uniforme inglés. Entonces Himmler monta en cólera:

—No me vestiré de ninguna manera con el uniforme inglés. ¡Quieren matarme después como a un espía, o presentarme a la población, a la prensa y a los fotógrafos de esta manera con el fin de desacreditarme a los ojos del pueblo alemán y del mundo!

Finalmente Himmler acepta envolverse en una manta.

El suicidio de Himmler y su tesoro personal

Al atardecer, Himmler es interrogado por el coronel Murphy, jefe del *Intelligence Service* en el estado mayor del mariscal Montgomery. ¡El *Reichsführer* se aferra desesperadamente a la idea de que tiene todavía un porvenir político y militar!

El coronel inglés no hace nada por arrancarle sus últimas ilusiones y le lleva a la prisión de Uelzenerstrasse, controlada por el ejército británico.

Himmler es encerrado allí en una celda individual, bajo la custodia del sargento mayor Edwin Austin.

Una hora más tarde recibe de nuevo la visita del coronel Murphy, acompañado de un médico militar, el capitán Wells. Se procede a un segundo registro corporal. Pero cuando el médico le pide que abra la boca, Himmler saca una cápsula negra y la parte. A pesar de todos los esfuerzos, a pesar del lavado de estómago, el *Reichsführer* muere, después de una agonía de doce minutos.

El 26 de mayo, por la mañana, Austin transporta el cuerpo de Himmler en una camioneta hacia los bosques que rodean Ludwigsburg. El entierro tiene lugar en un paraje secreto que nadie encontrará jamás.

Un mes más tarde un grupo de soldados descubre en una granja, cerca de Berchtesgaden, el tesoro personal de Himmler: 132 dólares canadienses, un millón de marcos, 26.000 libras inglesas, ocho millones de francos franceses, tres millones de francos argelinos y marroquíes, un millón de libras egipcias, dos pesos argentinos, un medio yen japonés y 7.500 libras... ¡palestinas!

INDICE

Una «gran idea»: el Führermuseum	7
El saqueo artístico de Europa	49
El nuevo tesoro de los Nibelungos	103
El secreto se desvela	197
La captura de los jefes	217

Esta obra ha sido confeccionada por el
CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA
según maquetas originales de
Editions Ferni, Genève.
Ha sido compuesta en tipo Helvética
del cuerpo 10.
Las ilustraciones han sido especialmente
seleccionadas para esta edición.

La presente tirada está exclusivamente
reservada a los suscriptores.

ES PROPIEDAD DE
Círculo de Amigos de la Historia, S. A. Editores
Conrado del Campo, 9 y 11 - MADRID-27

Impreso y encuadernado: Imprenta Sevillana, S. A.
Dos Hermanas (Sevilla) Km. 553, carretera de
Madrid-Cádiz

ISBN. 84-225-0075-2 (Colección completa)
ISBN. 84-225-0076-0 (Volumen II)
Depósito legal: SE. - 309 - 1976

Impreso en España



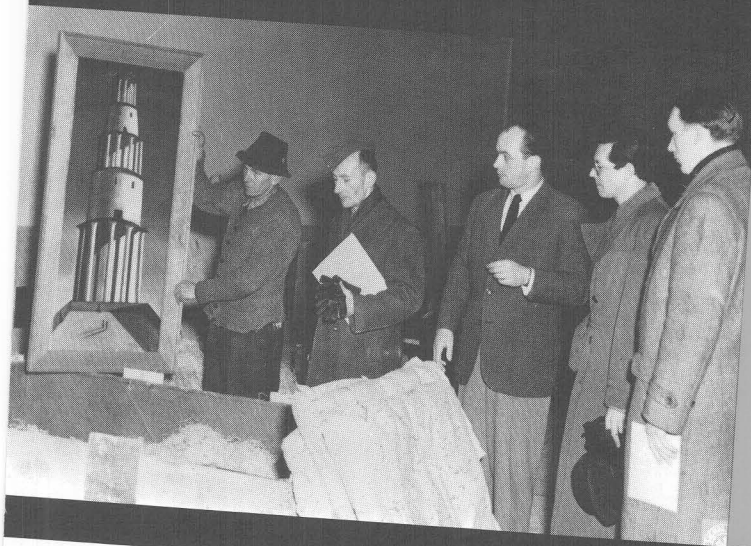
El cuadro «Adán y Eva».



Algunas obras del tesoro artístico de Goering, destinadas al museo de Linz.



Alfred Rosenberg, uno de los responsables del saqueo de Europa.



*Exposición de obras de arte robadas por los nazis,
organizada por las autoridades francesas de ocupa-
ción. Las obras han sido restituidas al Louvre.*



Algunos muebles de la colección Rothschild, requisada en París por el equipo de Rosenberg.



Los tesoros de la «Alpenfestung».



La «casa roja», de Estrasburgo.